ALISON GOLDEN

Grace Dagnall



UN MISTERIO PARA EL INSPECTOR DAVID GRAHAM

El Caso del **Héroe Caído**

ÍNDICE

Elogios para la serie de misterio del inspector David Graham
Libros de la serie del inspector David Graham

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo

El Caso de la Muñeca Rota
Capítulo 1
Libros de la serie del inspector David Graham
Sobre el autor
El Caso del Héroe Caído
Gracias

ELOGIOS PARA LA SERIE DE MISTERIO DEL INSPECTOR DAVID GRAHAM



"¡Bravo! Absorbente".
"Una lectura muy agradable".
"Es una novela de misterio maravillosa. Buena trama, buena investigación, buenos personajes y excelentes diálogos.
"¡Qué lectura tan espectacular!"
"Estoy enamorada de él y de sus colegas".
"Un misterio estupendo".
"Sin duda, estos libros tienen potencial para convertirse en una serie de la PBS con el simpático personaje del inspector Graham y sus compañeros".
"Una escritura deliciosa que no deja de moverse, nunca un momento aburrido".
"Sé que tengo un libro ganador cuando doy vueltas en la cama por la noche preocupándome por cómo les va a los personajes".
"Me encanta y me encanta la autora".
"Refrescantemente único y muy bien escrito".
"Una prueba sólida de que un libro puede basarse en una buena narración y una buena escritura sin necesidad de sangre o sexo".
"Esta serie es cada vez mejor".
"El inspector Graham es maravilloso y su forma de hacer las cosas de la vieja escuela, encantadora".
"Gran desarrollo de los personajes".
"Me entretuvo todo el día".
"¡Por favor, escribe más!"

LIBROS DE LA SERIE DEL INSPECTOR DAVID GRAHAM



El Caso de la Bella Gritona

El Caso del Amor Oculto

El Caso del Héroe Caído

El Caso de la Muñeca Rota

EL CASO DEL HÉROE CAÍDO

ALISON GOLDEN

GRACE DAGNALL



PRÓLOGO

CASTILLO DE ORGUEIL, CERCA DE GOREY, JERSEY



Sábado, 15.30 h.

Los cuatro amigos bajaron del monovolumen, dieron las gracias al conductor y contemplaron atónitos el imponente castillo medieval que se alzaba sobre ellos.

"¡Maldita sea!", dijo Harry, limpiándose las gafas y contemplando los inmensos muros. "Es grande, ¿verdad?".

Emily sacó su valioso violín del asiento trasero de la furgoneta y se unió a él, mirando hacia las impenetrables y sólidas almenas que hablaban de la profunda historia del castillo. "¿Vas a hacer el máster de arquitectura, Harry?", bromeó. "Es una fortaleza de ochocientos años. No creo que grande le haga justicia".

Harry se aseguró de que su ya maltrecho estuche de violonchelo no hubiera sufrido ninguna indignidad adicional en el trayecto en ferry desde Weymouth y se echó el peso al hombro con una facilidad bien practicada. "Bueno, no se me ocurriría eclipsar a nuestro experto residente".

Leo Turner-Price, un espécimen en forma de ramita con el pelo castaño, estaba de pie a unos metros de distancia. Historiador y violinista consumado, contemplaba el castillo como si hubiera alcanzado el sueño de su vida. "Emily tiene razón cuando dice que la estructura tiene ocho siglos de antigüedad. Pero hay registros de fortificaciones importantes que se remontan a la Edad de Bronce".

"¿En serio?" comentó Harry. "¡Vaya!"

"Todo para mantener alejados a los bestiales franceses", observó Marina. Marina, la más joven de los cuatro miembros del Cuarteto de Cuerda Spire, era una viola tímida pero -como Harry la describió una vez en un momento de descuido- "increíblemente atractiva", que daba clases a niños pequeños en dos de las escuelas más caras de Londres. "Debió de costar una fortuna".

"Bueno, si ése era su objetivo", opinó Harry, manteniendo su papel de "británico fanfarrón en el extranjero", "fue dinero bien gastado".

Emily se apartó la coleta de los hombros y puso los ojos en blanco. Quince años después de entablar amistad con el maravillosamente rudo y abundantemente barbudo Harry Tringham, descubrió que aún estaba aprendiendo a filtrar los pensamientos que entraban en su hiperactivo cerebro, demasiados de los cuales pasaban directamente a su igualmente activa boca. Divisó la entrada de visitantes subiendo unos escalones delante de ellos. "¿Vamos?"

Emily era el único miembro del cuarteto que había visitado antes el castillo de Orgueil, o incluso que había actuado en la isla de Jersey. Gracias a sus contactos con Stephen Jeffries, el

profesional director de eventos del castillo, habían conseguido que las contrataran para la boda de aquella noche. Siempre necesitado de un conjunto fiable que pudiera proporcionar música ligera de fondo en un momento y una estridente procesión al siguiente, Jeffries tenía el nombre de Emily en lo alto de su lista de contrataciones.

Se había quedado muy impresionado cuando, durante una boda celebrada dos años antes, Emily había dirigido a un joven trío de cuerda a través de varios desastres meteorológicos, una carpa derrumbada y una llegada nupcial tan retrasada que el novio albergaba la más grave de las dudas. Después de sortear todos estos obstáculos, Emily aún tuvo la presencia de ánimo suficiente para guiar a sus compañeros músicos a través de una Marcha del Príncipe de Dinamarca maravillosamente pulida mientras la empapada novia entraba, aún empapada, en el Gran Salón.

"¡Emily, querida!" exclamó Jeffries al salir a recibirlas. "¡Qué alegría verte! ¿Cómo van tus clases? ¿No acabas de empezar en esa pequeña y exclusiva escuela preparatoria?" Al igual que Marina, Emily se ganaba la vida dando clases.

"Bien, bien", le dijo Emily. "Me va bien. Algunos de los chiquillos incluso ensayan antes de las clases". Todo el cuarteto asintió. Encontrar alumnos dispuestos a trabajar duro era como encontrar piedras preciosas en el desierto. "Aunque está bien tomarse un descanso y cambiar de aires".

"Mejor tiempo para éste también, ¿eh?". dijo Jeffries, alzando la mano hacia el cielo más azul posible.

"Mucho mejor", convino Emily. "Y quiero darte las gracias por esto, Stephen. Nos da a todos un agradable descanso de un Londres inusualmente cálido. Ésta es Marina Linton", dijo cuando la alta rubia le tendió una elegante mano. "Harry Tringham, nuestro violonchelista y físico residente", añadió, "y el historiador Leo Turner-Price".

"Encantado de estar aquí", se entusiasmó Leo. "Un edificio extraordinario, de verdad".

Jeffries los condujo a un cuadrilátero abierto, que albergaba en parte un laberinto muy bien cuidado, y luego bajó unos escalones hasta la zona administrativa del castillo. Allí se relajarían y se pondrían a punto hasta que empezaran a llegar los invitados a la boda, a las cinco en punto. Stephen apartó el papeleo y la parafernalia de la boda de su mesa más grande para darles una superficie plana y segura para sus valiosos instrumentos.

"Vale, ¿sobrevivieron las carpetas de todos al viaje?". quiso confirmar Emily. Recibió un trío de asentimientos como respuesta. "Excelente", dijo, desatando y volviendo a atar rápidamente su pelo negro y rizado en una coleta más apretada. "Empezaremos con el pequeño conjunto barroco...".

"Couperin", dijo Harry, buscando las partituras en su carpeta.

"¿Y luego la música de teatro de Purcell?". preguntó Marina.

"Eso mismo. Luego Eine Kleine. A todo el mundo le encanta", dijo Emily.

"¿Los cuatro movimientos?" preguntó Leo.

Emily se lo pensó un segundo. "Toquemos de oído. Depende de los tiempos y demás, pero podemos suprimir las repeticiones si necesitamos darnos prisa".

"De acuerdo", dijo Leo, colocando sus partituras en el orden correcto. "¿Qué procesión eligieron al final?".

Marina juntó ambas manos, como si rezara. "Por favor, dime que no es Wagner otra vez. Prometí que dejaría las bodas si alguna vez tenía que...".

"No", la tranquilizó Emily. "La llegada de la reina de Saba".

Los cuatro suspiraron. "Es una pieza estupenda", admitió Leo, "pero demasiado galope para

una procesión, ¿no?".

Emily encontró la música y terminó de organizar su carpeta. "Es la novia, Leo. Y es su..."

"¡Día especial!", corearon los otros tres miembros del cuarteto. Se rieron juntos.

Jeffries observó aquella pulida rutina con envidia inconfesable. "Sinceramente", dijo mientras los cuatro músicos terminaban sus carpetas, "me moriría por conseguir que todos los aspectos de estas bodas fueran tan fluidos como trabajar con vosotros".

"Ah, Stephen. Eres un ángel", respondió Emily, dándole un beso en la mejilla.

"Ya he tenido un encontronazo con la madre de la novia", admitió Jeffries, y su rostro reflejó lo feo que había sido el encuentro. "Una mujer aterradora. Un palmo más ancha que yo", confesó, "y con una vena decididamente mezquina. A esta gente se le mete en la cabeza que, por el mero hecho de haberse gastado una fortuna en casar a sus vástagos, ¡pueden tratar a la gente como les dé la gana!"

Jeffries era un hombre elegante y experimentado, poco acostumbrado al trato brusco. Comprendía que los novios estuvieran sometidos a una gran presión para que el día de la boda de su encantadora hija fuera lo más perfecto posible, pero aun así, su descortesía hacia él le parecía innecesaria, sobre todo cuando estaba haciendo todo lo posible por satisfacer todas sus necesidades.

"Os dejo con ello. Grita si necesitas algo", dijo Jeffries con una mano amiga en el antebrazo de Emily. Con una floritura dramática, se marchó para supervisar los preparativos de la recepción.

Emily prefería empezar a tocar incluso antes de que llegaran los invitados, aparentemente para crear la "atmósfera adecuada", pero más prácticamente para comprobar la acústica y la entonación. El cuarteto se sentó en una esquina del cuadrilátero donde estaba instalada la carpa, la misma que había sufrido el espectacular fallo estructural durante la última actuación de Emily en el castillo. En breve, los invitados pasearían por el césped del patio, se meterían dentro para tomar una copa o un canapé, y se codearían antes de que llegara el cortejo nupcial.

Mientras esperaban, el grupo ensayó su plan. Hablaban en voz baja en los breves intervalos entre los movimientos de la elegante suite de Couperin que Harry les había preparado años atrás. Una vez que se confirmara que la novia estaba dispuesta a seguir adelante con la ceremonia (y en los diez años de experiencia de Emily en bodas, eso no era en absoluto una certeza absoluta), el cuarteto dispondría sólo de unos instantes para trasladarse rápidamente al Gran Salón y prepararse para la procesión.

Más tarde, después de que la novia llegara al altar, el tiempo de los músicos sería suyo. Jeffries les entregaría un generoso cheque, y disfrutarían del resto de la velada antes de retirarse a pasar la noche a un albergue local. A continuación, el castillo acogería una fiesta prolongada antes de que los invitados se desplomaran en la cama. El gigantesco edificio disponía de abundante alojamiento, de modo que, como siempre pensaba Jeffries, no tendrían que ir muy lejos.

"Vamos a saltarnos los movimientos de Purcell en clave menor", dijo Marina. "No me apetece tocar en re menor bajo un cielo tan hermoso como éste". El cuarteto estuvo unánimemente de acuerdo y se lanzó a los ritmos alegremente punteados de las piezas teatrales más animadas de Purcell. Los cerca de ochenta invitados iban llegando en un flujo constante, y el cuadrilátero se llenó de música, del tintineo de las copas de vino y de viejos amigos que se ponían al día tras demasiado tiempo separados.

Con una entonación perfecta y un equilibrio tan controlado como siempre, el cuarteto se regocijaba tocando simplemente por diversión. Tras el segundo movimiento de Eine Kleine

Nachtmusik, Harry se inclinó hacia Marina y sonrió. "No parece trabajo, ¿verdad?".

"Ni siquiera un poco", dijo ella, siguiendo el ejemplo de Emily para el comienzo del minueto.

Un excitado Stephen Jeffries se acercó corriendo. "¡Ya está aquí!", anunció en un bullicioso susurro. "¡Puestos de acción!"

Emily sólo utilizó el contacto visual -como hacen los mejores líderes- para detener el minué con rapidez y elegancia, y el cuarteto se dirigió al Gran Comedor un poco por delante de los invitados, que habían sido cortésmente acomodados. Momentos después, la deslumbrante Marie Joubert -próxima a ser Marie Ross- caminaba con paso firme y seguro por el pasillo con su vestido de encaje blanco y su elaborada cola, la filigrana de Handel y las sonrisas radiantes de su familia acompañándola mientras caminaba.

CAPÍTULO 1



"¿Cómo te estás adaptando a tu nueva habitación, señor?" preguntó Polly. La camarera del White House Inn se inclinó para servir una taza de té al inspector David Graham.

Se volvió hacia ella y sonrió. "Muy bien, Polly. Muy bien, de verdad, gracias. Tú y todo el personal de aquí hacéis que la señora Taylor se sienta orgullosa".

Tras un desayuno sustancioso y satisfactorio, Graham aspiró la prometedora taza de té que acababan de servirle. Se relajó en su asiento de la ventana. La vista, que llegaba hasta Francia en una mañana tan clara como aquella, le tranquilizó. Pequeñas embarcaciones salpicaban las aguas cristalinas del Canal de la Mancha y, a pesar del grosor de las ventanas de doble acristalamiento del comedor del hotel, podía distinguir el grito de las gaviotas que revoloteaban en el cielo.

Un centenar de pequeñas embarcaciones estaban amarradas en el puerto deportivo de Gorey, aunque algunas ya se aventuraban a adentrarse en el Canal. Graham, saboreando el primer sorbo de su té como un entendido en vinos aprecia un clarete bien aireado, observó cómo se desplegaban las velas de lona blanca mientras un trío de pequeñas embarcaciones de vela salía del puerto.

La vida en Jersey había sido buena para Graham. Había perdido unos dos kilos desde su llegada a Gorey, a pesar de los enormes desayunos tradicionales de la señora Taylor y del ocasional curry tailandés en el Bangkok Palace. No había bebido en más de dos meses, ni siquiera en su trigésimo sexto cumpleaños, que había pasado tranquilamente tres semanas antes.

Los cambios iban más allá. Se había recortado un poco el pelo rubio, tanto para facilitar el mantenimiento como porque pensaba que le daba un aspecto algo más pulido. Sus ojos azules estaban redescubriendo su antiguo brillo, sobre todo después de una buena y fuerte jarra de Assam y un paseo de unos dos kilómetros por Gorey. Sobre todo, sentía que lo peor del pasado y sus muchos retos habían quedado atrás. El aire marino de Jersey, el cambio de ambiente y la reducción de la carga de trabajo le estaban sentando muy bien.

El frente doméstico también se había estabilizado. Graham había llegado a un acuerdo muy razonable con la Sra. Taylor tras su reciente éxito en la investigación. En medio de la perspectiva de una atención mediática muy desagradable para el hotel, Graham había resuelto rápidamente el brutal asesinato de un huésped del White House Inn, cuyo cadáver fue descubierto en la playa. La Sra. Taylor había optado por expresar su gratitud trasladando a Graham a una habitación mejor equipada a un precio muy rebajado.

Cuando llegó por primera vez a Jersey, Graham había planeado encontrar una casa de campo o un apartamento lo antes posible, pero descubrió que la posada le gustaba enormemente. Los

demás huéspedes eran residentes de larga duración como él o estaban de vacaciones. En cualquier caso, el ambiente era relajado. La comunidad que residía en la Posada de la Casa Blanca era una auténtica fuente de solaz y diversión para el inspector Graham. Entabló conversación con facilidad e hizo buenas migas con muchos de los huéspedes habituales, lo que supuso un bienvenido descanso de su trabajo policial. La comida de la posada era excelente, una de las mejores de la isla, y el chef encontraba usos maravillosos para el variado marisco local.

Sin embargo, la amplia selección de tés de la Sra. Taylor era lo más importante para Graham. En los oscuros días anteriores a su partida de Londres, Graham se apoyó en el té. Le había resultado una muleta sorprendente pero eficaz durante su doloroso viaje para evitar la dependencia del alcohol. La tragedia le había llevado al borde de la desesperación y, mientras su matrimonio se desmoronaba, Graham buscaba el olvido. Buenos amigos, un médico excelente y el apoyo de la Policía Metropolitana le habían ayudado a salir adelante. Sin embargo, una vez resuelto un caso de asesinato en su pueblo natal de Chiddlinghurst, a las afueras de Londres, Graham descubrió que sólo le interesaba una salida rápida y completa de la zona y de los dolorosos recuerdos que le guardaba.

Gorey, en grato contraste, estaba resultando idílico, a pesar del asesinato ocurrido en la posada seis semanas antes. Bajo su dirección, los otros tres miembros a tiempo completo de la Policía de Gorey, el diminuto puesto policial responsable de la seguridad pública en esta parte de la Bailía de Jersey, se estaban convirtiendo rápidamente en agentes muy competentes. Graham admitía que el agente Barnwell seguía siendo un zoquete bienintencionado, pero prometía y bebía mucho menos últimamente. El joven agente Roach estaba comprometido con su desarrollo profesional y Graham no podía pedir una segunda al mando más sólida y fiable que la sargento Janice Harding. Con su mano firme en el timón, el suyo era ahora un barco bien dirigido que se había ganado rápidamente la reputación de equipo trabajador y eficaz.

Por encima de todo, Graham descubrió una y otra vez que el té lo mantenía feliz, alerta y contento con su suerte. Mientras miraba desde lo alto del acantilado el mar azul y el cielo que se extendía más allá, se dio cuenta de que poco más exigiría al mundo que una buena tetera de Assam y unas vistas increíbles.

Pero Graham no era un hombre que se pasara el día sentado. Se había propuesto visitar varios lugares históricos de Jersey y su excelente zoo. Se estaba convirtiendo en una especie de historiador aficionado de la zona. El periodo de la Segunda Guerra Mundial en que Jersey estuvo ocupada por los alemanes le interesaba especialmente. Le fascinaba el antiguo hospital subterráneo con su sistema ferroviario incorporado, así como las docenas de posiciones defensivas y torretas que salpicaban la costa y que en su día habían formado parte del Muro Atlántico de Hitler.

Y luego estaba el castillo de Orgueil -que se pronunciaba "Or-Goy"-, la imponente estructura medieval que vigilaba la ciudad como un gigante de piedra dormido. Graham ya lo había visitado dos veces, pero solía encontrar el lugar demasiado concurrido para su gusto una vez llegaban los autobuses turísticos. Los visitantes de Gran Bretaña y Francia se agolpaban en el castillo a ciertas horas del día y, para evitarlos, Graham planeaba presentarse esta mañana justo a la hora de apertura. Con suerte, tendría el lugar para él solo, al menos durante un rato.

Había un autobús que recorría la ciudad, pero no circulaba tan temprano un domingo, así que Graham decidió ir andando. Terminó el té y se levantó de la mesa, mirando el reloj: sólo las ocho y cuarto. Ni siquiera los fieles habían salido aún. El castillo abría sus puertas a las ocho y media durante estas últimas semanas de la temporada turística, y él esperaba ser su primer cliente.

Diez minutos después, Graham llegó al exterior del castillo. El imponente monumento era un complejo amontonamiento de gruesas piedras a caballo entre la funcionalidad y la elegancia. Subiendo a grandes zancadas por el empinado camino de acceso a la entrada, Graham observó señales de las reparaciones necesarias para remendar los efectos de la intemperie a lo largo de muchos siglos. Algunas de las piedras de las almenas lucían un color diferente, más reciente. Al llegar a la puerta principal, Graham se maravilló de nuevo ante la inmensidad de la estructura. Era increíble el tiempo, el esfuerzo y los gastos que habría supuesto -todo ello en la época preindustrial- tallar, transportar y ensamblar la roca que componía el castillo. Las décadas de artesanía necesarias para construir la fortificación dejaban la mente perpleja.

Aparte de las amplias almenas y sus imponentes vistas de Gorey, el Canal y Francia, las partes favoritas de Graham eran los pasadizos. Rematados por gruesos arcos de piedra, estos pasadizos se adentraban en el interior del castillo. Nunca se cansaba de pasear por ellos, imaginando las heroicidades necesarias para construir los precisos arcos que se alzaban sobre él. En la época anterior a las calculadoras y los ordenadores, un ingeniero era, por necesidad, una especie de genio.

No era la primera vez que Graham se daba cuenta de que apenas había una pared recta en el castillo. Recorrió las líneas con la mirada. Debía de haber alguna ventaja militar en los giros constantes y los ángulos extraños. Admiró el laberinto tan bien cuidado y luego se dirigió de nuevo bajo el castillo, siguiendo un pasadizo que pasaba junto a una enorme estatua de bronce de una figura sentada a caballo. Fue entonces cuando lo oyó.

Para un policía experimentado, un grito tiene algo de irresistible. Éste era largo, urgente y de pánico. Una oleada de adrenalina invadió el cuerpo de Graham. Corrió hacia el sonido. Había ocurrido algo terrible y, mientras corría, supo que su plan para un domingo relajado había terminado.

CAPÍTULO 2



Al dormir en una esquina, Graham vio a una mujer en la pasarela de piedra que discurría bajo una de las almenas más altas del castillo. Graham salió corriendo del oscuro pasadizo y entró en el patio, donde la mujer estaba arrodillada. Acunaba a un hombre tumbado en un ángulo antinatural, con su pelo castaño rozando el rostro sin vida del hombre.

"Policía, señora", dijo Graham, mientras se detenía a unos metros de la pareja. Tomando aliento, se acercó con calma y se agachó junto a la mujer. Ella seguía lamentándose, como si Graham fuera invisible, con las manos bajo la cabeza del hombre herido. "Estoy entrenado en primeros auxilios", le dijo Graham. "Deja que le ayude".

La sangre se precipitó sobre la piedra procedente de al menos una herida grave en la cabeza. El hombre sangraba por ambas orejas. Por la incómoda posición de sus caderas y piernas, Graham supuso rápidamente que tenía fracturas importantes. "¿Qué ha pasado? Evaluó las heridas del hombre, pero la mujer miraba al cielo y seguía aullando.

Graham le apartó las manos con cuidado -estaban cubiertas de sangre- y le buscó el pulso. Al no encontrar nada, se inclinó para escuchar la respiración. Ni el más leve susurro o temblor reverberó en su oído. "Tenemos que llevarlo al hospital inmediatamente -dijo Graham a la mujer, ya seguro de que la ayuda médica sería inútil, pero dispuesto a intentarlo.

Graham se puso en pie, con la camisa ensangrentada. Cogió el teléfono para marcar el 999. "Graham, Policía de Gorey", dijo a la operadora. "Necesito una ambulancia en el castillo de Orgueil inmediatamente. Un varón, de unos treinta años, parece haberse caído. Tiene heridas graves". Escuchó cómo el operador confirmaba los detalles y le prometía que una ambulancia estaría con él en breve.

El cese de los lamentos y el sonido de unos pasos golpeando la pasarela de piedra llamaron la atención de Graham. Sus ojos se abrieron de par en par al ver a la mujer que huía por el camino de piedra fuera de los terrenos del castillo y en dirección a Gorey, con su ligero vestido de algodón aleteando a su alrededor como las alas de un grácil pájaro que se prepara para emprender el vuelo.

"¡Espera!", gritó. "¡Attendez-vous!", intentó a continuación, pero la mujer no vaciló e ignoró sus súplicas. "Bueno", dijo Graham, aún ligeramente sin aliento. "Vaya. Joder".

El hombre que tenía a sus pies, ahora casi con toda seguridad una víctima de algún tipo, permanecía resueltamente mudo e inerte. Graham volvió a agacharse y examinó el cuerpo una vez más. "¿Qué te ha pasado, eh? ¿Era esto lo que habías planeado cuando te levantaste de la cama esta mañana?".

Atraídos por los gritos, llegaron unos cuantos madrugadores que, como Graham, habían estado paseando por el castillo. "¡Atrás, por favor!" ordenó Graham.

Un hombre delgado, con gruesas gafas y ropas marrones que le daban el aspecto de una lechuza común gritó: "Digo yo, ¿hay algo que podamos hacer?".

Graham respondió en voz baja, casi como si el herido pudiera oírlo, mientras volvía a coger el teléfono. "Creo que no. Ahora es un asunto policial".

Stephen Jeffries, con el rostro marcado por el horror y el pánico, se detuvo junto a Graham. Agarró a Graham del brazo mientras el detective impedía a los curiosos acercarse al cadáver, implorándoles que no hicieran fotos. "¿Sois policías?" preguntó Jeffries. "S-Stephen Jeffries, eventos del castillo". Miró al hombre que estaba en el suelo. "Era el novio. Casado... ayer mismo, hace sólo unas horas...". Jeffries chilló. Miró profundamente a los ojos de Graham, como si pudiera ver reflejadas en ellos las nupcias del día anterior. "Una ceremonia preciosa". Entonces se le ocurrió. "Los dientes del infierno... ¡su mujer! ¿Alguien se lo ha dicho?"

"¿Qué aspecto tiene?"

"Pelo castaño largo, delgada como un junco en realidad, alta. Marie Ross".

"Ah, entonces era ella. Había una mujer con el cuerpo cuando llegué, pero huyó. La llamé, pero me ignoró. Quizá abrumada por la pena". Graham se acercó el teléfono a la oreja.

"¿Huyó?" dijo Jeffries, intentando reconstruir la escena. "¿Simplemente huyó?"

"Te sorprendería cómo puede afectar el shock a una persona", le dijo Graham. "He visto a gente salir corriendo como medallistas de oro olímpicos apenas unos segundos después de recibir la peor noticia de su vida, a pesar de no haber corrido nunca ni un kilómetro". Entró su llamada. "¿Sargento Harding?"

Contestó una voz muy somnolienta. "¿Jefe?"

"Me temo que sí. Siento molestar tu mañana de domingo. ¿Puedes ir al castillo ahora mismo?".

"¿Eh?" Harding se incorporó con dificultad en la cama.

"Cuerpo al pie de unas murallas. Estoy..." Graham oyó un estruendo. A Harding se le había caído el teléfono.

"Maldita sea, jefe...". murmuró Harding tras un breve retraso. "Voy para allá".

"¿Harding?"

"¿Eh? Quiero decir, ¿sí, jefe?".

"Llama a Tomlinson y asegúrate de que también está en pie, ¿quieres? Necesitaremos el trabajo completo. Ya verás lo que parece, pero si algo he aprendido en este negocio es a no juzgar un libro por su portada. ¿Me entiendes?"

"Sí, jefe", respondió Harding, metiéndose con dificultad la blusa del uniforme. "Ahora le llamo. Ve pronto".

Junto a Graham, Jeffries se retorcía las manos. Dos camareros de la boda de la noche anterior se habían ofrecido voluntarios para venir antes a limpiar. Ahora cubrían el cadáver con un impoluto mantel blanco. Permaneció perfecto unos segundos antes de teñirse inevitablemente de rojo.

Para Graham, una de las tareas más tristes relacionadas con una muerte repentina era la necesidad de establecer la identidad. Más allá de los restos ensangrentados que ahora tenía a sus pies, sabía que probablemente aquel joven había disfrutado de una vida plena, tenía un círculo de amigos muy apreciado y una familia que le quería. En este caso especialmente trágico, tenía una esposa tan reciente que los invitados a la boda aún no se habían dispersado. Rebuscando entre la ropa del hombre, encontró una cartera en un bolsillo del pantalón.

"George Ross", leyó Graham. "Treinta años". Sacudió la cabeza con tristeza. "No es suficiente, viejo amigo".

El resto del contenido de la cartera no iba mucho más allá del surtido habitual de tarjetas de débito y crédito, afiliaciones a un par de organizaciones y tarjetas de fidelidad de tiendas. Rebuscando un poco más, descubrió una foto de su amada, apenas reconocible como la angustiada mujer que había llorado desconsoladamente antes de desaparecer en Gorey.

Pasando los dedos entre las ranuras de cuero de la cartera, Graham encontró algo de dinero en efectivo en forma de los todavía, para él, desconocidos billetes de Jersey, y en otro bolsillo descubrió una llave de habitación marcada como "Suite Nupcial".

"No hay mucho con lo que seguir", murmuró Graham en voz baja. Dejó a un lado la cartera y la licencia a la espera de una bolsa de pruebas. Volvió a mirar el cuerpo drapeado. "Treinta años". Se imaginó a sí mismo a esa edad, también recién casado, con un bebé en ciernes, los documentos preparados para la compra de una casa y la hipoteca necesaria, un futuro de unión, promesas y posibilidades por delante. Sacudió la cabeza. "Pobre diablo", dijo. "Se te acabó la suerte, ¿verdad?".

CAPÍTULO 3



Harry Tringham agarró su café para llevar, muy bien recibido aunque un poco arenoso, como si fuera el elixir de la vida. Subió los últimos escalones hasta el centro de visitantes del castillo. No estaba acostumbrado a madrugar, sobre todo los domingos, y se le notaba.

"¿Estás un poco peor? preguntó Emily alegremente. Parecía enérgica y lista para la aventura, con botas de montaña, vaqueros, una blusa roja brillante y un pañuelo de seda de colores.

"Les das a los músicos acceso a lo que se anuncia como "barra libre" -replicó Harry-, ¿y esperas que no hagan un uso liberal de ella?

Leo sonrió tímidamente. Tampoco se sentía exactamente al cien por cien, pues había ayudado a guardar con fruición parte del champán "sobrante" de la función de la noche anterior. "Siempre me siento como uno de esos trovadores del siglo XIV", dijo, "aceptando las sobras de la mesa como parte del pago por mis servicios musicales".

Emily terminó de organizar sus entradas en el mostrador de visitantes y reunió sus aportaciones para pagar la entrada. "Aquí tenéis", dijo, distribuyendo las entradas. "Ahora, niños, acordaos de cogeros de la mano, haced sólo fotos y aseguraos de no alejaros sin avisar a un profesor".

"Sí, señorita", corearon los demás, y luego soltaron la risita de siempre. Habiendo actuado en un buen número de los centros culturales más fascinantes de Europa a lo largo de los años, visitar los lugares locales al día siguiente de cumplir sus obligaciones contractuales era una rutina muy apreciada por ellos. Visitar el castillo les venía como anillo al dedo.

Emily solía pensar que a su cuarteto le gustaban especialmente los espacios antiguos, las capillas, los museos, las bibliotecas antiguas y cosas por el estilo, ya que habían empezado sus días como conjunto estudiantil en medio del esplendor medieval de la Universidad de Oxford. Aunque procedían de cuatro facultades distintas, el cuarteto había formado un vínculo instantáneo, se había convertido en un fijo del circuito local de bodas y eventos, e incluso había producido un par de CD justo después de graduarse. Entonces "intervino la vida real", como dijo Harry, que envió a Emily y Marina a Londres, a Harry a Cambridge y a Leo al respetado departamento de Historia de la Universidad de Warwick.

"Guíanos, señor historiador", le dijo Marina a Leo.

Leo los condujo inmediatamente por un pasadizo hasta las entrañas del castillo, y empezó a hablar con entusiasmo. "Avísame si me aburro", añadió tras una larga explicación de las técnicas de construcción medievales.

"Claro que sí", murmuró Harry, pero luego sonrió. Había un afecto genuino entre los

miembros del conjunto, que había sobrevivido a la experiencia casi mortal de la graduación en Oxford y a su dispersión geográfica, así como a más de una "complicación romántica" emocionalmente tensa, como las llamaba Emily.

Ninguno de los cuatro estaba aún casado, y sólo Leo había mantenido una relación duradera. Incluso ésa se había tambaleado después de que su novia, una estudiosa de la literatura italiana, recibiera una oferta que no pudo rechazar de una universidad de Milán. En más aspectos de los que los cuatro se sentían cómodos admitiendo, ya mantenían una relación compleja y gratificante -con la música, entre ellos, la euforia de sus actuaciones les unía- que quizá fuera suficiente para garantizar que ninguno buscara satisfacción en otra parte.

A medida que avanzaban por los estrechos túneles del interior bien iluminado del castillo, los sonidos de la superficie retrocedían por completo. "Un metro de grosor", les dijo Leo, acariciando la fría piedra de las paredes del pasadizo. "Diseñado para resistir años de asedio".

"Ojalá fuera así", gimió Harry. Su resaca, la peor del grupo en cierta medida, sólo respondía con lentitud al café y los analgésicos. "¿Qué tiene envejecer que hace que las resacas empeoren exponencialmente?".

Marina tenía la respuesta y aleccionó enérgicamente a Harry sobre la química del hígado mientras continuaban por los pasillos. Leo les ordenó que se detuvieran ante una exposición sobre la historia del castillo como prisión. Reyezuelos y traidores habían sido alojados aquí, algunos hace tan sólo cuatro siglos, antes de que la cárcel de la isla fuera trasladada a unas instalaciones "más nuevas" en Santa Helena.

"Jesús, imagínate estar atrapado aquí abajo en la oscuridad", se preguntó Emily con morbo. "Se habrían vuelto locos".

Leo se asomó a la lúgubre maqueta de una celda del siglo XVI. "No sé. Entonces estaban hechos de un material bastante duro. Es sorprendente cómo te endurece pasar toda la vida sentado en bancos de madera o a caballo".

"¿Cómo demonios lo sabes?" espetó Harry. "No eres más que otro mimado como todos nosotros. ¿Cuándo fue la última vez que montaste a caballo?".

El impulso de Leo fue erizarse y quejarse, pero pensó en el frágil estado de Harry. "Buena observación", concedió, mientras las dos mujeres se reían a carcajadas de la torpeza de los dos hombres.

Marina sintió un poco más de pena por Harry de lo que habría sentido en otras circunstancias. Su aventura, hacía sólo dieciocho meses, había resultado ser más complicada de lo que ella esperaba. Había habido cierta acritud, pero seguía sintiendo un afecto persistente por él, que se manifestaba más como cariño y preocupación que como deseo romántico. Ciertamente, su cita -conocida por los demás, como era su norma- no había sido el cataclismo que Leo había predicho en su momento y que había destrozado el cuarteto. Marina se dio cuenta de que él no había profetizado tal catástrofe cuando el alto académico con inclinaciones históricas la había invitado a salir hacía un rato. Su negativa había hecho que Leo se escondiera bajo una roca, y el cuarteto no se había vuelto a ver desde hacía casi cuatro meses, un paréntesis inusualmente largo.

"Ésta era la revista", anunció Leo, señalando un espacio abovedado en lo más profundo del castillo. El aire era decididamente fresco, testimonio de la profundidad y del aislamiento que proporcionaban muchos metros de gruesa y antigua piedra. "Aquí almacenaban pólvora y otras armas, para utilizarlas en asedios o posibles ataques contra la Francia continental".

"¡Eso está mejor!" gruñó Harry. "Ya era hora de que llegáramos a la parte de vencer a los horribles franceses".

"¿Los mismos horribles franceses que nos dieron un contrato discográfico espectacularmente

exitoso?". le recordó Emily, con las manos en las caderas.

"¿Aunque acabábamos de salir de la universidad y no teníamos ni la más remota idea de lo que estábamos haciendo? añadió Marina. El sello musical francés, especializado en repertorio de cuerda y cuartetos jóvenes, les había dado un gran impulso y la oportunidad de grabar algunos tesoros muy queridos.

"Los mismos", continuó Harry. "Enemigos de nuestra sangre, lo son". Se irguió, como un Beefeater en la Torre de Londres, con su menguante café en alto a modo de saludo, provocando una buena carcajada entre los demás.

"Eso es lo que te pasa, Harry", comentó Leo. "Sabes perfectamente que no tienes ningún sentido, y no te importa".

"No", respondió. "Llevo calzoncillos con la bandera de la Unión. Eso es lo que siento por los franceses".

Sacudiendo la cabeza al unísono, Emily y Marina pasaron a la siguiente exposición sobre un traidor que fue encerrado en las mazmorras durante una docena de años, a pesar de la marcada escasez de pruebas contra él. "Bueno, al menos no lo condenaron a muerte", observó Emily.

Marina echó un vistazo a la diminuta celda e imaginó durante un incómodo segundo la vida de alguien encarcelado allí año tras año. "No sé qué preferiría", admitió. "Puede que sea mejor acabar rápido con esto. Estar atrapada aquí abajo -dijo, haciendo una pausa para estremecerse ligeramente ante la perspectiva- sería mi peor pesadilla".

CAPÍTULO 4



El equipo de ambulancia comprobó si había señales de vida. Al no encontrar ninguna y dada la gravedad de las heridas del hombre caído y los veinticinco minutos transcurridos desde el hallazgo del cadáver, no se intentó reanimarlo. "Sólo complicaremos las cosas para la autopsia", explicó el paramédico. "Tomlinson está de camino, ¿no?".

El anciano patólogo llegó minutos después, en parte sin aliento tras la larga caminata desde la entrada de visitantes. "Inspector", resolló a modo de saludo, aflojándose el botón superior de la camisa. Miró el cadáver cubierto de sábanas blancas manchadas, la pequeña multitud de invitados a la boda y el personal mantenían una respetuosa distancia, curiosos y horrorizados por turnos. "Y yo que esperaba que estuvieras bromeando. Que hubiera sido un ejercicio o algo así".

"Me temo que no, Marco. Lo encontré yo mismo. La mujer estaba aquí, arrodillada junto a él, pero salió corriendo". Volvió a hablar por teléfono con Janice. "Tengo a Barnwell y a Roach buscándola".

"Ah, el dúo dinámico", dijo Tomlinson. "Entonces no debemos tener miedo", bromeó. Graham le dejó hacer su bromita y lo acompañó hasta el cadáver.

Tomlinson comprobó las pupilas de la víctima, tomó notas sobre el tono de la piel y evaluó la posición del cuerpo y su ubicación. "Bueno, de momento no podemos descartar nada -comenzó Tomlinson-, pero estas lesiones parecen totalmente coherentes con una caída desde gran altura. Más allá de eso, tendré que entrar y echar un vistazo".

El estilo idiosincrásico de Tomlinson era el resultado de sus muchas décadas de experiencia. Estaba más allá de la conmoción y el dolor. Había visto la muerte de muchas formas, ya fuera llegada por accidente, desventura, desesperación o mediante la violencia.

El patólogo se puso de acuerdo con el personal de la ambulancia para que transportaran el cadáver al hospital local, donde realizaría la autopsia. "¿Qué te dice tu instinto, Marcus?". preguntó Graham.

"No creo que se deba especular sobre algo tan serio como esto", respondió Tomlinson, un poco altanero. "Pero extraoficialmente, no me sorprendería que aquí hubiera gato encerrado". Se lustró las gafas con el pañuelo y no pareció dispuesto a dar más detalles.

"¿Ah, sí?" inquirió Graham, siempre esperanzado de que el anciano pudiera dispensar más de su sabiduría duramente ganada.

"Bueno... ¿Cuántos hombres deciden acabar con todo al día siguiente de casarse?". se preguntó Tomlinson en voz alta. "La mayoría esperan ocho o diez años". Cuando Graham no respondió a su humor negro, Tomlinson continuó. "Y la mayoría de los suicidas tienen los

bolsillos vacíos. ¿Lo sabías?"

"Creo que sí", respondió Graham.

"Este tipo llevaba consigo el carné de conducir. Muy poco habitual en los casos en que no hay juego sucio".

Miraron juntos hacia las almenas. "Menuda caída", comentó Graham. "Tendría que haber estado absolutamente resuelto. Puedes imaginarte a alguien con pensamientos suicidas subiendo hasta allí, distraído por esta increíble vista del Canal, y luego mirando por encima del borde y pensando..."

"'A la mierda, en vez de eso voy a cortarme las venas', dijo Tomlinson. "Hay que tener muchas agallas para tirarse desde un lugar elevado".

Graham se frotó la barbilla pensativo. "Ojalá la esposa no se hubiera lanzado".

"¿Y por qué iba a hacer una cosa así?". preguntó Tomlinson. Era una pregunta retórica.

Graham acompañó al patólogo hasta los dos médicos que esperaban preparados para partir con el cadáver del hombre. "Gracias, Marcus. Mantente en contacto, ¿vale?"

"Tengo la sensación, amigo, de que voy a tener que hacerlo".

Graham tomó asiento en la zona de recepción del castillo, apenas una hilera de sillas bajo el enorme arco de la puerta principal, y se propuso respirar hondo. A falta de una taza de té, algo sin lo que llevaba demasiado tiempo, un momento de tranquilidad para calmar los sentidos y oxigenar los pulmones era un método infalible para vigorizar sus capacidades deductivas. Frustrantemente, sin embargo, sus entrevistas con el personal y los invitados no le habían revelado mucho más de lo que ya sabía. Nadie había visto nada. Pocos estaban despiertos a una hora tan temprana, y menos después de los excesos de la noche anterior. Los dos testigos que se habían presentado afirmaban haber oído el grito y haber salido corriendo al igual que él.

Janice Harding llegó con aspecto un poco nervioso, pero con su uniforme característicamente pulcro. "Lo siento, señor. El coche no arrancaba, ¿verdad? Precisamente esta mañana".

"Buenos días, sargento". Graham sonrió un poco distraído. Le indicó que se sentara.

"Sabe, señor, no quiero decir algo equivocado ni hablar fuera de lugar, pero...".

"Ha habido dos muertes misteriosas", intervino Graham, "con seis semanas de diferencia", añadió, "y ambas inmediatamente después de mi llegada a Gorey".

Janice se puso un poco colorada al oír que se lo señalaban tan bruscamente. "Eh, sí, señor".

"¿Soy sospechoso, sargento?", preguntó él, volviéndose hacia ella con mirada cansada.

"¡No, señor!", exclamó ella. "Sólo quería decir..."

"Entonces dejemos las coincidencias y los "y si..." para los conspiranoicos y dediquémonos tal vez a hacer algo de trabajo policial", dijo él, un poco mordaz.

"Lo siento, señor.

"No pasa nada, Janice. Estaba deseando pasar un domingo tranquilo bajo el cielo azul, y ahora voy a entrevistar a familiares angustiados y llorosos y a escuchar a Tomlinson hablar de fracturas de cadera y hemorragias intracraneales. Venga, vamos. Me apetece contemplar las vistas desde arriba".

Subieron a lo alto del castillo por una estrecha escalera de caracol muy empinada.

"No me apetecería subir con los zapatos que llevaba anoche, señor".

"Este castillo data del siglo XIII. No creo que entonces pensaran en Jimmy Choos, Janice. Probablemente no figuraban en los planos del arquitecto".

Janice no sabía si reírse del humor seco de Graham o asombrarse de que supiera lo que eran unas Jimmy Choos. "Puedo asegurarle, señor, que mi sueldo no me alcanza para comprar artículos tan finos y lujosos, pero si está dispuesto a rectificar eso, estoy dispuesta a aceptar su generosidad.... Ah, ya hemos llegado. Uf".

Aún hacía frío cuando salieron a la luz del sol, y el aire fresco y fresco fue un bienvenido respiro del polvo de las escaleras del castillo. Graham y Harding caminaron por las almenas y recuperaron el aliento.

"Se cayó", dijo Graham con sencillez. "Eso es todo lo que sabemos".

"Las caídas -explicó Harding, más que nada para refrescarle la memoria- suelen clasificarse, si me permites el juego de palabras, en tres categorías según los libros de texto. En primer lugar, hay accidentes".

"Las almenas son seguras, con buen firme, y anoche no llovió", entonó Graham. "Quizá estaba borracho".

"Tendrías que tener la peor suerte posible para acabar lanzándote por encima de estos muros. Tienen casi metro y medio de altura y medio de profundidad", añadió Harding. "A menos que se tratara de una caída de categoría dos, y la víctima fuera empujada por encima de una de estas ventanillas".

Graham sonrió. "Se llaman almenas. Los soldados se defendían entre estos huecos. Podían disparar flechas, verter agua hirviendo a través de ellas, o aprovechar la altura extra para simplemente aporrear a sus atacantes desde arriba."

Siguieron caminando un poco más, admirando las vistas. "No podemos demostrar que nadie más estuviera aquí arriba. No hay cámaras de vigilancia", dijo Graham, mirando a su alrededor, "y ningún testigo dice haber estado aquí ni haber oído nada".

"Lo que nos deja con la tercera categoría, señor: suicidio".

"Hmm".

CAPÍTULO 5



Janice y Graham bajaron por las murallas hasta la zona administrativa del castillo, situada junto al laberinto. En el cuadrilátero, la carpa montada para la boda de la víspera ya había sido derribada, dejando la plaza encantadoramente verde y abierta. En su despacho, Stephen Jeffries estaba en su mesa mirando por la ventana. Dio un pequeño respingo cuando Graham llamó a la puerta.

"Me has asustado -dijo Jeffries, llevándose la mano al cuello. Se recompuso. "Por favor, ¿quieres sentarte?".

"Sr. Jeffries, le presento a la sargento Harding. Me ayudará en esta investigación".

Jeffries parecía horrorizado. "¿Investigación?", exhaló. "Así que crees que..."

Graham levantó una mano. "No saquemos conclusiones precipitadas", dijo, haciendo una mueca interior por el desafortunado giro de la frase. "Estamos entrenados para observar los hechos y luego permitir que las circunstancias imperantes nos digan lo que el cuerpo no puede".

A instancias de Harding, Jeffries describió con detalle los acontecimientos de la boda, hasta los canapés y la música. "Todo el mundo parecía feliz. No hubo discusiones... excepto, bueno...".

"¿Excepto?" preguntó Harding.

"Estoy seguro de que no fue nada, pero la madre de la novia regañó a uno de mis empleados por una minucia: la disposición de las copas de vino. Quería que estuvieran dispuestas de una forma determinada... ya sabes cómo son las madres de las novias".

Janice dejó caer la mirada sobre su dedo anular vacío. "La verdad es que no. ¿Habló mucho con el novio?"

"Ni más ni menos de lo normal", respondió Jeffries. "He asistido a un centenar de bodas en una capacidad u otra, y es sorprendentemente habitual que los dos lados del pasillo se guarden casi para sí mismos, desde luego hasta que termina la ceremonia. Es después, cuando todos han bebido suficiente alcohol, cuando las barreras tienden a derrumbarse. Suele ser entonces cuando las damas de honor se encuentran en una cama desconocida o los padrinos deciden que correr por Gorey a altas horas de la madrugada es sencillamente la mejor idea que han tenido nunca".

Graham hizo una anotación en su libreta: bebida. No habían descartado un percance de borrachera como causa del desafortunado fallecimiento de George Ross. Difícilmente sería la primera vez que un joven se emborrachaba hasta caer en el estupor y sufría una grave lesión en las horas posteriores a su boda.

"Bien, señor Jeffries, tenemos mucho interés en no perturbar las cosas aquí en el castillo, pero necesitamos entrevistar a un buen número de los invitados", explicó Graham.

"Información de fondo, sobre todo", aclaró Janice. "Hacernos una idea de las relaciones, las tensiones, ya sabes. Un poco de historia".

Jeffries sacudió la cabeza. "No hay mucho que hacer hoy, y ya he hecho todo lo posible por conservar las cosas como estaban. Cerraremos las puertas a los visitantes, por supuesto. Alguien debería haberlo hecho ya. Los equipos de construcción tienen el domingo libre y no hay otras funciones previstas".

"¿Construcción?" preguntó Harding.

"Sí, sólo algunos apuntalamientos en los niveles inferiores. Este lugar necesita un mantenimiento constante, como puedes imaginar. Me aseguré de que dejaran de taladrar y martillear antes de que llegaran los invitados ayer; de lo contrario, no habríamos podido oír el 'sí, quiero'", sonrió.

"¿Podrías facilitarnos una copia de la lista de invitados, anotada con los números de las habitaciones, por favor? Y necesitaremos hablar con tu guardia de seguridad nocturno, si sigue aquí".

"Ella -señaló Jeffries- está esperando en el Gran Salón. Le dije a Sam que quizá la necesitaran, así que se quedó un poco más de lo habitual".

Jeffries condujo a Harding y a Graham al Gran Comedor, un espacio gigantesco con una docena de mesas largas y antiguas, seis a cada lado, perfectamente espaciadas para un banquete fastuoso. En la cabecera de la sala había otra mesa aún más grande. Las mesas sólo se habían recogido parcialmente y los manteles, los vasos y alguna que otra servilleta aún esperaban a ser retirados. Graham se fijó en una mujer rubia y fornida, vestida con un uniforme azul oscuro, que estaba de pie en un rincón. Era evidente que los estaba esperando. "Terrible, ¿verdad?", dijo, estrechándoles la mano a ambos. "Soy Sam. Seguridad nocturna".

"Lo es, Sam. Trágico", convino Graham. "¿Por qué no nos cuentas lo que has visto?".

Sam se encogió de hombros. No es una buena señal, pensó Graham. "La boda transcurrió sin problemas. Mucha bebida, fiesta, baile, lo normal. La gente se fue filtrando hacia medianoche. Para entonces la pareja ya se había ido, ¿sabes?", dijo con una leve sonrisa, que se desvaneció al recordar que la mitad de aquella feliz pareja se encontraba ahora en una losa mortuoria. "Hubo una mujer borracha que se quedó hasta el final, bailando sola, hasta que el DJ se marchó hacia las dos".

"¿Algún altercado?" preguntó Harding. "¿Peleas? ¿Discusiones? ¿Peleas de borrachos?"

"Oh, no", informó Sam. "Las peleas de borrachos son mi especialidad, y no hubo ni el más mínimo indicio".

Graham sonrió ante la honestidad inquebrantable de aquel personaje tan directo. "¿Y esta mañana? ¿En el momento de la caída de la víctima?"

Otro encogimiento de hombros. Vamos, Sam... Ayúdanos.

"No había nada anormal. No había nadie".

intervino Harding. "Hubo un grito, la llegada de una ambulancia, una multitud de gente... ¿Dónde estabas tú durante todo eso?", preguntó.

"Sí. No recuerdo haberte visto en absoluto", añadió Graham.

Esta vez Sam no se encogió de hombros. En lugar de eso, suspiró resignada. "Estaba dormida", admitió. "Estoy tomando una nueva medicación, ya sabes, para mi estado de ánimo. A veces me da sueño".

"¿Dónde? preguntó Graham, tomando nota en su siempre presente libreta. "¿Dónde has dormido?"

"Me quedé dormida en el sofá del despacho del señor Jeffries". Les dirigió a ambos una

mirada preocupada. "No se lo dirás, ¿verdad?".

"Mamá es la palabra", prometió Harding antes de que Graham pudiera decir nada. Reconocía un alma sincera cuando la veía.

"Gracias", dijo Sam, con una timidez que afectaba bastante después de la bravuconada de antes. "Ojalá pudiera ayudar más".

Yo también. No sabes cuánto. "Has sido de gran ayuda. Quizá deberías irte a casa a descansar -sugirió Graham, cerrando el cuaderno.

CAPÍTULO 6



El gran salón se encontraba entre las habitaciones precintadas por Jeffries en su eficaz celo por preservar el registro de los acontecimientos de la noche anterior, por si arrojaban alguna luz sobre el caso. Jeffries regresó ahora para comprobar si había hecho lo correcto.

"Pocos habrían sido tan considerados, señor Jeffries", le dijo Graham, impresionado por una vez. "¿Dices que nadie ha pasado por aquí desde el final de la cena?".

"Tenemos la política -dijo- de dejar que nuestro personal se vaya a casa a las once. El servicio de autobuses se detiene y los taxis son una pesadilla en Gorey un sábado por la noche, como puedes imaginar. En lugar de eso -explicó, señalando la mantelería y la cristalería-, limpiamos durante un "bombardeo", como lo llamamos, a la mañana siguiente. Todo el mundo viene durante tres horas. Ponemos música, preparo grandes jarras de café y lo dejamos todo hecho".

"¿Y esta mañana? preguntó Graham, acercándose a la mesa de arriba.

"En cuanto... Bueno, en cuanto ocurrió, llamé y les dije que no eran necesarios. Si es necesario, limpiaré yo mismo. No será la primera vez que tenga estas manos en agua caliente", bromeó. "Pero sabía que te resultaría más fácil trabajar con menos gente aquí. Tener a veinte empleados de cocina corriendo de un lado para otro... Bueno, no me parecía bien dadas las circunstancias".

Harding tomó nota. "Hizo lo correcto, Sr. Jeffries. Le estamos muy agradecidos".

Graham ya estaba en la mesa de arriba, donde los platos parecían no haberse movido desde la noche anterior. "¿Éste era el sitio de George?", preguntó. Jeffries asintió. "¿Serías tan amable de traerme una caja nueva de bolsas con cremallera de la cocina?", añadió. "¿Y un nuevo par de guantes de goma?".

Jeffries atendió la petición y Graham empezó a recoger en bolsas el plato de postre, los cubiertos y las copas de agua y de vino de la vajilla de George.

Harding estaba junto a su hombro. "¿Veneno?", preguntó en voz baja. "¿No será veneno, otra vez?" Tenía en la cabeza la imagen de Jorge, tullido por el dolor de estómago y atormentado por la confusión, tambaleándose sobre las almenas hacia la muerte.

Una reciente investigación local, que había sido noticia sólo seis semanas antes, había dado como resultado veneno, pero Graham no estaba de humor para deducir nada antes de reunir todos los datos. "Veamos. Espero tener pronto noticias de Tomlinson. Quizá él pueda decírnoslo". Luego, volviéndose hacia el encargado de eventos: "Sr. Jeffries, ¿podríamos molestarle para que nos enseñara la suite nupcial?".

Era una habitación digna de un presidente o un rey. O, quizá, para una pareja de recién casados con los bolsillos llenos. Enorme y con unas vistas impresionantes del Canal de la Mancha y la costa francesa, la suite nupcial estaba magníficamente decorada, con una cama con dosel y todas las galas con las que podía soñar una joven pareja de enamorados.

"No está mal", admitió Harding. "¿De cuánto estamos hablando por noche?", preguntó, preparándose para una respuesta que rozaba la locura.

"Unos dos mil", respondió Jeffries con displicencia, como si la pregunta se la hicieran prácticamente todos los que visitaban la suite, cosa que, por supuesto, ocurría. "Depende de la época del año".

Harding reprimió un silbido de asombro y empezó a fijarse en los detalles de la habitación. A su lado, el inspector Graham hacía lo mismo, pero de aquella forma extraordinariamente minuciosa que había hecho suya. Ella le observó mientras absorbía los detalles, sus ojos se movían suavemente entre cada objeto, hacia el suelo y a través de las cortinas, hacia el techo y luego hacia la cama. La capacidad de Graham para reunir, almacenar y analizar datos visuales era un mecanismo finamente perfeccionado. Para Harding era una especie de emoción ver cómo explotaba a pleno rendimiento aquellas extraordinarias habilidades.

"¿Nota algo, sargento Harding?". Graham abrió su libreta para anotar lo que había observado.

"Bueno..." Miró a su alrededor con más detenimiento. "Parece una suite nupcial, bellamente dispuesta, a la espera de la feliz pareja". Entonces se detuvo. "Pero... Se suponía que tenían que haber llegado hace horas... Antes de medianoche, dijo Sam".

"Precisamente", convino Graham.

"La cama sigue perfectamente hecha... Quiero decir, ¿qué pareja...?".

"¿Ni siquiera se molesta en hacer bien su propia cama en casa, y mucho menos en un hotel en el que estás pagando el sueldo de un mes para quedarte una noche?". Graham descartó la idea. "No durmieron aquí, Harding. No tocaron el champán". Levantó con cuidado la botella de un charco de hielo derretido en un cubo. "Ni siquiera mordisquearon una fresa cubierta de chocolate, por el amor de Dios".

"Qué raro", casi susurró Harding.

"Yo me casé una vez", dijo Graham. "E inmediatamente después del banquete de bodas, se me ocurrieron tres cosas". Las tachó con los dedos. "Comida, porque apenas había comido nada entre tanta socialización y buenos deseos. Un vaso de algo fuerte, porque me daba miedo beber por si me pasaba. Y... bueno, a la cama. Estaba agotada".

Harding se ruborizó ante aquella inusual efusión de información personal, algo que Jeffries captó, respondiendo con la más leve de las sonrisas. "Creo que la mayoría de los matrimonios tienen esas mismas prioridades, señor".

"Aunque no siempre en el mismo orden", añadió Jeffries. "Pero, ¿qué te dice de la pareja que ni siquiera hayan vuelto aquí?".

"¿O abrir su equipaje?" dijo Harding a continuación, abriendo el vestidor para dejar al descubierto dos maletas.

Graham volvió a cerrar su cuaderno. Incluso después de semanas de burlas por parte de sus dos alguaciles, se había negado resueltamente a empezar a utilizar una tableta. El volumen encuadernado en cuero le resultaba tranquilizador, un baluarte contra las mareas del cambio constante. "Realmente no lo sé, señor Jeffries", admitió Graham. "Pero nos dice algo. Te lo garantizo".

CAPÍTULO 7



El signo declaraba, en términos nada inciertos, "EXPOSICIÓN EN PREPARACIÓN. PROHIBIDO EL PASO". Pero para Leo Turner-Price se trataba de un desafío, no de una orden. "A mí me parece una invitación".

"¿Qué cosa?" preguntó Emily, mirando el cartel. "Están trabajando en esa parte, Leo", dijo, como si se lo dijera a un niño de siete años errante que tenía que verlo todo. "Volvamos arriba. Quiero ver el Gran Salón".

Leo no se inmutó. "¿No quieres ver la exposición que están preparando?", preguntó. "¿No te pica la curiosidad?".

"No", respondió Emily.

"Me pica un poco", admitió Marina.

"¿Por qué?" preguntó Harry. "Quiero decir que sólo será otra celda conservada o algo así, ¿no?". A decir verdad, estaba disfrutando del entorno fresco y oscuro. Le aliviaban los efectos del alcohol de la noche anterior.

"Sólo un pequeño vistazo, y luego subiremos a ver el Gran Salón", prometió Leo. "Yo también quiero verlo. Sólo quiero ver esto primero".

"Por el amor de Dios", suspiró Emily, admitiendo su derrota. Ayudó a Leo a apartar el cartel y a deslizar el pestillo de la pesada puerta de madera. Se abrió con un crujido largo y profundamente ominoso. "Vale, ahora hasta yo siento curiosidad", admitió.

La habitación estaba a oscuras, pero había un interruptor de luz en la pared junto a la puerta, apenas suficientemente iluminada por las bombillas que iluminaban el pasillo principal. Leo pulsó el interruptor y se encendió una única bombilla desnuda del techo. "Parece que también siguen trabajando en la iluminación". Se asomó a la penumbra "Oh... No puede ser...".

"Un momento, ¿eso no es un...?"

"Sí... creo que lo es...".

Una doncella de hierro de dos metros de altura, un armario metálico de tamaño humano que ofrecía quizá el método menos cómodo de encarcelamiento, estaba abierta junto a la pared, con pinchos sobresaliendo de todos los ángulos. A su lado había un potro de aspecto preocupantemente auténtico, con un maniquí desnudo que parecía condenado a sufrir dolorosos estiramientos durante toda la eternidad. En un rincón había un conjunto de estanterías de madera que contenían instrumentos de tortura de todo tipo. "Oh, tío, tienen que abrir esto enseguida. El museo molaría mucho más si todo esto estuviera expuesto", declaró Leo.

A Emily le encogió el corazón que un historiador tan apreciado y célebre se sintiera reducido

a un regocijo infantil al ver unos cuantos métodos de tortura antiguos, y despertó en ella el afecto que había sentido por aquel hombre complejo e inteligente desde sus tiempos de estudiante. Se había enfurecido silenciosamente con él por amenazar la integridad del cuarteto al desaparecer como lo había hecho durante cuatro largos meses después de que Marina lo rechazara, y se sintió muy aliviada cuando volvió a ponerse en contacto con él. Su reaparición había sido tímida, como la de un tejón que sale de su escondrijo, pero la calurosa bienvenida que recibió del grupo había sido tan alegre que, afortunadamente, la incomodidad de la situación quedó pronto confinada al pasado.

Leo estaba examinando un tapiz que adornaba la pared del fondo. Tenía unos cinco metros cuadrados y estaba muy polvoriento, pero podía distinguir una especie de escena de batalla estilizada, con caballos en formación y sus jinetes portando picas y espadas. Levantó la tela para examinarla y descubrió que el tapiz había sido colocado para cubrir cuidadosamente una pequeña puerta de madera.

"Eh..." empezó Leo. "Aquí hay otra puerta". Levantó el polvoriento tapiz para mostrárselo a los demás.

"¿Qué marca ésta? ¿Verboten?" bromeó Marina.

"Privado", respondió Leo. "Quiero decir, ¿privado para quién?".

Harry echó un vistazo. "No lo sé. ¿Quizá la gente que dirige este lugar?", planteó. "Venga, colega. Ya te has divertido. Vámonos de aquí antes de que nos deporten de Jersey por allanamiento según alguna ley del siglo XVI".

"Sí", bromeó Emily, "podrían encarcelarnos aquí o algo así. Para disuadir a los demás".

Leo hizo un ruido grosero y despectivo, sonrió a los otros tres y abrió la puerta con el hombro. Necesitó tres empujones firmes. "¡Te tengo!", exclamó.

"Eh, Leo", empezó Harry, "¿no crees que, si la puerta lleva tanto tiempo cerrada que se necesita un empujón con el hombro para abrirla, puede que vayan en serio con lo de que es "privada"?".

Otro ruido grosero y Leo desapareció, dirigiéndose hacia el pasadizo que había descubierto. Unos segundos después, "Oh... ¡Esto es genial!".

Los demás intercambiaron miradas preocupadas, pero después de encogerse de hombros tres veces al mismo tiempo, siguieron a Leo a través de la pequeña puerta de madera y entraron en un túnel apenas lo bastante ancho para que cupieran dos personas de pie una al lado de la otra. "Vaya, Leo, ¿qué demonios has encontrado esta vez?". preguntó Marina.

"Debe de ser un túnel de sirvientes o algo así", respondió Leo, complacido al ver que sus amigos se le habían unido.

"¿Desde la cámara de tortura del castillo?". respondió Harry. "Aquí, siervo, y atiende a mi voluntad. Todos estos estiramientos, mutilaciones y extracción de dientes con una cuchara me han dejado seco. Te ruego que traigas una jarra de cerveza para saciar mi furiosa sed". ¿Esa clase de sirviente?"

Sus risas resonaron en el túnel. Había suficiente luz procedente de la cámara de tortura para que vieran que el pasadizo se abría a una sala más grande, pero más allá no podían ver nada.

"¿Alguien más piensa que éste podría ser un buen punto para dar la vuelta?" preguntó Emily al grupo.

"Aún no hay víctimas", objetó Leo. "Yo digo que veamos si hay un interruptor de la luz en la habitación contigua".

Marina se apretó a su lado y le dio un amistoso empujón hacia delante. "No creo que tuvieran interruptores de la luz en el siglo XVI, genio".

Emily sintió que la piel del cuello empezaba a erizarse desagradablemente. "Sabéis, chicos, realmente no creo que debamos...".

Un sonido agudo detrás de ellos hizo que el grupo se detuviera bruscamente. Era el sonido de piedra contra piedra, una colisión de algún tipo.

"Vale, tienes razón. Demos media vuelta", empezó Leo, pero se oyó otro sonido más gradual, como de piedra deslizándose sobre algo, y luego un ruido estrepitoso que retumbó en el túnel, trayendo consigo una nube de polvo y mampostería antes de que se apagaran todas las luces.

CAPÍTULO 8



Jeffries decidió entregar efectivamente sus oficinas del ala administrativa a la policía. Sentía que era su deber ayudar en la investigación como pudiera, estaba decidido a que la policía descubriera lo ocurrido y deseaba especialmente que el castillo no sufriera indebidamente por este desafortunado incidente. Si la muerte de George Ross hubiera sido un suicidio, sería algo que la mayoría de la gente aceptaría sin rechistar, incluso la de un hombre joven al principio de su vida matrimonial. Pero algo más sospechoso, un asesinato...

El director de eventos no pudo evitar acordarse de los murmullos y rumores que había oído sobre la pobre señora Taylor y la posada Casa Blanca después de aquel terrible asunto de la mujer muerta en la playa. La Sra. Taylor parecía haberse recuperado ya, y una rápida charla en la calle el otro día había revelado que las reservas eran sólidas -se estaban "poniendo las pilas", como decía la imponente señora-, pero a Jeffries le horrorizaba la idea de que Orgueil se convirtiera en una especie de "castillo de asesinatos" sensacionalista.

Ya era bastante difícil para él comercializar el lugar como lugar de celebración de bodas, a pesar de todas sus virtudes en cuanto a instalaciones y ubicación, cuando en las entrañas del castillo se habían practicado torturas y encarcelamientos ilegales. Los retrasos en la apertura de la exposición sobre la tortura estaban supuestamente relacionados con las obras de construcción, pero en realidad, algunos miembros de la junta del museo seguían considerando que la idea era bastante desagradable y habían pedido repetidamente más tiempo para reflexionar sobre sus implicaciones.

Jeffries soltó un gran suspiro y giró la cabeza cuando el inspector Graham recibió la esperada llamada de Marcus Tomlinson. "Hola, ¿Marcus? Muy bien, dímelo. Graham escuchó durante un largo momento tomando notas. "¿Estás seguro?" Volvió a escuchar, frunció el ceño hacia Harding, tomó más notas, dio las gracias al patólogo y terminó la llamada.

"Maldita sea", murmuró Graham. "Me temo que no hay mucho con lo que seguir". Harding parecía cabizbajo. Jeffries sentía lo mismo.

"¿Examen toxicológico?" preguntó Janice.

"Alcohol, pero nada fuera de lo normal, sobre todo para un hombre que se había casado el día anterior. Ni drogas, ni analgésicos, ni ninguno de los venenos habituales. Incluso comprobó si había alguno inusual con el que nos topamos hace seis semanas: nada".

"Entonces, ¿qué opina, señor? ¿Podría tratarse de un suicidio?"

Jeffries negó con la cabeza. "No puedo entender por qué alguien haría eso", murmuró sombríamente. "Un crimen tan terrible contra los que deja atrás".

"Si decidió acabar con su vida, lo hizo mientras todos sus familiares y amigos más cercanos estaban aquí mismo. Seguramente, si tenía pensamientos oscuros, habría recurrido a alguien. A su familia, a su padrino... a su nueva esposa, por el amor de Dios". Graham se mostró incrédulo.

"Para mí", dijo Jeffries con la timidez de quien siente que está hablando fuera de lugar, "es un enigma considerar que este hombre, que acababa de casarse con Marie, una hermosa joven de una familia cariñosa y -añadió con una pizca de orgullo- en un lugar impresionante, con buena música y comida.... ¿pudiera considerarlo el punto más bajo de su vida? Un acto así es sencillamente inconcebible -dijo, alzando la voz, con palabras ahora claras.

Graham asentía y tomaba más notas. "Buena observación, señor Jeffries. A menos, claro está, que haya cosas que no sepamos. Y no hay nada más seguro que eso". Se volvió hacia Harding. "¿Por dónde cree que deberíamos empezar, sargento?".

Janice cogió la lista de invitados a la boda y la escaneó. "Señor Jeffries, ¿estoy viendo esto bien? ¿Los padres de la novia no se alojaron anoche en el castillo?".

El director de eventos se quedó pensativo un segundo. "Oh, no. No querían estar entre tanto ruido y fiesta después de lo que recuerdo que la madre de la novia llamó 'un día difícil'. Sinceramente, no me caía nada bien. Pero, los clientes son los clientes, y debemos...".

"¿Dónde?" preguntó Harding, sin disculparse por la interrupción. Jeffries cerró la boca como si le hubieran golpeado en los nudillos.

"En la Posada de la Casa Blanca, por supuesto".



Janice optó por utilizar su coche de policía sin distintivos para la visita a la Posada de la Casa Blanca. La pobre Sra. Taylor había visto ir y venir a más de un hombre uniformado durante su investigación del mes anterior, y ni Harding ni Graham querían traerle malos recuerdos. La dueña de la posada no sólo había sido una ayuda incondicional durante la investigación del asesinato, sino que además había brindado a Graham todas las cortesías posibles desde entonces. Lo menos que podían hacer era mantener su vestíbulo libre de más intrigas y disgustos.

"¡Oh, sargento Harding!" exclamó alegremente Marjorie Taylor, con su collar de cuentas gigantes rebotando. "Me alegro de verte. ¿Te quedas a comer con el detective inspector?".

Graham la hizo callar con una mirada seria y echó un vistazo al despacho de atrás. Se dirigieron a él y cerraron la puerta. "Quiero hacer esto con discreción, señora Taylor", dijo Graham. "Vas a enterarte de una muerte repentina y misteriosa en el castillo".

Las manos de la Sra. Taylor volaron hacia su boca. "¡Otra vez no!", jadeó.

"El novio de una gran boda que se celebró anoche se precipitó desde las almenas", añadió Graham, descubriendo que su intento de suavizar la tragedia había estado a punto de fracasar.

"¡Oh, no! gritó la señora Taylor. Se balanceó como si estuviera a punto de caer sobre la alfombra de helechos y flores que tenía debajo.

"Tranquila, amor, tranquila", arrulló Harding, con la mano en el hombro de la anciana. "Con calma, tenemos que hablar con el señor y la señora Joubert, padres de la novia. Tenemos entendido que se quedaron contigo anoche".

La señora Taylor buscó en su memoria, contenta de la distracción. "¿Joubert? Sí... Puede que estén desayunando". Una breve comprobación y un vistazo al comedor dieron la razón a la señora Taylor. Una pareja de unos cincuenta años desayunaba tranquilamente junto a la ventana.

"Esperemos a que terminen, ¿eh? Llamaremos a la puerta de su habitación cuando vuelvan", dijo Graham.

Graham y Harding intentaron mezclarse con los huéspedes que se filtraban por la recepción. Había algunos recién llegados, otros que se iban, familias que salían a pasar el día y parejas que paseaban cogidas de la mano. "Bonito y normal", observó Harding. "Mejor por aquí".

"¿Hmm?" preguntó Graham.

"Que no causemos un gran revuelo, ya sabes".

Graham vio a los Joubert subiendo a su habitación y consultó su reloj. "Estás aprendiendo una de las lecciones más importantes del trabajo policial", le dijo a Janice. "Nunca causes un gran alboroto si no es necesario".

Unos minutos más tarde, bastante nerviosa pero reconfortada por tener al experimentado Graham a su lado, Harding llamó a la puerta de los Joubert. "Respire, sargento", le aconsejó. "Puedo hablar yo si lo prefieres".

"Yo me encargo", le dijo ella, aunque su mano temblorosa le decía a Graham lo contrario. Janice sólo había hecho otra "notificación de muerte", y había sido a la nieta de un anciano que había sido atropellado por un coche. La joven se lo había tomado compasivamente bien, pero Harding tuvo que preguntarse si notificar a los Joubert la muerte de su flamante yerno sería una experiencia más dura.

CAPÍTULO 9



“¿Madame Mathilde et Monsieur Antoine Joubert?" preguntó la sargento Harding con su mejor acento francés. Confirmar sus nombres no era simple cortesía. Toda notificación requería la identificación de la familia.

"Oui", respondió Antoine Joubert, con una arruga de preocupación entre las cejas.

"¿Podemos pasar un momento, por favor, señor?". preguntó Harding. Los cuatro permanecieron de pie en la espaciosa habitación del hotel mientras el sargento Harding les daba la terrible noticia.

Ninguno se lo tomó bien. Antoine Joubert era un restaurador alto y altivo, propietario de un bistró en St. Malo. Joubert se llevó el puño a la frente y empezó a caminar, murmurando en francés en voz baja. No estaba desacostumbrado a las tragedias, pero sentía devoción por su familia y estaba claramente horrorizado por la noticia.

Mathilde, su esposa, bajita y fornida, estaba igualmente afectada. Cuando se enteró de la noticia, se puso tan pálida como la ropa de cama. "Mais... ¡C'est incroyable!", gritó por tercera vez mientras Janice la ayudaba a sentarse en una silla.

Graham se enorgullecía de su capacidad para distinguir la conmoción genuina de la artificial y teatral, y todo parecía indicar que los Joubert mostraban la verdadera. A menos que estuviera muy equivocado, no sabían nada de la muerte de Jorge ni de la extraña y confusa desaparición de su hija.

"No tenemos motivos para creer que la muerte de George fuera otra cosa que un accidente, pero es, como seguro que estarás de acuerdo, especialmente inoportuna".

"Pero son horas..." Monsieur Joubert tartamudeaba, muy agitado, "sólo unas horas después de su boda con mi hija. ¿Cómo ha podido ocurrir?" Fue a sentarse en una silla junto a su mujer, que ahora estaba aturdida. "¿Cómo?", repitió, atendiéndola y secándole tiernamente la cara con un pañuelo.

"Eso es lo que pretendemos averiguar", le dijo Harding. "Nuestro primer paso es interrogar a cualquiera que pudiera haber visto el... accidente, o quizá haber oído conversaciones entre George y otra persona".

Mathilde Joubert levantó los ojos llorosos para mirar a Harding. "¿Discusiones? ¿El día de su boda? Imposible...", murmuró. Empezó a llorar con un sollozo largo y quejumbroso.

"¿Y Marie? ¿Se lo han dicho? ¿Está bien? Antoine estaba preocupado por su hija.

"Tu hija huyó tras la caída de su marido. Le dejó tirado en el suelo".

Esta noticia provocó otro lamento de Madame Joubert.

"Entonces -insistió Graham-, debemos hablar con todos. Siento hacerlo tan pronto después de que hayáis recibido la noticia, pero ¿podéis hablarnos de la boda?".

Mathilde se quedó sin aliento al recuperarse de sus lamentos, así que Antoine tomó el relevo. "Fue elegante, preciosa", informó. "Todo el mundo se lo pasó muy bien". Estuvo distante un momento, tal vez recordando los mejores momentos del día anterior. "Maravilloso", repitió. "No hubo discusiones ni malos rollos. Sólo una pareja feliz, dos familias encantadas. Mucho baile, mucha bebida. Ya sabes cómo es".

"Por supuesto", dijo Graham, tomando sus notas habituales. "¿Hasta qué hora estuvisteis en las fiestas?".

Antoine se lo pensó un segundo. "Quizá a las once o un poco después. Los dos estábamos cansados, mi mujer sobre todo. No estamos acostumbrados a las grandes fiestas a nuestra edad".

"¿Y volvisteis directamente aquí, a la posada de la Casa Blanca?". confirmó Harding.

"Sí. Nos dormimos en unos instantes. Había sido un día muy largo", respondió Antoine.

Graham dio el insólito paso de sentarse en el borde de la cama, a un par de metros de la afligida pareja. Harding le observaba, curioso como siempre, pero seguro de que aquel detective experimentado y brillante podría obtener todas las pruebas necesarias.

"Monsieur -empezó Graham, con la voz deliberadamente baja-, ¿se le ocurre algún lugar al que Marie pudiera haber huido en ese terrible momento? ¿Quizá a algún lugar de Jersey?"

Con el brazo alrededor de su llorosa esposa, Antoine negó con la cabeza. "Tenían planes para una luna de miel. No sé adónde. Se negaron a decírnoslo, ya sabes... era un secreto de pareja".

Graham asintió. Su propia y modesta luna de miel había sido una confidencia misericordiosamente bien guardada. Sus amigos del colegio habían sido menos afortunados. Habían llegado a su apartada casita de luna de miel para encontrarse seis gallinas en la cocina y el teléfono desconectado. "¿Hay algún otro lugar al que podría haber elegido ir?"

"¿Saint Malo?" sugirió Mathilde.

"Non, chérie", dijo Antoine. "El barco no sale hasta dentro de una o dos horas. Y los vuelos siempre van llenos. No veo cómo ha podido volver a casa". Luego añadió: "Y no veo por qué lo haría".

Harding formuló la siguiente pregunta. "¿Dónde se alojó la pareja antes de la boda? Tengo entendido que condujeron por separado hasta el castillo. ¿Marie en un Rolls Royce?"

La pareja francesa asintió. "Arreglé un pequeño lugar a las afueras de Gorey -les dijo Antoine-, en la colina que da a la playa. Un bonito lugar para que la novia se prepare tranquilamente para su gran día". Antoine buscó la dirección en su cartera. "George tenía un apartamento. Marie se quedaba allí con él, pero para la boda se iba a este lugar. Así que él no la veía, como es costumbre".

"¿Hay algo más que puedas contarnos? ¿Algún pequeño detalle?"

Antoine se puso en pie. "Señor... espero que ésta no sea la conclusión a la que se vea obligado a llegar", dijo con severidad, "pero si... si se tratara de un asesinato... quiero saber, de inmediato, quién fue el responsable".

Graham se acercó al francés mayor, eran más o menos de la misma estatura. "Monsieur Joubert, es importante no precipitarse...".

"George era mi familia. Se unió a nosotros no una, sino dos veces. Y mi familia es lo más querido que tengo en el mundo".

Harding y Graham intercambiaron miradas confusas. "Perdóneme, monsieur Joubert", dijo Graham. "¿Has dicho 'dos veces'?".

Mathilde tendió la mano a su marido como para detenerle. "Antoine... S'il vous plait...".

Su marido le dio unas palmaditas en la mano, pero siguió adelante. "Mi mujer no está bien", explicó. "Ha sido la conmoción más terrible". Luego se dirigió a Harding. "Reconozco que es un poco inusual, pero Jorge ha tenido el honor de casarse primero con una y luego con la otra de mis hermosas hijas".

El rostro de Harding permaneció impasible, a pesar del abrumador impulso de levantar ambas cejas. Se limitó a un curioso: "¿Es así?".

"Oui", respondió Antoine, claramente más acostumbrado que Graham o Harding a la idea de que un hombre pudiera casarse con una mujer antes de divorciarse de ella y casarse con su hermana. "George y Juliette primero. Tuvieron un bebé, nuestra nieta. Está en St. Malo con su padrastro, el nuevo marido de Juliette. Pero nuestra Juliette está... ¿cómo decirlo?". Buscó la palabra en las paredes de la habitación. "¿Fugaz?"

"Creo que lo entiendo, señor", respondió Graham, garabateando notas.

"¿Crees que podrá ayudarnos?". intentó Harding.

Antoine soltó una risa corta y hueca. A los oídos de Graham, no era el tipo de ruido que ningún padre debería hacer sobre su hija. Evocaba la idea de que Juliette era una manzana que había caído muy lejos del árbol familiar.

"Tiene problemas", dijo Mathilde, empezando a serenarse. "Bebe. Fuma cosas que no debe. Ya me entiendes". No era una pregunta, sino una petición para seguir adelante.

Harding dio las gracias a la pareja y Graham tomó las últimas notas antes de que se marcharan. "Ten por seguro que no quedará piedra sin remover". Graham dudó inmediatamente de que la expresión se tradujera bien al francés, por lo que añadió: "Haremos todo lo posible".

Dejaron a los Joubert con su indiscutible pena, cerrando la puerta en silencio. "Bueno, sargento", dijo el inspector cuando cruzaron el vestíbulo y saludó cortésmente a la señora Taylor, "¿qué le ha parecido?".

Llegaron al coche y Harding se sentó en el asiento del conductor, pensando detenidamente. "Yo diría, detective inspector, que si alguna vez me casara con un tipo, y luego me dejara y se casara con mi hermana pequeña, Christina", los puños de Janice se enroscaron como si estrangulara a una serpiente, "me pasaría el resto de mi vida haciendo de la suya una maldita miseria".

Los dos policías estaban sentados en su coche sin distintivos junto a la carretera que se alejaba de Gorey. El sol radiante del domingo a media mañana dificultaba la visión de la pantalla del teléfono. "Las maravillas de la tecnología moderna", respiró Graham. "¿Cuándo demonios has hecho esto?".

"En cuanto llegué al lugar -explicó Harding- y empecé a embolsar sus efectos. Hoy en día es algo rutinario", respondió Harding. "En la academia de policía, recuerdo que nos decían una y otra vez: 'Fotos, o nunca ocurrió'".

Graham volvió a levantar el teléfono y lo giró para ver mejor la foto del carné de conducir de George Ross. "Me gustaría pensar que un cuaderno y un lápiz aún sirven para algo", replicó Graham.

"Sólo si eres un dinosaurio. Con todos mis respetos, señor".

Graham se encogió de hombros ante el comentario. No era ni mucho menos el primero de Harding a costa de su jefe y de su obstinada negativa a "actualizarse", como ella decía. "Lo que funciona para mí, funciona para mí", le aseguró.

"Eso no se discute, señor", dijo Harding. "Entonces, ¿por dónde empezamos? ¿Por la cabaña alquilada a Marie en aquella colina -dijo señalando la siguiente elevación- o por el piso de soltero de George?".

Antes de que Graham pudiera contestar, sonó su teléfono. Resuelto en su desprecio por la tecnología, el teléfono era un modelo voluminoso y antiguo, apenas capaz de tener una agenda de direcciones. Harding ahogó una carcajada mientras Graham cogía la llamada.

"Ah, sí... Muchas gracias por devolverme la llamada". Graham escuchó y tomó notas, con el grueso teléfono atrapado entre la oreja y el hombro. "¿Qué dices?", preguntó, con cara de preocupación. "Bueno... eso es algo, ¿no?". Siguió escuchando durante tres o cuatro minutos, pero lo único que Harding oía era un inglés muy acentuado, cuyas palabras eran indistinguibles. "Claro... Bueno, mira, no puedo agradecértelo lo suficiente. ¿Me harías el favor de mantenerme informado si surge algo más?", preguntó.

La llamada terminó y Graham completó otra página de notas antes de volverse hacia Harding. "Era mi homólogo en St. Malo, antiguo hogar del clan Joubert. Les hice una llamada para que indagaran un poco en la familia, a ver qué podían contarnos. Y Poirot me contó algo bastante interesante".

"Poirot era belga, señor".

continuó Graham. "Afirma que hay un trasfondo algo turbio en esta historia".

"¿Ah, sí?"

"La familia Ross poseía una granja en las afueras de St. Malo".

Graham expuso la narración tal y como la había relatado su homólogo francés. "Parece que hubo un incidente en su día en el que estuvieron implicados los padres de George. Un asesinato-suicidio".

Esto paralizó a Harding. "Santo cielo", exhaló.

"Aunque depende de a quién preguntes. Hay división de opiniones, incluso entre la policía francesa".

"Entonces, ¿qué ocurrió?" quiso saber Harding.

"Según el informe oficial, el padre de George disparó a su madre y luego se apuntó a sí mismo. George, que entonces tenía trece años, y su hermana Eleanor, de once, estaban jugando en un campo vecino y volvieron a buscarlos."

"¡Maldita sea!", exclamó Harding. "¿Te imaginas el efecto que debió de causarle?".

"Sólo ligeramente", concedió Graham. "Pero otros parientes, entre ellos el tío paterno del joven George y su tía materna, negaron rotundamente que se tratara de un asesinato-suicidio. Afirman que la familia era completamente feliz, que les encantaba estar en Francia e incluso habían planeado mudarse allí permanentemente cuando George y su hermana hubieran crecido y abandonado el hogar."

"Hmm", dijo Harding, reflexionando sobre ello. "Tengo que decir, jefe, que me produce una sensación extraña".

Graham arrancó el coche. "Sigamos esa extraña sensación, sargento Harding. Sospecho que podría llevarnos en direcciones muy provechosas".

CAPÍTULO 10



En el sótano del castillo, el cuarteto musical estaba agazapado. Les rodeaba ese tipo de oscuridad envolvente que sólo conocen los que exploran las cavernas del mundo. Incluso en la hora transcurrida desde el derrumbamiento del túnel, sus ojos no se habían adaptado porque, sencillamente, no había luz para ver. El aire estaba espeso de polvo. Les había provocado repetidos ataques de tos, pero cuando se asentó, los músicos decidieron quedarse quietos y esperar ayuda mientras su respiración se hacía más fácil. De alguna parte salía una corriente de aire fresco, pero hacía un calor sofocante.

"Vale, ¿hemos traído agua?". dijo Emily tras un paréntesis en la discusión durante el cual predominaron sus perspectivas de supervivencia.

"Tengo esta botellita", dijo Harry, "me he bebido un tercio". Había formado parte de su plan contra la resaca.

"Pero básicamente, gracias a Dios, estamos ilesos", dijo Emily a continuación. "Básicamente, ¿no?"

"'Básicamente' es cierto", gimió Marina. Se había dado un golpe fuerte y rocoso que le había dejado el hombro y el brazo magullados e hinchados. Los demás se quejaron del polvo, pero, por algún milagro, no había heridas graves.

"Podría haber sido mucho peor", les recordó Harry.

"Es lo que hay", rebatió Emily, rápidamente. "Así que, gente, quiero salir de aquí inmediatamente. ¿Alguna idea?"

"Bueno", dijo Leo, "creo que estaréis de acuerdo en que gritar no funcionó".

Unos instantes después de descubrir que aún podían hacerlo, el grupo se había quedado afónico gritando en un largo y continuo canon de las cuatro voces, pero no había oído absolutamente nada a modo de respuesta.

"Sí, las paredes son demasiado gruesas. O quizá no haya nadie en esta parte del castillo", conjeturó Harry. "Quizá tengamos que cavar para salir".

También ésta era una idea que ya habían visitado antes. "¿Con qué?" preguntó Marina. "Necesitaríamos palas, picos, tal vez incluso equipo pesado de elevación. Sólo tenemos cuatro pares de manos, y no sé cuánto peso podrá mover mi hombro. Y, desde luego, no quiero hacer algo que pueda derribarnos todo encima".

Leo se acercó a ella, o al menos al lugar de donde procedía su voz. Marina no hizo ademán de detenerlo mientras la rodeaba suavemente con un brazo reconfortante. "Tendré cuidado con tu hombro", prometió en un susurro.

"Más te vale, o al final tendremos que lidiar con las secuelas de una fatalidad", replicó ella, sólo medio en broma.

Emily levantó el teléfono, algo que había hecho pocas veces desde que empezó la crisis, para ahorrar batería. "Tenemos cuatro de éstos, ¿verdad?

Harry emitió un sonido estrangulado de disculpa. "Me dejé los míos en el estuche del violonchelo".

"Tres de éstos", dijo Emily, decidida a aceptar cualquier circunstancia en la que se encontraran. Su prioridad era centrarse en resolver el problema de sacarlos de allí. "¿Alguien recibe algún tipo de señal?"

En la oscuridad, Leo negó con la cabeza. "Ni una maldita cosa. No hay cobertura, ni internet, ni conexión inalámbrica local".

Marina lo resumió. "¿Así que tres dispositivos de comunicaciones móviles altamente sofisticados, capaces de hablar con el espacio exterior y con casi todos los humanos de la Tierra, se acaban de convertir en tres antorchas?".

Emily suspiró. "Más o menos. Pero al menos las tenemos. Mantengamos sus baterías todo el tiempo que podamos". Las funciones de linterna de los tres teléfonos, por muy brillantes y útiles que fueran, agotaban las baterías a un ritmo alarmante.

"Dame un poco de iluminación rápida por aquí", dijo Harry. "Creo que he encontrado un hueco en la caída de rocas. No es grande, pero si podemos agrandarlo, podríamos ver adónde conduce..."

"No toques nada", ordenó Emily. "Marina tiene razón. Si alteramos las cosas, el techo podría venirse abajo".

"Mira", dijo, iluminando con el teléfono de Marina la esquina de la cámara en la que estaban. "Compruébalo".

El derrumbe del túnel había borrado el pasadizo por el que habían llegado. Aquel extremo de la cámara culminaba ahora en un alto montón de roca dentada y mampostería que parecía completamente intransitable. Sin embargo, en el otro extremo, donde habían visto, segundos antes del derrumbe, que el túnel se abría en una especie de sala, el montón de rocas no era tan alto. "Parece más bien una posibilidad", declaró Harry y alargó la mano para empezar a mover los escombros.

"¡No!" repitió Emily con más fuerza. "No toques las rocas".

"Mira", empezó Harry. "Tendré mucho cuidado. Si alguien oye que algo se mueve como si fuera a caerse, me detendré".

Emily frunció el ceño en la oscuridad. "Sigue sin gustarme".

Leo intervino. "Tú eres el primer violín, Emily -dijo-, no nuestro responsable de Salud y Seguridad. Deja que Harry lo intente. Puede que sea nuestra única salida".

Emily reflexionó durante una larga pausa. Finalmente, accedió con audible reticencia. "Vale... Pero ve muy, muy despacio. No tenemos ni idea de lo que nos espera".

Harry se movió muy deliberadamente. "Seguiré el consejo -dijo, cogiendo una pequeña roca del montón- del primer hombre que hizo una caminata espacial".

Marina lo oyó y no pudo resistirse: "¿Qué, 've siempre al baño antes de salir'?".

Nadie se rió, pero todos apreciaron su intento. "Dijo: 'Piensa cinco veces'", contó Harry al grupo, agarrando firmemente una roca más grande y deslizándola fuera del montón, "'antes de mover un dedo, y diez veces antes de mover una mano'".

Al cabo de unos instantes, había demostrado que se podían mover las rocas, aparentemente sin alterar nada fundamental.

Marina sostuvo su teléfono y proporcionó luz mientras los otros tres se llevaban con cuidado las rocas de la parte superior del bloqueo. Las colocaron en el extremo opuesto de la minicámara en la que estaban atrapados. La temperatura empezó a bajar a medida que se abría paso aire más fresco. "Voy mejor", les dijo Harry. Estaba más cerca del amasijo de rocas. "Ya veo cómo podemos pasar por encima de esto y llegar a la habitación contigua".

"¿Pero qué hay en la siguiente sala?" preguntó Marina, medio retóricamente.

"Será mejor que aquí. No hace tanto calor, hay más aire, más espacio. Y puede que incluso haya otra puerta que dé al pasillo principal", especuló Emily. "¿No sería genial?". Había asumido el papel de animadora y entrenadora desde el principio. Habría sido fácil rendirse sin más y esperar a que llegara la ayuda, pero estaba decidida a mantener al grupo positivo y proactivo en su búsqueda de una solución, aunque momentos antes hubiera tenido un ligero titubeo. Incluso, seguía convencida, si el más mínimo error podía hacer que todo el túnel se les viniera encima.

CAPÍTULO 11



El inspector Graham se paró delante de un edificio blanco de tres plantas que, salvo por la carretera local y un pequeño verde al borde del acantilado, daba directamente al Canal de la Mancha. Al echar un vistazo, Graham vio que la extensión de agua estaba en su momento más espectacular, reluciente de azul bajo el sol del mediodía.

Se terminó el resto del agua de un largo trago y pulsó el botón del interfono del apartamento del segundo piso. Sinceramente, no esperaba ningún tipo de respuesta. A menos que George y su prometida hubieran permitido que unos invitados utilizaran su apartamento durante el fin de semana, no debería haber nadie dentro. Esta expectativa se le quitó de la cabeza cuando una voz de mujer lo llamó. "Sí, ¿quién es?"

"El detective inspector Graham, de la policía de Gorey, señora. ¿Podría abrir la puerta, por favor?".

"¿Policía?", dijo la voz de la mujer.

"Sólo una investigación rutinaria. ¿Le importaría que habláramos dentro?"

Hubo una larga pausa, mucho más larga de lo que Graham se sentía cómodo. Una de las formas que menos le gustaban de perder el tiempo era que lo dejaran por ahí "como un limón", como solía decir su madre. Le irritaba intensamente que los demás se entretuvieran o hicieran algo que consideraban más importante que hacerle esperar. Ni siquiera hubo una ocurrencia de Harding para mantenerlo ocupado. Había ido a ver a Barnwell y Roach, que estaban realizando más entrevistas con el personal del castillo. Por fin se oyó un zumbido y la puerta se abrió.

Graham subió las escaleras y encontró el piso del segundo piso con una puerta de color rojo brillante. Llamó a la puerta.

"Un momento..."

"Es bastante urgente, señora. Forma parte de una investigación policial", dijo, alzando la voz para asegurarse de que se le oiría por encima del ruido de los golpes y los estruendos que hacía la mujer. Sonaba como si estuviera limpiando el apartamento.

"Espera..."

Graham tuvo la molesta sensación de que estaban jugando con él. "¿Quieres abrir la puerta, por favor?", dijo, bastante más alto que antes. Diez segundos después, cuando estaba a punto de aporrear la puerta, ésta se abrió todo lo que permitió la cadena.

"¿Sí?" Era una mujer de unos veinte años. En esa primera fracción de segundo en que una mente investigadora alcanza su máxima agudeza, Graham se fijó en los detalles. Había una fatiga, una palidez, como la de alguien cuyas últimas horas habían sido difíciles, incluso

angustiosas.

"Buenas tardes", empezó Graham. "Estamos investigando el...". Entonces, al cabo de un segundo, cayó en la cuenta. Era ella. "¿Señora Ross?", preguntó.

"Sí", admitió ella.

La excitación inicial del inspector se vio atenuada por su formación. "¿Va todo bien, señora?", preguntó.

"¿Tiene que entrar?", dijo ella. "Un mal día. Con todo".

Graham parpadeó varias veces. "Bueno, señora, con todos mis respetos, es del 'todo' de lo que he venido a hablarle. ¿Le importaría?", dijo, señalando la cadena de la puerta.

La mujer suspiró. "Pasa, entonces", dijo. Desenganchó la cadena y le dejó entrar en el luminoso y ventilado apartamento.

Marie Ross se sentó en el sofá y volvió a suspirar, esta vez tan profundamente que Graham pensó que se desvanecería entre los cojines, para no volver a ser vista. "Estoy triste", dijo sin preámbulos. "Confundida". Hubo una pausa. "Era maravilloso", dijo simplemente. Se volvió para mirar por la ventana.

"Permítanme decir cuánto lamentamos todos los trágicos sucesos de esta mañana", dijo Graham. "Todas las personas con las que he hablado me aseguran que George era muy querido y respetado".

Marie era una mujer hermosa, casi efímera. Su pelo largo, liso y oscuro colgaba suelto y se agitaba de un lado a otro cuando se movía. Graham se fijó en que sus profundos ojos azules estaban enmarcados por largas pestañas negras que le daban el aspecto de una niña inocente. Tuvo que recordarse a sí mismo que posiblemente era cualquier cosa menos eso.

Cogió su cuaderno y, aunque no estaba invitado, se sentó en el sofá más pequeño, frente a Marie. Al observarla, se dio cuenta de lo cansada que parecía. Quizá no fuera sorprendente dadas las circunstancias, pero había visto yonquis con más vida en los ojos. "¿Hay algo que quieras contarme sobre lo ocurrido esta mañana?".

Marie la miró como si lo viera por primera vez. "Tal vez. No estoy segura. No recuerdo gran cosa".

"Señora Ross, yo estaba allí instantes después de la caída de su marido. Fui yo quien intentó ayudaros a los dos, justo después de que ocurriera. ¿Recuerda haberme visto allí? ¿Haciéndote preguntas?"

La flamante esposa y aún más reciente viuda pareció escudriñar una memoria muy fragmentada, con los ojos desorbitados, y luego dijo: "No. Ni siquiera un poco. No pensaba que hubiera nadie más allí".

Tomando notas de su comportamiento, así como de todo lo que decía, Graham continuó: "Señora Ross, abandonó la escena con bastante prisa. Antes, de hecho, de que fuera seguro que George estaba más allá de toda ayuda. ¿Puedo preguntarle por qué lo hizo?"

Ella enroscó la cara de un modo extrañamente infantil y se quedó pensativa. "Sabes -dijo con voz soñadora-, lo primero que recuerdo después de todos los gritos y la sangre... es haber vuelto aquí". Miró a su alrededor. "Sí. Creo que debo de haber corrido hasta aquí".

Graham pensó en ello, imaginando el trayecto en su mente. "Son más de dos kilómetros, señora Ross. Debía de estar agotada".

"Fui... Sí, creo que me dormí directamente cuando volví. Como... una especie de coma autoprotector o algo así", dijo entrecortadamente. "Creo que sabía lo que había pasado, pero no podía pensar en ello. Me sorprende -añadió- que ahora pueda pensar en ello. Pero tomé algunas de las pastillas que me dio el médico y me siento un poco mejor".

Graham garabateó. "¿Puedo ver el frasco de pastillas, señora Ross?".

Marie se puso rígida e hizo una mueca de dolor. Cogió un frasco de la mesilla de noche. "Ansiolíticos", explicó, entregándole a Graham el envase transparente de color naranja. "También tomo otros. Antidepresivos. Antipsicóticos. Le pregunté a mi médico -relató con una sonrisa divertida- si tenía antitranspirantes que pudiera tomar, para no tener que acordarme de usar el roll-on cada mañana, pero me dijo que era una tontería."

Graham la miró durante un largo rato antes de anotar la información de la receta junto con el nombre y el número de teléfono del médico que la prescribía. "¿A qué se dedica, señora?", preguntó.

"Empresa de contabilidad", dijo Marie. "En St. Helier. Desde hace unos meses".

Mientras anotaba el nombre de la empresa, Graham se preguntó en privado por qué alguien estaría dispuesto a confiar sus asuntos financieros a alguien drogado con tantas drogas.

"Señora Ross, tengo que preguntarle... ¿conoce a alguien que pudiera haber querido hacer daño a su marido?".

Ella volvió a parpadear. "Sabe, aún no me he acostumbrado a llamarle así. Era mi prometido y antes de eso, mi novio. Y antes de eso -hizo una leve pausa-, mi cuñado". De nuevo se volvió para mirar por la ventana.

Graham asintió. "Hablé con tus padres hace un rato. Tu padre me contó la situación de Juliette, George y tú".

La expresión ligeramente confusa de Marie Ross se acentuó. Parecía profundamente perpleja, como una persona tambaleantemente borracha que intentara averiguar por qué la máquina expendedora del bar no dispensaba los cigarrillos por los que había pagado. "¿Padres?", dijo, casi experimentalmente. "¿Mis padres?

Graham volvió a consultar sus notas. "Mathilde y Antoine Joubert. Tu madre y tu padre". Graham hizo una pausa, preocupado por si se había cometido algún error importante y preguntándose al instante quién era el responsable. "¿No?"

"No", respondió Marie, desconcertada por aquella información. "No, no sé quiénes son".

insistió Graham. "Señora Ross, me aseguraron que Juliette y tú sois sus hijas. Estaban muy disgustadas por todo...".

"No, eso es falso", dijo Marie, más segura. "Me criaron en hogares de acogida en Francia. Desde los cinco años. Nunca tuve un hogar permanente. Nunca supe quiénes eran mis padres".

"¿Te llamas Marie Joubert? ¿Recientemente casada con George Ross en el castillo de Orgueil?" Graham estaba desconcertado.

"Ah, sí", dijo ella como si esta información encajara perfectamente con lo que había venido antes.

Graham pensó que era mejor detenerse ahí. Las cosas se habían vuelto demasiado raras. Marie Ross no tenía ningún sentido. "Señora Ross, me gustaría que me acompañara a comisaría para ayudarnos en nuestras pesquisas", dijo. "No estás detenida y puedes negarte, pero creo que así será mejor para todos".

Sin mediar palabra, Marie recogió algunas cosas -su bolso de cuero rojo, una chaqueta ligera y el frasco de pastillas que Graham llevaba en la mano- y lo siguió fuera del apartamento. Acompañó a Marie hasta el coche y luego, tras cerrar la puerta, llamó a Harding.

"¿Janice? Hazme el favor de llevar a los padres de Joubert a la comisaría, ¿quieres? Sí, enseguida, si puedes. Nos veremos allí". Luego, pensó que era mejor prepararla. "Está pasando algo muy raro".

CAPÍTULO 12



Los Joubert se pararon estoicamente en el vestíbulo de la diminuta comisaría de Gorey. Antoine era casi medio metro más alto que su mujer, fuerte y enjuto. Ambos se dirigieron hacia las puertas, dispuestos a recibir a su hija cuando Graham se acercara con Marie a cuestas.

"Chérie", dijeron al unísono, pero Marie se limitó a mirarlos. Los Joubert tendieron la mano para abrazarla, pero ella se apartó. Siguieron dos torrentes de francés, incomprensibles tanto para Graham como para Harding, que observaban aquel extraño reencuentro desde la puerta de su despacho.

Marie no dijo nada, pero se volvió hacia Graham. "No conozco a esta gente", dijo. "Nunca los había visto".

Horrorizados hasta lo indecible, los Joubert se miraron entre sí, luego a Marie y después al inspector Graham. No hablaron. Harding supuso que no podían, que estaban estupefactos.

"Monsieur Joubert, madame Joubert, ¿están dispuestos a jurar que se trata de su hija? ¿Sin ningún género de dudas?" dijo Graham, esperando que la formalidad de la petición hiciera entrar en razón a su hija.

"¡Bien sur! Por supuesto". Respondieron juntos. Entonces Antoine se abalanzó sobre Graham. "¿Cómo puedes sospechar que no conocemos a nuestra propia hija? Qué padres más ridículos seríamos!"

Marie permaneció en silencio en medio de aquella confusión. Miró a uno y a otro de aquella pareja francesa de mediana edad, sin reconocerlos lo más mínimo, como si fueran dos extraños traídos de la calle. Harding miraba, completamente desconcertado.

"De acuerdo", dijo Graham. "Tomemos asiento y solucionemos esto". Sonaba más optimista de lo que se sentía. Esto era algo más que una maldita broma. La investigación había dado un giro verdaderamente extraño. "Marie, me gustaría que fueras con la sargento Harding. Te traerá café y tal vez charlaremos un poco. Monsieur y Madame Joubert, me gustaría que se sentaran conmigo unos minutos. Estoy segura de que lo solucionaremos".

Harding llevó a Marie a la sala de interrogatorios más alejada, mientras que Graham tomó la más cercana. Mientras acomodaba a los Joubert y trataba de recordar dónde guardaba el café, sonó el teléfono de la comisaría.

"Inspector Graham, policía de Gorey", dijo, apenas emocionado por la interrupción y rezando para que arrojara algo de luz sobre los enigmas a los que se enfrentaba.

"Buenas tardes, señor", dijo el joven policía al otro lado, tartamudeando ligeramente. Siempre estaba un poco nervioso cuando se dirigía a su jefe. "Soy el agente Roach. Estamos en

el castillo".

Graham cogió un bloc de notas. "¿Qué novedades hay, agente?". Y procura ser breve, por el amor de Dios. Roach tenía la costumbre de repetirse y desviarse del tema cuando transmitía información. Graham le estaba entrenando para proporcionar "sólo los hechos".

Roach esperaba parecer competente y eficiente. "Bueno, acabamos de terminar de entrevistar al personal, como nos pediste, y me temo que no hay mucho que contar. Nadie parece haber visto nada raro. La típica boda, lo de siempre. Nadie vio la caída".

"Tiene sentido", dijo Graham, medio para sí.

"Hay algo más, señor".

"¿Ah, sí?" dijo Graham, con el lápiz preparado.

"La dirección del castillo nos ha pedido que nos quedemos un rato, señor, para ayudar en un asunto aparte".

Oh, los dientes del infierno. ¿Y ahora qué?

"Parece que consiguieron dejar entrar a un grupo de visitantes antes de que el lugar fuera precintado como posible escenario de un crimen", explicó Roach.

"Entonces, ¿les has escoltado hasta la salida?". preguntó Graham, inseguro de por qué aquel detalle trivial era tan importante de repente.

Roach se aclaró la garganta. "No podemos encontrarlos, señor. Hemos buscado por todas partes".

Graham suspiró. "La gente no desaparece así como así, agente", recordó a su colega más joven. "¿De cuántos estamos hablando?

"De un grupo de cuatro. La recepcionista dice que los reconoció como los músicos que tocaron ayer en la boda. Volvieron para echar un vistazo al castillo".

Graham sacudió la cabeza. "Músicos desaparecidos. Justo lo que necesitamos. Mira, vete a buscarlos, ¿quieres? Esperemos que hayan encontrado la bodega y se lo estén pasando en grande allí abajo. Y si me han fastidiado la escena del crimen, tendremos unas palabras, agente, puede estar seguro".

"Muy bien, señor. Cambio y corto". La línea hizo clic y Graham respiró lenta y pausadamente tres veces antes de dirigirse a la sala de interrogatorios para resolver el lío en que se estaba convirtiendo su caso.



Profundamente disgustados, murmurando juntos en francés, los Joubert se cogieron de la mano y desearon que desapareciera aquella misteriosa calamidad. "No podemos entenderlo", decía Antoine una y otra vez. "Nuestra hija ni siquiera nos reconoce".

Su mujer continuó: "No se encuentra bien. Tiene muchos problemas. Pero su médico es el mejor, e insistió en que estaba... 'cómo se dice... estable. Sin peligro. Mejorando, quizá".

"Sí, mejorando", aseguró Antoine a Graham.

Graham veía que no ganaba mucho especulando sobre cómo era posible que Marie fuera de repente una extraña para su propia familia. "Me gustaría hablar de George", dijo Graham. "Cuando mi colega, el sargento Harding, haya interrogado a Marie, quizá sepamos más sobre su estado mental. Pero por ahora, cuéntame algo más sobre el hombre que fue tu yerno". Dos veces.

La pareja conferenció un momento en francés. A Graham no le gustó nada. Le parecía que podían estar confabulando, u ocultando algo, o preparándose para contar alguna historia previamente urdida. Se aclaró la garganta.

Antoine tomó la iniciativa. "George era... un hombre muy limitado, inspector. Casi sencillo. No sofisticado, no especialmente culto en los caminos del mundo".

Graham tomó notas, entre ellas la de que Antoine no tenía ningún miedo, al parecer, a hablar mal de los muertos, incluso menos de medio día después del fallecimiento de su yerno.

"Era profesor, ¿sabes? No el mejor", continuó Antoine. "Era muy callado. Pasaba demasiado tiempo con la nariz metida en un libro, ¿eh?".

Mathilde se encogía un poco más a cada nuevo insulto, pero guardaba silencio.

"No sabía divertirse. ¿Era demasiado... rígido? Como vosotros, los británicos". Antoine hizo una breve y absurda parodia de una especie de hombre de madera, arrastrándose por una calle. "Sin alegría de vivir. No, ni siquiera un poco. Sólo... triste", concluyó Antoine, mirando fijamente a Graham.

Graham ignoró la afrenta a sus compatriotas y quizá a sí mismo y esperó más, pero Antoine se había quedado seco. "C'est ça -concluyó-. Eso es todo. "Pero mi mujer piensa de forma muy distinta".

"¿Oh?" dijo Graham, volviéndose hacia Mathilde. "Por favor... ¿qué puede decirme de su yerno, Madame Joubert?".

CAPÍTULO 13



Cansada y agobiada por los extraordinarios acontecimientos del día, y visiblemente reacia a discrepar de su marido, pero haciéndolo de todos modos, Mathilde Joubert se expresaba con dificultad, y no sólo porque le costara expresarse en una segunda lengua.

"George Ross fue lo mejor que le ha pasado a nuestra familia", explicó. "Lo mejor. Era amable y gentil. Leía grandes libros, littérature, y sabía mucho del mundo. Fue un buen marido para Juliette, pero ella le rechazó. Prefería las fiestas y los buenos momentos y... ya sabes... -torció la cara con disgusto y casi escupió la palabra-, las drogas."

El lápiz de Graham no dejó de moverse. "Ya veo."

"Cuando se cansó de él, se marchó para casarse con un don nadie que simplemente tenía dinero suficiente para mantener sus... excesos. Cuidé de George, me aseguré de que estuviera bien. Juliette le había roto el corazón. Muy... ¿cómo decirlo?".

"Creo que lo entiendo", se ofreció Graham.

"Bien. Así que Marie y yo nos ocupamos de él, le ayudamos a encontrar trabajo, nuevos amigos, lugares donde salir. Estaba obsesionado con el otro hombre después de que Juliette lo dejara. No podía dejar de pensar en ello. Le ayudamos a centrarse en otra cosa, en algo bueno".

Antoine intervino. "Fue entonces cuando Marie y George se hicieron íntimos". Las yemas de sus dedos tamborilearon sobre la mesa. "Demasiado cercanos, para mi gusto".

Mathilde continuó, con confianza en sí misma. "Jorge no era el hombre perfecto. Pero mi marido tampoco lo es. Y tú tampoco, Inspector". Ambos se tomaron sus comentarios con humor. Antoine se encogió de hombros como un galo clásico. "También era un héros. Estábamos orgullosos de él". Miró bruscamente a su marido. "Pero eso ya lo sabes, claro". Pasando una página de su cuaderno, Graham confesó que no lo sabía.

"¡Oh, salió en todos los periódicos! Fue hace unos años, su pequeño momento de fama. Cuando vivía en Francia con Juliette". Mathilde se lanzó a la historia, mientras Antoine permanecía pasivamente sentado, totalmente indiferente. "Enseñaba a los niños pequeños, ya sabes, en su escuela, pero también dirigía algunas de esas aventuras de fin de semana. Cuando los niños aprenden a acampar y a hacer fuego y cosas así. ¿Sí?"

Graham asintió, escribiendo constantemente. "¿Los Scouts?", se preguntó en voz alta.

"Algo así. Estaban en las barquitas... ¿cómo se dice?". Hizo la mímica de un movimiento de remo.

"¿Piraguas?"

"Ah, oui. Estaban en le port, no muy lejos en el mar. Debería haber sido un lugar seguro,

pero hubo una tormenta repentina. Lluvia, viento y relámpagos. Los niños estaban aterrorizados. No tenían experiencia, ya ves".

"Parece una situación difícil", dijo Graham, inscribiendo resmas de lo que parecían jeroglíficos, pero que comprendían un sistema de toma de notas personalizado y muy eficaz.

"¿Tres de los... barquitos? ¿Las canoas? dijo Mathilde, encontrando de nuevo la palabra. "Sí, se cayeron tres", dijo, haciendo mímica. "Los niños estaban en el agua. George ató a los demás y luego saltó al mar para salvarlos. Seis jóvenes vidas, Inspecteur. Habrían muerto sin él, seguro".

"Extraordinario", convino Graham.

"Mais oui. Se mantuvo muy callado al respecto. No concedió entrevistas ni hizo mucho ruido. George conocía demasiado bien la tragédie familiar. Quizá fue eso lo que le hizo estar tan seguro de salvar todas sus vidas. Incluso arriesgando la suya".

"¿Tragedia?" preguntó Graham.

"¡Sí, claro! Los padres de Jorge", empezó Mathilde. "Ellos..."

"Mathilde, ce n'est pas important", instruyó Antoine a su mujer.

El francés de Graham era, según él mismo admitía, terrible, pero este fragmento lo entendía perfectamente. "Monsieur Joubert, me encantaría que me permitiera decidir la importancia de estos detalles". El hosco restaurador frunció brevemente el ceño, pero no argumentó nada. "Continúe, por favor, Madame Joubert".

"Los padres de George murieron cuando él tenía trece años. Quizá lo sepas", dijo Mathilde. "Terrible. El accidente más 'orrible".

Graham volvió a sus notas sobre el incidente de la granja. "Tengo entendido que la policía acabó dictaminando que fue un asesinato-suicidio".

Antoine no censuró o prefirió no censurar el pensamiento antes de que llegara a su boca. "Quizá el suicidio sea cosa de familia. ¿Quién sabe?"

Mathilde se volvió hacia él, indomable ahora, y le soltó una ráfaga de francés rápido y furioso. Luego se volvió hacia Graham con tanto color en el rostro como el que él había visto en todo el día. "Lo siento, inspector", le dijo. "Mi marido a veces no piensa antes de hablar. Jorge era un hombre decente y cariñoso que habría sido un marido excelente para Marie". Antoine guardó un silencio sepulcral, y el ocasional movimiento de su bigote fue la única señal de que no estaba de acuerdo con ella.

"¿Dónde estabais los dos cuando Jorge cayó al vacío?"

"En la cama, por supuesto. Había sido un día largo y una noche larga", respondió Antoine.

Mathilde asintió. "Estábamos durmiendo hasta tarde. Estaba muy cansada. Llevaba semanas trabajando para ese día".

"Muy bien. Creo que es suficiente por ahora". Mientras se levantaba para acompañar a la pareja a la salida, Graham les dio las gracias a ambos.

"Ce n'est rien", le aseguró Mathilde. "Pero espero que también hables con la hermana de Jorge. Ella era la que comprendía el... estado de ánimo de George... desde entonces, cuando eran niños, ¿no?".

"¿Y Marie?" preguntó Antoine. "¿Qué pasará con ella? No me gusta dejarla aquí. No es ella misma".

"No te preocupes. Cuidaremos bien de ella. Vuelve a la posada de la Casa Blanca y estaremos en contacto", dijo Graham. Estaba deseando ver la parte trasera de aquella complicada gente. Sólo podía imaginarse las acaloradas discusiones que probablemente dominarían el resto del día de la pareja. "Que tengan un buen día", dijo mientras los acompañaba fuera de la comisaría.

Cuando volvió a su mesa, vio que le esperaban dos mensajes telefónicos: uno de Marcus Tomlinson y otro del agente Roach. Llamó primero al patólogo.

"¿Marcus? ¿Qué hay de nuevo por ahí? Estamos teniendo un día de lo más extraño, te lo aseguro, y me encantaría tener alguna prueba concreta y directa".

Tomlinson hizo un ruido de disculpa. "Lo siento, amigo. He hecho un análisis avanzado de tóxicos y algunas otras pruebas a mi discreción. No estaba drogado ni envenenado. No le habían atado las manos ni estaba amordazado. No había signos de lucha o pelea. En realidad, todo es un enigma. Es como si se hubiera desplomado sin motivo alguno".

Graham cerró los ojos y pensó en un juramento más pintoresco antes de pronunciar simplemente: "Joder".

"Yo no me lo invento, sólo informo", dijo Tomlinson disculpándose.

"No pasa nada. Sólo necesito un descanso, en todos los sentidos de la palabra", confesó Graham. "Oye, ya que estamos hablando, ¿conoces a un psiquiatra local llamado...?", Graham miró el nombre en uno de los frascos de pastillas que Marie Ross había estado tomando, "Bélanger".

"¿Psiquiatra, quieres decir?" Tomlinson se lo pensó dos segundos. "Ah, sí. Tiene consulta en St. Helier".

"¿Le valoras?"

"Sí. Un buen huevo, por lo que cuentas. Meticuloso. Completamente bilingüe. ¿Por qué?

"Lleva unos meses recetándole a Marie Ross todo el trabajo". Graham leyó una lista de seis medicamentos en su cuaderno.

"Bien, pues querrás tener unas palabras. Un paciente tendría que estar casi loco para necesitar todo eso".

"¿Eso crees?" insistió Graham.

"Bueno... Los médicos recetan demasiado hoy en día. Por muchas razones. Pero él debió de pensar que había una buena justificación. Te recomiendo que hables con él discretamente. Eso sí, estará sujeto a la confidencialidad médico-paciente, así que depende de él cuánto decida divulgar".

"Bueno, esperemos que hoy se sienta generoso, ¿eh? Gracias, Marcus".

Graham llamó al número de urgencias del Dr. Bélanger y dejó una solicitud de presencia inmediata en la comisaría. Si alguien podía arrojar algo de luz sobre el inexplicable comportamiento de Marie, ése era su psiquiatra.

Graham utilizó la radio para la siguiente llamada. "Cinco-uno-nueve, ¿entras?".

"Aquí Roach, señor", respondió el agente con prontitud.

"¿Ha llamado, joven?"

"Sigo en el castillo, señor. Sigo buscando a los músicos. Nadie les ha visto ni un pelo desde que llegaron. Hemos bajado a los calabozos y todo eso, pero no hay nada. Seguiremos intentándolo, señor".

"Buen chico. Avísame si ocurre algo".

"De acuerdo, señor. Y... ¿señor? ¿No te parece un poco raro?"

"¿Qué es eso, agente?" Graham miró momentáneamente al techo. Habría luchado físicamente con alguien por una taza de té decente.

"Tenemos este extraño incidente con el señor Ross, señor, ¿y luego desaparecen cuatro personas con pocas horas de diferencia? ¿No le parece un poco... bueno, raro, señor?".

Graham volvió a respirar hondo. "Hijo, todo este día ha sido jodidamente raro. Y si te pones a pensar en cosas paranormales y decides que el castillo tiene un fantasma u otra cosa absurda...".

"Oh, no, señor", insistió Roach. "Nada de eso. Es una coincidencia tremenda, eso es todo. Y yo que pensaba que no creíamos en esas cosas".

Graham sonrió. Está aprendiendo. Muy despacio, pero aun así. "Sigue con ello, agente. Avísame en cuanto encuentres alguna señal de ellos, ¿de acuerdo?".

CAPÍTULO 14



Un grito desgarrador sacudió la tranquila recepción. Una puerta se abrió de golpe y el inspector David Graham corrió a la sala de interrogatorios para ver qué demonios había ocurrido.

"No pasa nada, jefe...", dijo Harding al irrumpir por la puerta. "Marie lo está pasando mal".

"Maldita sea", murmuró Graham. Marie Ross estaba acurrucada en el suelo, en un rincón de la habitación, con las manos sobre las orejas. "¿Qué le has dicho?

Harding estaba un poco colorado, aunque no había sido culpa suya. "Quería decir.... Había estado hablando de George en pasado y respondiendo a preguntas sobre él como si estuviera muerto...". empezó Harding.

"...Pero no lo había aceptado de verdad. Ni siquiera después de ver su cuerpo tendido en el suelo esta mañana", terminó Graham por ella.

"Conmoción, señor", dijo Harding. "Creo que ya lo está asimilando".

"Mira..." Graham se apresuró a idear un plan que pudiera ayudarles en la investigación y, al mismo tiempo, proteger a Marie de lo peor de sus demonios. "Su médico está de camino. ¿Puedes quedarte con ella? ¿Traerle agua? Mantenla tranquila hasta que llegue".

Harding se acercó a Marie y se arrodilló a su lado. "¿Quieres un vaso de agua, cariño?".

La angustiada mujer no dijo nada. Estaba llorando, escondiendo la cara entre las manos.

"¿Qué tal una taza de té?"

Marie arremetió, pateando a Harding como un animal acorralado y bramando en un francés incomprensible.

"Tranquila..." le dijo Harding a Marie después de exhibir un hábil juego de piernas para esquivar los golpes de Marie. "Tranquila... estamos aquí para ayudarte, amor".

Marie volvió a gruñir e intentó apartar de un manotazo la mano que le ofrecía Harding. El sargento se enderezó. "No está de humor, señor".

Graham había observado los acontecimientos desde la puerta. "Ya lo creo", dijo, impresionado por la calma y la serenidad de Janice ante semejante provocación.

Menos seguro, intentó comunicarse con su testigo. "¿Marie? Tu médico estará aquí dentro de unos minutos. El Dr. Bélanger me ha dicho que últimamente estás mucho mejor -mintió, aún no había hablado con el psiquiatra-. Y está deseando...".

Marie le gritó, inconsolable, desesperada. Se abalanzó hacia él, intentando morderle la mano. "Bien, ya está", decidió Graham, apartándose como lo haría de un perro que gruñe. "Sargento, siento hacer esto, pero vamos a meterla en una celda hasta que llegue su psiquiatra".

"De acuerdo, señor".

"Si puedes hacerlo sin esposarla, estupendo. Pero si es necesario..."

"Entendido, señor. Hubo que engatusarla y forzarla más de lo que Harding hubiera querido, pero en cinco minutos consiguieron que Marie bajara y entrara en una celda. Cuando estuvo en la pequeña y desnuda habitación, tal vez al darse cuenta de lo que ocurría, la lucha la había abandonado en gran medida. Estaba un poco más dócil. Aun así, Graham razonó entre respiraciones profundas, no podía correr riesgos con la seguridad de sus agentes.

Harding se aseguró de que Marie no tuviera nada con lo que pudiera hacerse daño antes de dejarla sola. Una vez fuera de la celda, Janice empujó un vaso de plástico con agua fría hacia la prisionera a través de la trampilla de la puerta. "Bebe esto, amor, y respira hondo, ¿vale?".

Graham la observó con orgullo profesional. "Bien manejado, sargento".

"Me rompe el corazón", le dijo Harding mientras subían juntos las escaleras, "después del día que ha tenido".

"No es lo que preferiríamos", convino Graham, "pero no será por mucho tiempo".

La predicción del detective inspector fue acertada. Tras sólo diez minutos en la celda, Marie parecía lo bastante tranquila como para hablar con su psiquiatra, el Dr. Bélanger, que acababa de llegar. Graham y Harding le acompañaron escaleras abajo, añadiendo sólo un pequeño detalle al anterior mensaje telefónico de Graham.

"Cada vez es más consciente de los acontecimientos, pero sólo gradualmente", le dijo Graham. "El shock, creo, la ha trastornado mucho. Hemos hecho todo lo que hemos podido, pero ni el sargento Harding ni yo somos expertos en este tipo de cosas."

Bélanger medía más de metro ochenta, pero tenía un porte apacible y amable. Se alisó la corbata azul marino y entró en la zona de las celdas de detención. "A la izquierda", le dijo Harding. "Segunda puerta".

Bélanger abrió la escotilla y habló con Marie. "¿Señora Ross?"

Empezó a llorar de nuevo, pero Bélanger indicó a los agentes que estaría bien.

"Escalaría montañas -le dijo Graham a Harding mientras dejaban a Bélanger en ello- por una taza de té. No ha habido momento".

"Haré los honores, señor".

"Está al límite en muchos aspectos", les dijo Bélanger media hora después. "Sufre depresión clínica y ansiedad generalizada. Ha tenido un par de episodios psicóticos en el pasado que han requerido hospitalización, pero con medicación, apoyo y estrés limitado, es capaz de funcionar. Sin embargo, la muerte de su marido parece haberla llevado al límite".

Harding escuchó con atención. Durante su mandato, su pequeña policía había recurrido a psiquiatras por varias razones, y siempre le parecía fascinante lo que tenían que decir. Bélanger parecía minucioso, profesional y experto, aunque soltara demasiadas palabras de moda para su gusto. "No queríamos meterla en una celda, doctora", dijo Harding.

"No creo que eso agravara su estado -les aseguró Bélanger, aunque parecía irritado por el trato que daban a su paciente-, pero me sorprende la repentina violencia. No es algo que asocie con Marie".

"Perder a un ser querido puede convertir a una persona en alguien que no reconoce....". empezó Graham, pero luego se detuvo. Harding y Bélanger esperaron, pero Graham parecía ensimismado.

"Te recomiendo que liberes inmediatamente a la señorita Ross de la celda. Me aseguraré de

que reciba su medicación y la trasladaré a una unidad psiquiátrica de St. Helier -dijo Bélanger, para alivio de Graham. No quería ser responsable de Marie Ross ni un instante más de lo necesario. Su imprevisibilidad y su falta de lógica le ponían nervioso. El psiquiatra continuó: "Te será de más ayuda cuando esté estable. Te avisaré si alcanza un estado que permita entrevistarla. Sin embargo, está bastante traumatizada, podría pasar algún tiempo".

"Entendido. El sargento Harding puede organizar su liberación. Te dejo con ello. Por favor, mantente en contacto, doctora Bélanger". Los dos hombres se estrecharon la mano y Graham se disculpó. Oía sonar el teléfono en su despacho.

"¿Señora Taylor?" Graham se sorprendió cuando contestó al teléfono. "¿Va todo bien?" Escuchó el agitado informe de la Sra. Taylor. "Enseguida vamos, señora Taylor".

"¿Problemas en la posada?" preguntó Harding apareciendo mientras colgaba.

"Algo de 'conmoción', según la señora Taylor", dijo Graham. "La hermana de George Ross acaba de despertarse".

CAPÍTULO 15



“¿Estoy viendo cosas? repetía Harry. "Alúmbralo ahí otra vez".

"La batería está al veinticinco por ciento, Harry", le recordó Marina. "Que sea la última, ¿vale?".

La escalada por el montículo de escombros y mampostería había sido difícil, pero los cuatro lo habían conseguido y ahora estaban en la cámara mucho más grande que había más allá.

Utilizando sus teléfonos, descubrieron que la cámara, de unos tres metros por cuatro, pero de menos de dos metros de altura, estaba muy dañada por la calamidad que se había abatido sobre el túnel más pequeño que tenían detrás. Una de las paredes se había derrumbado, dejando un hueco en la parte superior de unos 60 centímetros de altura.

"No tiene sentido", dijo Harry, indicando con la cabeza a Marina que volviera a apagar el teléfono. "Parece como si la habitación hubiera sido dividida en cámaras más pequeñas por alguna razón. Esas paredes son sólo pilas de ladrillos hasta el techo. No están conectadas al techo propiamente dicho".

"¿Quizá por eso se derrumbaron durante el "terremoto"?". especuló Emily.

"Supongo que sí", convino Harry.

"A mí me parece una oportunidad", ofreció Leo. "Si podemos escalar la pared, deberíamos poder entrar en la siguiente sección. ¿No te parece que allí hay menos luz que aquí?".

Los cuatro se pusieron hombro con hombro en la penumbra, mirando el hueco en la pared del fondo. "No sabría decirte", admitió Harry.

"Quizá", dijo Marina.

"Puede que el contenido de la habitación sea distinto o que las paredes sean de otro color. Es imposible saberlo", dijo Emily.

"¡Ya sé! Construyamos una 'escalera'. Nos permitirá agarrarnos a la hendidura de la parte superior de la pared y podremos tirarnos".

"Me apunto", dijo Leo.

"Yo también", coincidió Marina.

Sólo Emily se resistía. "No sé...".

"Vamos, Em", dijo Harry. "Estamos en tierra de nadie. Varados. Quien se atreve gana, ¿eh?".

"Pues adelante", concedió Emily.

Trabajando casi totalmente a oscuras y de memoria, localizaron bloques más grandes desplazados por el "terremoto" y los colocaron al pie del muro. Era un trabajo agotador, duro sobre todo para las manos y la espalda, y necesitaban sustento desesperadamente. Se estaban

quedando sin agua, y la pequeña botella de Harry era su única fuente. Leo repartió un paquete de caramelos. Era pequeño y lo repartió con cuidado.

Como Harry había olvidado su teléfono y Emily insistía en que guardaran al menos uno como reserva por si se agotaban las baterías de los otros, sólo podían utilizar dos teléfonos como fuentes de luz a la vez. Trabajando tan deprisa como podían en el espacio relativamente estrecho, los cuatro se encontraron chocando entre sí en la penumbra y, más de una vez, dejando caer piedras sobre los pies de los demás. Después de un intercambio irritable, trabajaron por parejas, con una persona descansando y la cuarta sosteniendo los teléfonos para que pudieran ver. Racionaron breves ráfagas de luz, demasiado brillantes en esta oscuridad casi total, para encontrar el camino.

La "escalera" fue tomando forma. El cuarteto descubrió que podía mover rocas por el túnel sin provocar más derrumbes, así que empezaron a amontonar las más grandes en una capa de un metro de ancho en la base de la pared que intentaban escalar. Encima de éstas había rocas algo más pequeñas, y encontraron unas cuantas con bordes planos, adecuadas para un buen punto de apoyo.

En un momento de la rotación de papeles, Leo y Marina se encontraron sentados uno junto al otro. Marina sostenía el teléfono y guiaba a Harry de un lado a otro mientras éste se esforzaba por llevar más rocas al otro lado de la cámara, mientras Emily encontraba fragmentos más pequeños que colocar entre los más grandes para crear una plataforma estable.

"Se parece un poco a una de esas vacaciones de aventura, ¿verdad?". dijo Marina.

Leo se maravilló de la analogía, dadas las circunstancias, pero le siguió la corriente. "O esas cosas aburridísimas de formación de equipos en las que os adentráis en el bosque y resolvéis problemas juntos".

"Sí. Siempre han sonado fatal", comentó Marina. "Casi preferiría quedarme aquí abajo". Hizo una pausa y se le quebró un poco la voz. "Casi".

Leo la rodeó con un brazo. "Todo irá bien. Ya lo verás".

"Claro", dijo ella sin mucha confianza.

"Y será una gran historia, ¿verdad? Imagínate contárselo a tus alumnos".

Emily no pudo evitar oírlo, y su anterior resolución de mantenerse optimista la abandonó momentáneamente. "¿Te refieres a contarles cómo nos quedamos atrapados bajo un castillo como una panda de idiotas porque uno de nosotros -dijo- decidió que la curiosidad no mataría a su gato particular?".

Harry le puso la mano en el antebrazo en cuestión de segundos. "Tranquilízate. Todos acordamos entrar aquí. Y tienes que admitir -dijo él, reanudando su trabajo- que esto es un accidente de lo más extraño. Quiero decir que estos muros han permanecido en pie durante siglos y ¿hoy deciden derrumbarse?".

"Es un honor", bromeó Marina. Se levantó. "Mi hombro está un poco mejor. No me importa hacer algo de ese trabajo de nivelación, Emily".

Aliviada, Emily tomó asiento junto a Leo. "¿Estás bien?", susurró él.

"Sí", respondió Emily. "Pero este polvo me está afectando mucho a la alergia. Apenas veo bien, aunque no hay mucho que ver. Supongo que no tendrás antihistamínicos en el bolsillo del pantalón".

"Lamentablemente, no", confesó Leo. "¿Eh, Harry? ¿Quieres tomarte un descanso?"

Se intercambiaron con regularidad y al cabo de media hora, con las manos doloridas y arañadas, el cuarteto había construido una plataforma de un metro de altura sobre la que sostenerse.

"Bien. ¿Quién va primero?" quiso saber Marina.

"Yo iré", dijo Leo. "De todas formas, soy el más alto".

No hubo objeciones. Leo aprovechó toda la luz que tenían -tres teléfonos- para encontrar puntos de apoyo entre el montón de rocas que habían montado. Al llegar a la cima, se estiró hacia arriba para ver si podía agarrarse al saliente de la fisura. Los ladrillos -gruesos y anticuados, cada uno con la marca del fabricante- se habían desprendido de la pared siguiendo un patrón que dejaba asideros decentes, y Leo encontró el borde de una superficie plana.

"El mortero debía de ser terrible", observó, llamándoles. "La pared se desprendió en un buen trozo". Se levantó de forma experimental, probando si el muro aguantaba su peso, y luego subió con fuerza por su cara.

"Tómatelo con calma", dijo Emily.

Cuando Leo se impulsó, la tosca plataforma cedió. Sin impulso, se esforzó por agarrar la fisura con las dos manos. Una resbaló de inmediato y la otra no pudo agarrarla lo suficiente. "Me... me... me voy a...", se lamentó mientras se desplomaba hacia atrás, alejándose de la pared y cayendo en la oscuridad.

CAPÍTULO 16



"Vale Sra. Taylor, ¿cuál es la historia?" preguntó Graham un poco cansado.

La propietaria de la Posada de la Casa Blanca estaba que no cabía en sí de gozo. "No puedo tolerar estos disturbios, inspector Graham. No está bien", insistió retorciéndose las manos. "Éste es un hotel respetado y es domingo, por el amor de todo lo sagrado".

Graham puso cara conciliadora. La Posada de la Casa Blanca y su sufrida propietaria habían tenido más problemas de los debidos en las últimas seis semanas. La Sra. Taylor era demasiado consciente de que el impacto de un rumor negativo en las redes sociales podía significar la ruina. Gorey apenas experimentaba una ola de crímenes, pero dos muertes misteriosas en otros tantos meses eran dos más de lo razonable para un lugar tan idílico.

"¿Por qué no me cuentas lo que ha pasado?" dijo Graham, con el cuaderno preparado.

"Se despertó". Marjorie Taylor resopló. "Mucho después de la hora de comer".

"¿Quién lo hizo?"

"Eleanor, la hermana del señor Ross", dijo la señora Taylor. "Ella no sabía nada de todo el asunto de su muerte, sólo estaba durmiendo la resaca. Supongo que tiene teléfono. En fin, se despertó y de repente se enteró de lo de su pobre hermano".

"Menudo shock", imaginó Graham. "¿Qué pasó?"

"¡Estaba destrozando la casa a gritos!". le informó la Sra. Taylor. "Se volvió completamente loca. Dando vueltas por los pasillos, gritando por su hermano, por sus padres, sin parar de decir: "Otra vez no, otra vez no". No sabía qué pensar. Conseguimos que volviera a su habitación, y uno de los miembros del personal está sentado con ella ahora".

Con un fuerte suspiro, Graham tomó nota del número de habitación y se dirigió al piso de arriba. Harding se unió a él tras comprobar el registro de la pensión.

"Una vez que hayamos calmado a Eleanor -le dijo Harding mientras subían las escaleras-, tenemos que ocuparnos de Juliette, la primera mujer de la víctima, su nueva cuñada, por así decirlo". Sacudió la cabeza, asombrada.

"Oh", dijo Graham, simplemente. Más complicaciones. ¿Acabaría alguna vez este día?

Janice llamó a la puerta. La habitación de Eleanor estaba tres puertas más abajo de la suite de los Joubert, pero había dormido entre alarmas, visitas de la policía cercana y los informes de la tragedia en su teléfono. En esencia, había recibido aquella avalancha de noticias y condolencias en los segundos posteriores a despertarse con una resaca feroz.

"¿Policía?" Eleanor pareció aferrarse al marco de la puerta.

"¿Podemos pasar, señorita Ross?". le preguntó Harding con suavidad. Graham se sintió

aliviado al ver que la vorágine emocional descrita por la señora Taylor parecía haber pasado de momento.

Eleanor abrió la puerta de par en par para dejarles pasar. Polly, la camarera del desayuno, había estado sentada con Eleanor y ahora se deslizó silenciosamente junto a ella. Parecía muy aliviada. Polly saludó a Graham con una leve inclinación de cabeza al pasar al pasillo del hotel.

"Polly", respondió él. Cuando se hubo marchado, Harding y Graham entraron en la habitación y observaron mejor a la hermana de su víctima.

"Es que... Todo esto es demasiado ahora mismo", dijo Eleanor Ross, al borde de las lágrimas. Tenía un aspecto horrible, los ojos desorbitados y el pelo rubio alborotado, la imagen misma de una mujer de veintitantos años con resaca que no salía de fiesta muy a menudo y estaba sufriendo las consecuencias.

"Es un momento muy difícil, Sra. Ross. No queremos complicar más las cosas".

"¿Sabéis lo que ha pasado?", dijo ella, dejándose caer en la cama. Se había puesto unos vaqueros y una camiseta, pero seguía teniendo un aspecto arrugado. El rímel emborronaba la suave piel que tenía bajo los ojos.

"Se cayó -dijo Graham, intentando encontrar la más suave de las explicaciones- en el castillo. Aún no estamos seguros de las circunstancias".

"¿Se cayó?", repitió ella. "¿George?"

"Me temo que sí".

Eleanor apretó los labios, conteniendo sus emociones bastante mejor de lo que lo había hecho una hora antes. "¿Se... se tiró?".

Harding se ocupó de esto. "No hay pruebas de ello".

"¿Un accidente, entonces?", intentó ella a continuación. "Quizá resbaló y...".

"Tampoco podemos decir eso", le dijo Harding.

Ahora Eleanor los miraba a ambos, fijando en ellos unos ojos desprovistos de toda chispa. "¿Empujado?", se atrevió a decir. "Alguien empujó a George del...".

"De nuevo -interrumpió Graham, levantando las manos para impedir que la idea siguiera adelante-, no tenemos pruebas. Nadie vio el incidente. Yo estaba allí, pero le encontré cuando ya se había caído".

"¿Lo viste?" dijo Eleanor, aferrándose a este hecho. "¿Dijo algo?"

Graham negó con la cabeza. "Me temo que no. Sus heridas eran muy graves".

"¿Pero estaba vivo?" Parecía especialmente importante que Eleanor comprendiera aquellos detalles, aunque Harding no pudo evitar que su curiosidad le pareciera un poco inusual. Incluso ligeramente morbosa.

"No tenía pulso -relató Graham- y no respiraba. Como digo, se había caído desde una altura considerable y estaba malherido. Nadie podía haber hecho nada -le aseguró Graham.

Eleanor se sentó en el borde de la cama, con los hombros caídos. Se pellizcó el puente de la nariz, luchando contra la pena y contra un fuerte dolor de cabeza. "Pobre chico", dijo más de una vez, cerrando los ojos. "Pobre, pobre chico. Superó tantas cosas... Lo hizo tan bien por sí mismo. Prácticamente crió a su hija solo, ya sabes, con Juliette fuera haciendo sus cosas". Sus sentimientos hacia su cuñada eran evidentes. "Luego, cuando se divorció de él, apenas pudo verla. También fue un héroe, ¿sabes? Salvó a unos niños franceses de morir ahogados".

Entonces volvieron las preguntas. Parecía que Eleanor tenía que comprender aquella tragedia antes de empezar a aceptarla. "¿A qué hora cayó?"

Graham consultó su cuaderno. "Es difícil decirlo con precisión, pero lo encontré poco después de las ocho y media de la mañana".

Eleanor se lo pensó. Miró su reloj. "Creo que sé lo que ha pasado".

Harding y Graham intercambiaron una mirada, ambos desesperados por ver algún movimiento en este tenso e incómodo caso. "Adelante, señorita Ross", le dijo Graham.

CAPÍTULO 17



Stephen Jeffries se sentó en su despacho devanándose los sesos. Al otro lado del sencillo escritorio negro, los agentes Roach y Barnwell observaban la inquieta figura y, como estaban entrenados para hacer, anotaban todo lo que decía que tuviera valor. El problema para ambos era que, sobre todo cuando estaba nervioso, Jeffries hablaba en un torrente incesante y excitado.

"No sé hasta qué punto puedo ser útil", dijo, bien entrado el cuarto minuto de un prolongado monólogo de flujo de conciencia. "Tocaron de maravilla en la boda, volvieron después a su albergue y, al parecer, visitaron el castillo esta mañana. No recuerdo haberlos visto después de pagarles por su trabajo estelar -dijo, mirando alrededor de la habitación como una ardilla distraída-. "Lo que sí puedo facilitarte son fotos del cuarteto tocando en la recepción de la boda". Enseguida se las envió a Roach desde su teléfono.

El agente más joven había sido el que más había hablado -lo que había podido intercalar entre las nerviosas diatribas de Jeffries- y tenía un compromiso con la búsqueda del cuarteto desaparecido que hacía pensar que su carrera dependía de ello. Barnwell, en cambio, consideraba la investigación una pérdida de tiempo para la policía. "Son músicos, ¿verdad?", había confirmado. "Estarán en el pub, emborrachándose, gastándose lo que ganaron anoche en la boda".

Roach, sin embargo, estaba mucho más preocupada. Jeffries no les había dejado ninguna duda de que, sobre todo para los curiosos con desdén por las puertas cerradas y los carteles proscriptivos, el castillo podía ser una fuente inagotable de diversión. Tuvo visiones de los cuatro músicos encerrándose en algún sótano antiguo o cayendo por una escalera de caracol mal iluminada, curándose miembros rotos y cosas peores mientras pedían ayuda en vano. La idea le dio escalofríos.

"Bueno -recordó Roach a Barnwell con un gesto perspicaz del lápiz-, la señora de recepción les vio entrar, pero no les vio salir".

"Eso dice ella, y yo la creo", asintió Jeffries. Parecía acosado, con el pelo ligeramente fuera de su sitio. Aquello era muy poco característico e indicaba que hoy había sido el más raro de los días, un día en el que Stephen Jeffries se encontraba realmente aturdido por un suceso tras otro.

"Volveremos a registrar el terreno. ¿Quieres acompañarnos?" se ofreció Roach. No necesitó mirar a Barnwell para comprender el absoluto desprecio del anciano por lo que consideraba un plan inútil.

"No quisiera estorbar, pero si puedo ser útil", respondió Jeffries, "desde luego que lo haré". Jeffries se levantó y se puso una rebeca que sólo solía llevar en la oficina. Condujo a los dos

policías fuera del despacho.

Jeffries llevó a los dos policías alrededor del cuadrilátero donde se había celebrado la boda. Ahora estaba desierto. Roach y Barnwell miraron a su alrededor. Los terrenos estaban inmaculados. No sólo el castillo era un enorme monumento, sino que el personal reconocía la importancia de mantener la dignidad de aquel hito histórico. "Dar lo mejor de sí mismos", como dijo Jeffries.

"Me alegra ver que los invitados que quedan han resistido la tentación de limitarse a merodear cerca de la escena del accidente... o debería decir escena del crimen.... No, no Stephen, no pongamos el carro delante de los bueyes. El lugar del accidente bastará por ahora". Stephen Jeffries hablaba casi siempre consigo mismo. Al igual que la Sra. Taylor, estaba intensamente ansioso por que una muerte misteriosa y repentina no coloreara indebidamente la opinión pública de este magnífico lugar.

"Ya van cuatro veces", recordó Barnwell a Roach en voz baja cuando terminaron de recorrer el exterior del castillo. "Si hoy quieres dar una quinta vuelta por los terrenos, lo harás solo".

"De acuerdo", aceptó Roach, aunque la habitual pereza de Barnwell le parecía hoy especialmente poco útil. "Vamos dentro". Se volvió hacia Jeffries. "¿Adónde van normalmente los turistas?"

Jeffries los condujo al interior más oscuro y fresco del castillo. La temperatura descendió considerablemente, y los tres hombres se alegraron del respiro de lo que se había convertido en un día inusualmente cálido. "Las antiguas celdas de la cárcel", explicó Jeffries.

"Me pregunto si nuestro cuarteto desaparecido habrá conseguido encerrarse". ofreció Barnwell.

Jeffries volvió a comprobar cada celda, acompañado por Roach. "Me temo que eso es imposible. No se pueden abrir sin una de las llaves maestras". Los condujo por el estrecho pasillo, iluminado por luces eléctricas montadas en la pared que habían ocupado el lugar de las antorchas encendidas que tanto tiempo atrás habían iluminado aquellas antiguas cámaras.

"¿Vale la pena decir sus nombres?" preguntó Roach.

Jeffries pensó que valía la pena intentarlo. "¡Emily!", llamó por el pasillo, escuchando el eco sordo y pétreo. "¡Marina!", intentó a continuación. Los tres hombres escucharon atentamente en busca de una respuesta, pero no hubo ninguna. Jeffries se encogió de hombros y los guió hacia adelante.

Pasaron por una sala cerrada que, según explicó Jeffries, estaba destinada a albergar su nueva exposición de tortura. "Fantástico", dijo Barnwell. "A lo mejor se torturan entre ellos por diversión".

La puerta estaba cerrada, pero Jeffries se detuvo. "Han movido el cartel que prohibía la entrada". Siempre atento a los detalles, volvió a colocarlo en su sitio. "Probablemente unos niños. La sala aún no está abierta. Y con el accidente de hoy, no creo que lo esté nunca".

"Lástima", dijo Barnwell. "Un poco de sadomasoquismo nunca hace daño a nadie, ¿verdad? Echemos un vistazo".

Roach puso los ojos en blanco, pero abrió la puerta de la exposición. Los tres hombres entraron. La sala estaba completamente a oscuras y olía a humedad. El polvo les hacía cosquillas en la nariz. "Esto me va a sacar de quicio", se quejó Roach, tapándose la parte inferior de la cara con la mano.

"¡Emily!" volvió a gritar Jeffries.

"Si resulta", dijo el agente Barnwell a su colega, "que en realidad están en el pub, me debes una cena en el Bangkok Palace".

Olvidando el polvo de su irritación, Roach se puso las manos en las caderas. "¿Podemos centrarnos en el...?".

"En las bebidas", subrayó Barnwell. "Muchas".

"Creía que no te gustaba la salsa". le susurró Roach mientras Jeffries husmeaba en la oscura habitación.

"¡Ay!", le oyeron decir.

Ambos oficiales estaban alerta. "¿Se encuentra bien, señor?" preguntó Roach, alumbrando con su linterna en dirección a Jeffries.

"Sí, sí", dijo Jeffries, un poco avergonzado. "Sólo me he pillado con esta pica". Roach iluminó el arma del siglo XVII, un asta de madera de metro y medio de largo rematada con un pincho afilado de aspecto realmente desagradable. "Uf. No me gustaría caer en el lado equivocado de una de ésas".

"¿Vamos?" Barnwell, repentinamente cansado de investigar la exposición, empujó a los demás hacia la puerta y de vuelta a la relativa comodidad del pasillo.

Jeffries se retorció las manos. "¿Dónde demonios se han metido?".

CAPÍTULO 18



Eleanor Ross se irguió y respiró hondo. "Sabes que éste era el segundo matrimonio de George, ¿verdad?".

"Sí", reconoció Harding. "Estaba casado con la hermana de Marie".

"¿Y cómo crees -dijo Eleanor en tono de prueba- que se sentía su drogadicta y malvada ex mujer?".

Graham enarcó una ceja. "Bueno, usted la conoce mejor que nosotros, señorita Ross".

"Reacciona de forma exagerada ante las cosas", explicó Eleanor. "Puede estar fría como una lechuga durante mucho tiempo y, de repente, perder los nervios sin motivo. Es decir, ninguna de las hijas de los Joubert es especialmente estable, pero Juliette siempre fue alguien sobre quien te preguntabas... ya sabes, no si iba a ocurrir algo malo, sino cuándo. George andaba constantemente sobre cáscaras de huevo, tanto antes como después de su divorcio".

Harding se ocupó de la siguiente pregunta. "¿Y crees que ella pudo tener algo que ver con la muerte de George?".

La palabra muerte, incontrovertible y tan escandalosamente definitiva, apuñaló a Eleanor. Se tomó un momento para recomponer sus emociones. Harding se reprochó a sí misma. Quizá la próxima vez elegiría un eufemismo. La muerte habría sido mejor, razonó. O incluso un simple accidente.

"Desde luego, no le gustaba la idea de que Jorge se casara con Marie. Aunque fue ella quien le abandonó. No estoy segura, por supuesto, pero si yo investigara, querría hablar seriamente con ella". La agresividad se filtró en el tono de Eleanor.

"Señorita Ross", dijo Graham con severidad, "le ruego que no empeore una mala situación".

"No, no", dijo Eleanor poniéndose en pie. "Lo comprendo. No soy una persona violenta, señor...".

"Detective inspector Graham", le recordó él.

"Ya. Juliette no tiene nada que temer de mí. Quizá de la ley, pero no de mí".

Harding se dio cuenta de que Eleanor tenía los puños cerrados con fuerza. Se dio cuenta de que no le importaba mucho aquella joven apenas un poco más joven que ella. Intentó mirar a la afligida mujer con amabilidad, pero ahora había en ella un aire de venganza, como si hubiera decidido por sí misma qué clase de desastre le había ocurrido a su hermano y quién lo había causado.

"Si lo prefieres -dijo Graham, con tono uniforme-, tómate un descanso, recapacita y come algo. Podemos hablar dentro de un rato".

"No, no, necesitas mi ayuda", insistió Eleanor, "conozco a las personas implicadas. A Juliette, a sus entrometidos padres. Incluso a esa Marie. Ninguno de ellos está en sus cabales, ¿sabes?".

Graham pudo ver cómo Eleanor pasaba rápidamente por las emociones de la pena, los celos y la ira. Todas se intercalaban con momentos de calma y lucidez, una reacción habitual ante noticias insoportables. "¿Ah, sí?"

"Juliette es desagradable, rencorosa. Y Marie está loca". dijo Eleanor, levantándose de repente y dando pisotones por la habitación. "Certificable", subrayó. "Un día está deprimida y al siguiente en las nubes. Trataba a George como a un leproso, luego como a un santo, luego como a alguien a quien no soportaba, y luego -dijo, mientras salivaba con rabia- como a alguien sin quien no podía vivir."

"Por favor, señorita Ross", intentó Graham.

"Tienes que escuchar. Todos le llevaron a ello. O lo hicieron ellos mismos. Esa familia es venenosa". Eleanor, que apenas se detenía a respirar, parecía contenta ahora con dejar escapar todos sus pensamientos, como si la muerte de su hermano hubiera roto una presa y desatado un torrente. Lo cual, por supuesto, había sucedido....

"¿Y los Joubert? preguntó Harding. Estaba aprendiendo que, con testigos colaboradores como Eleanor, a menudo bastaba con lanzarles de vez en cuando una indicación alentadora para obtener información. Para ella era como añadir un chorrito de lubricante para que los mecanismos siguieran girando suavemente. Así ocurrió con Eleanor.

"Es un mojigato con un chip en el hombro, a pesar de sus afectaciones", les dijo. "Y ella es una figura extraña, controladora y maternal", añadió agitando las manos.

Graham lo anotaba con rapidez y precisión. "¿Pero nunca mostraron ninguna hostilidad abierta hacia Jorge?".

Otro encogimiento de hombros airado. "Sólo a diario", refunfuñó Eleanor. "Ya sabes cómo son algunos padres. No hay hombre en el mundo que sea lo bastante bueno para mi hijita". Todas esas tonterías. Sobre todo él. Como si sus hijas fueran las mejores presas de toda Francia".

"Y no es sólo esto, las dos bodas, las extrañas relaciones con las hermanas. Son las cosas antiguas. Con nuestros padres. Allá en Francia". Ahora Eleanor hizo una pausa de un segundo, pero ninguno de los dos policías reconoció su punto de vista. "Seguro que te has enterado", se quejó. "¿No te lo ha dicho nadie?

Atrapado entre dos necesidades contrapuestas, Graham intentó mantener la calma de Eleanor. Al mismo tiempo, estaba desesperado por que la efusiva e involuntariamente servicial Eleanor simplemente siguiera hablando.

"¿Te refieres al accidente de la granja? dijo Graham, indicando a Eleanor que volviera a sentarse en la cama. Habría dado cualquier cosa por transportarlos a todos a la comisaría, pero no era el momento.

Eleanor ignoró su gesto y se paseó por la habitación. "Ésa es una palabra para describirlo", dijo. "Siempre me ha resultado increíblemente difícil creer que mi padre hubiera hecho algo así".

Eleanor se sentó por fin, con la palma de la mano en la frente. Ni Harding ni Graham vieron teatro en ello. Era evidente que la mujer estaba sufriendo, y el fuerte dolor de cabeza provocado por el champán no podía estar ayudando a su estado de ánimo.

"Te traeré agua -le ofreció Harding. Sacó un analgésico del bolso y trajo un vaso de agua del cuarto de baño. Ante aquella amabilidad, el estado emocional de Eleanor pareció bajar un par de marchas. Sus hombros se hundieron. "Gracias", dijo en un tono bajo. "Por favor, necesito tiempo para procesar esto. Estoy agotada".

"Hablaremos con Juliette y nos pondremos en contacto contigo más tarde -dijo Graham con suavidad-. "Si necesitas algo, estoy seguro de que la señora Taylor te ayudará".

Los dos oficiales se dispusieron a marcharse, pero Graham sintió una mano en el brazo. Eleanor lo miró con ojos luminosos. "Mira... Lo siento. Es demasiado".

"Lo comprendo", dijo Graham con sinceridad. "Créeme".

"Pasara lo que pasara, sé que George no se suicidó", dijo Eleanor, con los ojos empezando a humedecerse. "No lo haría. Él no. Sabía lo que le haría... ya sabes... a la gente que quedó atrás. Después... antes".

Graham asintió. "Haremos todo lo que podamos". Eleanor volvió a mirar al suelo, sujetándose las sienes doloridas, mientras Graham y Harding se marchaban, cerrando la puerta en silencio tras ellos.

CAPÍTULO 19



Los dos oficiales se recompusieron. Graham preparó una nueva página en su cuaderno, pero resistieron la tentación de enzarzarse en una discusión en un lugar tan público.

"Y ahora", dijo Graham con una sonrisa divertida, "algo completamente distinto".

Harding permaneció inexpresivo.

"¿Monty Python? preguntó Graham, incrédulo. "Por favor, no me digas que la comedia de los setenta te ha pasado completamente de largo".

"No es lo mío, señor", respondió Harding.

Graham soltó una carcajada. "Mi querido sargento. Sencillamente, no has vivido". Escribió unas palabras en su cuaderno.

"Ahora Juliette".

"Juliette, señor".

Graham levantó la mano para llamar, pero su teléfono zumbó. "Espera. Puede que sea Tomlinson otra vez".

No lo era. Era el contacto de Graham con la policía francesa. Su conversación fue un poco más larga esta vez, y Graham entrecerró los ojos mientras escuchaba. "Gracias, monsieur", dijo. "Muy interesante".

Graham cogió a Harding por el codo y caminaron unas puertas por el pasillo. Le habló en voz baja. "¿Recuerdas el asunto de los padres de George en Francia?".

Harding asintió. "¿Tenía Poirot algo más para nosotros?".

"No me digas", respondió Graham. "Adivina -lo digo en serio, sólo adivina-, ¿quién crees que era el dueño de la granja contigua a aquella en la que encontraron muertos a los padres de Ross?".

Harding parpadeó. "De ninguna manera".

"De ninguna manera", le aseguró Graham.

"¿Los Joubert?", preguntó ella. "¿Qué te parece?"

"Cómo, desde luego", respondió Graham. "Debe de ser así como se conocieron George y las dos hermanas".

Harding sacó su tableta y, con la información que le dio Graham, elaboró un mapa de la zona. "Justo al lado. En realidad tendrías que atravesar a pie o en coche la propiedad de los Joubert -observó Harding, trazando el mapa con la punta del dedo- para llegar a la carretera principal. Las dos familias debían de estar muy unidas".

"Sobre todo porque el clan Ross estaba allí casi todos los veranos, según dijo Poirot".

Harding masticó esto. "¿Qué dijo de las pruebas?".

"Ahí es donde las cosas se ponen turbias", respondió Graham. "Las huellas dactilares de Ross padre estaban en la pistola. Una vez que la teoría del asesinato-suicidio se convirtió en la idea dominante, no buscaron ninguna otra explicación. Entrevistaron a todo el mundo de la zona, al parecer, luego lo llamaron como lo llamaron y cerraron el libro".

"¿Pero tu Poirot no se cree la teoría?". especuló Harding.

"Está indeciso. Dice que no huele bien. Las familias desconsoladas dicen este tipo de cosas como algo normal, pero parece que los padres Ross eran realmente una pareja feliz, adoraban a George y a su hermanita Eleanor, les encantaba la campiña francesa, eran económicamente estables, todo lo demás."

"Había una cosa más", añadió Graham. "El estimado monsieur Joubert tiene un pasado accidentado".

"¿Ah, sí?"

"Estuvo implicado en algún tipo de incidente con un antiguo socio".

"Interesante".

"Estuvo implicado, pero nunca fue acusado, en el apuñalamiento de dicho socio".

"Vaya". Harding tomó nota. "Parece que Antoine tiene mal genio. Espero que no sea hereditario, o ésta va a ser otra maldita entrevista incómoda".

Graham asintió, se irguió como solía hacer cuando se acercaba a una situación potencialmente incómoda, y llamó a la puerta. A Harding le recordó a esos animales que intentan parecer grandes y feroces ante un depredador.

En este caso, su enemiga era Juliette Paquet, antes Ross, de soltera Joubert. Apareció en la puerta, casi un reflejo de su hermana: el mismo pelo largo, oscuro y liso, los ojos azules. "¿Quién es usted? -preguntó, sin demasiada cortesía, con un acento muy marcado.

"Policía de Gorey, señora", dijo Graham, mostrando su identificación. "Nos gustaría hablar con usted sobre la muerte de...".

"Iba a tomar un café", dijo ella. Intentó pasar a su lado.

"Espera, por favor", dijo Graham. "No tardaremos mucho".

"Necesito café", repitió ella. No les miró a los ojos. A Harding le pareció que era como discutir con un adolescente truculento que no podía creerse que estuvieran castigados de nuevo.

"¿Puedo sugerir el servicio de habitaciones?" intentó Harding.

Juliette se quedó mirando a Harding como si se encontrara con un adversario nuevo por primera vez. Giró sobre sus talones y les hizo señas para que entraran con poco más que un gruñido, tomando asiento junto a la ventana. Las cortinas estaban cerradas y su postura era decaída, con los hombros encorvados. La habitación tenía la visibilidad de una casa en la que la cocina estuviera ardiendo, el humo acre y acre. Graham vio que Juliette había estado consumiendo un paquete de cigarrillos franceses de alquitrán.

"Me pregunto -empezó Graham- si podríamos abrir una ventana.

Juliette volvió a encogerse de hombros, un gesto que a Harding le pareció inconfundiblemente francés. Graham abrió todas las ventanas, aunque no llegó a descorrer completamente las cortinas. Un gran chaparrón de luz solar habría sido totalmente incompatible con el humor negro azabache de Juliette y, probablemente, con toda su existencia.

La habitación de Juliette era notablemente más pequeña que la de Graham y que la suite más cómoda que ocupaban los padres de Juliette. Ella se sentó en la única silla. Los dos oficiales estaban de pie, pues no se sentían cómodos en la cama. Juliette los ignoró inconscientemente, encendió otro cigarrillo y le dio una calada con desdén.

"Nos gustaría darle el pésame", empezó Harding. "Debe de ser un día muy difícil".

"¿Qué queréis saber?" interrumpió Juliette bruscamente. "¿Qué creéis que puedo deciros?". Lanzó una bocanada de humo, cuyos acre vapores se enroscaron alrededor de su nariz y sus orejas.

Graham adoptó un tono más severo. "¿A qué hora te fuiste anoche de la fiesta de bodas?".

Otra vez aquel encogimiento de hombros. Graham la analizó, absorbiendo los detalles.

"Tarde", dijo ella. "Quizá a las tres. Había música y champán. ¿Por qué querría alguien marcharse?".

"¿Y dónde estabas tú -preguntó Graham a continuación- sobre las ocho y media de esta mañana?".

Juliette expulsó otra gran nube de humo gris púrpura e inclinó ligeramente la cabeza hacia la cama deshecha de la habitación. "Estaba dormida".

Graham tomó nota. "¿Cómo te enteraste de la tragedia del castillo?".

Esto hizo que Juliette se detuviera. Apagó el resto del cigarrillo y se volvió hacia Graham. "¿Tragedia?", preguntó enarcando una ceja.

"Sí, la muerte de...".

"Sé quién murió. Y sé cuándo. Me lo contó mi madre".

"¿Cómo?" Harding quiso saber.

Hubo más gestos truculentos de adolescente: ojos en blanco y un mohín. "Llamó a la puerta", dijo Juliette como si explicara la situación a un niño. "Dijo: 'Juliette, Jorge se ha caído del castillo. Está muerto'. Entonces volví a dormirme".

Ambos oficiales estaban leyendo a aquella joven, su comportamiento, su acento y su falta de interés por ayudarles. Ambos la estaban elevando en privado en su lista de sospechosos.

"¿Crees posible que George se suicidara?" preguntó Harding.

Otro encogimiento de hombros. "La gente se pone triste. Quizá la vida con Marie no era tan perfecta".

Graham fue directo al grano. "¿Estabas celosa de tu hermana?" Los ojos de Juliette se desviaron para centrarse en él. "Después de todo, había sido tu marido una vez".

Hubo una breve explosión de francés. Harding reconoció un par de maldiciones. Luego Juliette dijo: "¡No era nadie! Ni siquiera un hombre de verdad".

Harding sintió una nueva y genuina simpatía por el pobre George, que parecía, a pesar de estar en el centro de todo, en gran medida olvidado, desestimado o difamado de alguna otra forma en esta familia de grandes y complicados egos. Nunca había imaginado que la víctima de un incidente repentino y misterioso como aquél se viera tan difamada por aquellos de quienes cabría esperar que lo lloraran. Primero Antoine y ahora Juliette, por no hablar de Marie. Para ser una familia en la que se había casado no una sino dos veces, varios de ellos parecían tener la peor opinión de George Ross.

"Pero aun así asististe a su boda. Viajaste hasta aquí, reservaste un hotel, participaste plenamente en las celebraciones", le recordó Graham. "Dejaste en Francia a la hija que compartías con el señor Ross.

Juliette estaba rodeada de un humo espeso, como si fuera un prestidigitador cuyo truco hubiera salido mal, pero no intentó apartarlo, aparentemente acostumbrada a la atmósfera venenosa. "Sabía que habría champán gratis".

"¿Y el motivo de dejar atrás a tu hija?"

"La boda de su padre con su tía no era el lugar adecuado para mi hija. Ella es sensible. Estas cosas son complicadas. Cosas de adultos, ¿sabes?"

"Pero tu hermana..." empezó Harding.

"Es una idiota", espetó Juliette. "Le dije en qué se estaba metiendo y no me escuchó. Nunca escucha. Hace años que no tenemos una conversación en condiciones".

"¿En qué se estaba metiendo, señora Paquet?". Graham aprovechó el silencio que siguió para hacer balance. Al final, redujo sus pensamientos a una sola pregunta: "Juliette, ¿puedo preguntarte qué crees que le ocurrió a George?".

Un encogimiento de hombros más. ¿Significaba que no lo sé o que no me importa? Graham pensó que podía ser una mezcla de las dos cosas. Juliette no había mostrado dolor por la pérdida de su ex marido, ni simpatía por su hermana, sólo desprecio por las emociones que siempre se arremolinaban en torno a una muerte repentina. Era como si hubiera estado aquí cientos de veces y simplemente se aburriera de todo aquello.

"Tal vez estaba borracho y se inclinó sobre la borda", reflexionó Juliette. "O quizá resbaló. No tengo ni idea. Vosotros sois los detectives", dijo, encendiendo otro cigarrillo. "Averiguadlo vosotros".

Diez minutos después, Graham se paseaba por la terraza del White House Inn esperando a que el agente Roach cogiera su bendito teléfono. Agradecido, se llenó los pulmones de aire fresco de la tarde. Hacía mucho tiempo que no estaba en un ambiente tan cargado de humo como la habitación de Juliette, y sabía que el olor permanecería en su ropa y en su piel hasta que pudiera ducharse.

"Agente Roach, voy a escucharle un momento mientras me dice que su caso de personas desaparecidas ha concluido".

"Ah", empezó Roach. "Erm".

"Por el amor de Dios, Roach", murmuró Graham. "Tenemos que entrevistar a otros veinte invitados a la boda. Estoy hasta arriba de desinterés galo y hermanos sociópatas. Necesito buenas noticias. Dímelas".

Roach explicó la situación, no demasiado orgulloso de haberse quedado cortos, pero incapaz de mejorar la realidad. "Hemos puesto el lugar patas arriba, señor. Nadie los ha visto y no están en ninguno de los pasillos del sótano".

De forma poco habitual, pero en un momento que hablaba del estrés y la confusión del día, Graham soltó un breve y colorido torrente de verborrea.

"¿Se encuentra bien, señor?" preguntó Roach.

Graham inspiró seis veces, tan profunda y decididamente que Roach lo oyó todo. "Agente Roach, necesito varias cosas en breve. Necesito una tetera con tanta urgencia que amenazaría a la señora Taylor con una pistola cargada si me dijera que en la cocina se ha acabado el Oolong. Necesito que los testigos de este caso testifiquen un poco más y que la familia sea condenadamente más familiar". Roach reconoció el desahogo cuando lo oyó, y se quedó callado, con el teléfono en la oreja, dejando que su jefe se desahogara. Necesito que el estimado Marcus Tomlinson me diga algo más concreto que: "Lo siento, inspector Graham, este tipo está muerto y no sé por qué". Y", prosiguió, "¡necesito que mi equipo de expertos en personas desaparecidas encuentre a algún maldito desaparecido!".

"Entendido, señor", se limitó a decir Roach.

"Ponte a ello", le dijo Graham. "Espero que no quede ni un ápice de confusión sobre lo que necesito de ti, hijo".

"Absolutamente ninguna, señor".
Clic.

CAPÍTULO 20



En la oscuridad, Marina acunó a Leo en su regazo y lo puso lo más cómodo que pudo. El jersey de Harry, que se había puesto aquella mañana por si hacía frío en los pasillos interiores del castillo, le servía de manta, pero les faltaban otras formas de mantenerlo caliente.

"Te digo", repetía Marina, "que he oído algo".

Harry alternaba entre arrodillarse, preocupado por el afectado Leo, y tratar de apuntalar la improvisada escalera desde la que había caído su amigo. "Lo único que oí", dijo Harry con sinceridad, "fue a Leo gritando porque acababa de romperse el brazo".

Emily, que nunca dejaba escapar los resúmenes chapuceros, replicó. "No eres médico. No sabemos qué le ha pasado en el brazo".

Harry se enfadó. "Mira qué ángulo tiene". Iluminó con una linterna el antebrazo de Leo. Estaba ligeramente doblado y se hinchaba rápidamente por encima de la muñeca. "¿Te parece un brazo intacto? La tensión de la situación les estaba afectando a todos. Los ánimos empezaban a crisparse.

"Vale, vale, mantengamos la calma", la voz dolorida de Leo se elevó desde el suelo polvoriento de la cámara. Era casi lo primero que conseguía decir desde que se había caído, veinte minutos antes, excepto disculparse repetidamente por haber empeorado notablemente su ya de por sí mala situación.

A pesar de la disputa, Marina se mantuvo firme en su afirmación anterior. "Sonaba como si alguien gritara desde allí atrás", dijo, señalando con la cabeza el montón de rocas que era todo lo que quedaba del túnel por el que habían llegado.

Emily se encogió de hombros, poco dispuesta a descartar nada. "La cuestión es que no respondimos".

"Estábamos un poco distraídos", dijo Harry a la defensiva, señalando el brazo de Leo. Lo tenía sobre el pecho en la posición que menos le dolía. "Creía que estaba inconsciente", añadió. En los instantes posteriores a la caída de Leo y antes de que la luz llegara al lugar donde había aterrizado, había parecido que Leo estaba inconsciente. Se habían abalanzado sobre él para ayudarle, pero se dieron cuenta de que estaba simplemente aturdido. Había tardado un buen rato en darse cuenta de lo que había ocurrido y, antes de que fuera realmente consciente, Marina, una antigua Guía de la Reina, no tardó en atenderle el brazo.

"Bueno, aunque nos estén buscando aquí abajo, yo digo que sigamos intentando llegar a la cámara contigua", dijo Harry.

Pero Emily seguía sin estar convencida. "No hay ninguna garantía de que la siguiente cámara

mejore en algo a ésta. O de que podamos hacer que Leo cruce el muro".

"No tendríamos que hacerlo", le dijo Marina, "si Harry pudiera encontrar una salida y conseguir ayuda". Era difícil rebatir la lógica de su afirmación.

No parecía haber motivo para seguir debatiendo. Emily, aún llena de recelos, inspeccionó la "escalera" sustitutiva de Harry, que no era más que una versión ligeramente más segura del montón de rocas por el que había trepado Leo. "Un punto de apoyo tras otro", aconsejó. "Súper despacio y con cuidado. Y quiero que aceptes abortar esta misión si descubres que no hay una forma segura de bajar a la cámara del otro lado".

"Sí, madre", bromeó Harry mientras iniciaba el ascenso. Las rocas aumentadas le llevarían un poco más arriba del punto al que había llegado Leo, pero esperaba que le facilitaran la tarea de hacer palanca para entrar en la siguiente cámara. Lo que ocurriría a partir de ahí, por supuesto, nadie podía decirlo.

Los tres que quedaban atrás esperaron a que Harry subiera por el montón de rocas, utilizando unos puntos de apoyo especiales. Avanzaban con mucha más facilidad. Uno de sus tres teléfonos estaba ahora por debajo del veinte por ciento de potencia, así que Emily lo apagó y utilizó el suyo para iluminar el camino de Harry. Él tenía el otro teléfono, y ella esperaba que le revelara alguna buena noticia cuando llegara al hueco de la parte superior de la pared y pudiera ver la siguiente cámara.

"Vale, tengo un buen agarre", dijo él, llegando al hueco irregular donde se había derrumbado la pared de la cámara. "Allá vamos".

Harry se levantó de modo que la parte superior de la pared, de dos ladrillos de grosor y notablemente mal hecha, quedara bajo su vientre. Allí se detuvo. "Oye... ¿Sabes qué?".

"¿Estás bien?" llamó Emily.

"Hay una gran pila de cajas aquí", respondió Harry, con la voz entrecortada por la curiosidad de abrazar la pared.

Marina y Emily intercambiaron una mirada. Leo tenía los ojos cerrados, pero escuchaba. "¿De qué tipo?" gritó Emily.

"De madera", fue la respuesta. "Cosas grandes y sólidas".

"¿Hay alguna salida? ¿Qué aspecto tiene el resto de la habitación?". Marina estaba desesperada por saberlo.

"Como..." empezó Harry, y luego se acercó más para poder agacharse y apoyarse en una de las cajas. "¿Te acuerdas... del final de aquella película?". Tenía la voz apagada.

"¿Qué película?

"Indiana Jones", respondió Harry, haciendo palanca sobre la pared y poniéndose de pie sobre la caja de madera más cercana. La pila debía de tener tres metros de altura, quizá más. "Ya sabes, ¿la enorme habitación llena de cajas de madera donde guardan el Arca de la Alianza? Maldita buena película". Ahora gritaba.

Emily y Marina intercambiaron otra mirada. "Claro", Emily le siguió la corriente.

"Eso es lo que parece aquí dentro", dijo Harry, iluminando la cámara con la luz de su teléfono. "Docenas de ellas. En pilas, contra las paredes". Miró a su alrededor y luego hacia abajo. "Creo que puedo bajar al suelo". Jadeaba y sudaba por el esfuerzo.

"Vale", gritó Emily. Sus voces eran notablemente más difíciles de distinguir a través de la pared de la cámara, y ella se encontró casi gritándole. "Ve despacio y ten cuidado al pisar".

Harry no contestó, pero se sintió agradecido de encontrar fácilmente el camino hacia abajo. Al cabo de unos instantes, había salido de la pila de cajas y se encontraba en medio de la habitación. Por encima de él, observó, había una única bombilla suspendida del techo. "Puede

que haya luz aquí dentro. Aguanta".

Milagrosamente, en lo que quizá fuera la mejor noticia que habían tenido desde la caída de rocas horas antes, la luz aún funcionaba. "¡Eureka!", gritó. "Aún no he visto ninguna puerta, pero este lugar es bastante interesante. Me pregunto qué habrá en estas cajas".

"Marcas", dijo Leo en voz baja.

"¿Hay marcas en ellas?" llamó Marina, agradecida ahora por sus clases de canto. Al principio las había tomado para que la ayudaran a hablar al público durante los conciertos, pero ahora descubrió que eran excelentes para aprender a proyectarse en cámaras subterráneas. ¿Quién lo iba a decir?

Harry guardó el teléfono y observó detenidamente las cajas más cercanas. "Ésta dice 'E.E.R.'", dijo. "El tipo de letra me resulta un poco familiar. Creo que también lo he visto en una película. Oh, espera...". Hubo una pausa.

"¿Harry?" gritó Marina. La única respuesta fue un crujido, algo parecido a la madera al romperse. "Harry, lo digo en serio, si sueltas gas mostaza o inicias una reacción nuclear en cadena ahí dentro, luego tendremos unas palabras".

La voz que volvió no era nada jocosa. "Creo que tienes que venir aquí".

"¿En serio?" dijo Emily.

"Sí", confirmó Harry. "Todos vosotros".

"Pero Leo..." objetó Marina.

"Él también", les dijo Harry. "Encontrad la manera, y hacedlo ahora mismo".

CAPÍTULO 21



Sucesos tan grandes como pequeños habían hecho mucho por socavar la duradera creencia del inspector David Graham en un Dios benevolente, pero una taza de té bien preparada y en el momento oportuno hizo mucho por reafirmarla. ¿Cómo, especuló mientras se servía su tercera taza con mano firme, podía estar a disposición de la humanidad un tónico tan extraordinario y saludable si no era a través de la guía de un Creador amoroso?

Janice se dio cuenta de su estado de ánimo. "¿Tienes grandes pensamientos?", le preguntó al sentarse. Tras un día ajetreado, habían vuelto a la estación y ella se había tomado el tiempo necesario para ponerse el uniforme de repuesto. Ahora estaba resplandeciente, con el pelo bien recogido y los ojos brillantes.

"Estoy poniendo más combustible en el depósito", le dijo Graham. "Sospecho que nuestro día de trabajo está lejos de haber terminado".

"Hace poco aprendí que las probabilidades de que un entrevistado olvide algo o adorne la verdad aumentan exponencialmente a partir de las doce horas posteriores a los hechos en cuestión", dijo Janice.

Graham asintió. "Ningún testimonio ocular puede considerarse exacto al cien por cien", le dijo, "porque nos basamos en seres humanos frágiles y quebradizos".

"Te hace desear que haya cámaras por todas partes", ofreció Harding. "Reduciría la delincuencia a la mitad".

Sorbiendo su té, Graham se lo pensó brevemente, pero al haber trabajado tanto tiempo en Londres, este tema era un camino trillado. "¿A qué precio?"

Harding respondió: "No son tan caros, ¿verdad? Y la información podría reducir el trabajo de investigación y los interrogatorios, ahorrarnos mucho dinero...".

Graham levantó una mano para detenerla. "El trabajo policial no es -dijo muy serio- ni será nunca una especie de videojuego en el que pulsas unos botones y de repente tienes a tu sospechoso".

"Bueno, no, pero...".

"Y la idea de que todos podamos ser escrutados en cada momento de nuestra vigilia por alguna autoridad centralizada y amenazadora es el guión central de todas las novelas de ciencia ficción distópica jamás escritas. Así funcionan los estados policiales, sargento".

Tras reflexionar, Harding se vio obligado a aceptar. "Sí, señor. La cuestión es que, en casos como éste, ¿no sería útil que hubiera un avión no tripulado sobrevolando Gorey? ¿O un montón de cámaras en las almenas de Orgueil, filmando todo lo que ocurre?".

"¿Sabes?", dijo Graham, sentándose y pellizcándose la nariz, "cuando me incorporé al cuerpo, teníamos que pasar por una docena de aros ardientes para conseguir una escucha. Era casi inaudito. Y no sólo la tecnología era bastante endeble y el aspecto legal estaba lleno de problemas, sino que también había un aspecto ético".

Harding escuchó, haciendo todo lo posible por imaginar una época anterior, más inocente, probablemente unos pocos años antes. Al fin y al cabo, el DI no era mucho mayor que ella, no más de treinta y tantos años. Sólo parecía mayor. Probablemente se había incorporado al cuerpo hacía no más de quince años.

"Al fin y al cabo, estábamos interceptando la correspondencia personal de alguien. Al hacerlo, violábamos su intimidad, y todo porque sospechábamos que tramaban algo. Convencer al juez cada vez era un absoluto campo de minas".

"¿En serio? Hoy en día es pan comido, ¿no?". comentó Harding.

"Bueno, puedo decirte que entonces se tardaba una eternidad, y no hace tanto tiempo. Tenías que estar allí y jurar que el objetivo era legítimo, que sin duda había estado implicado en algo o en contacto con alguien, y luego -añadió, haciendo círculos con los dedos para evocar la naturaleza interminable del proceso- tenías que firmar documentos en los que se detallaba cómo tratarías la información, con quién podías hablar de ella, qué planeabas hacer con ella, todo eso".

"Suena como un enorme grano en el culo", dijo Harding.

"Sí", admitió Graham. "Pero era trabajo policial. Era auténtico y bien pensado, y sólo espiábamos a la gente cuando era absolutamente necesario".

Harding no estaba dispuesto a dejarlo pasar. "Entonces, ¿quieres volver a una época en la que rellenamos un montón de papeles sólo para escuchar las conversaciones telefónicas de un individuo?".

Graham sabía que no había respuesta fácil. "Me gustaría que el proceso fuera más eficaz, pero tienen que aplicarse las mismas normas. No un sistema de recopilación masiva de amplio alcance que se lo chupa todo casi indiscriminadamente".

"Pero si así fuera", insistió Harding, "sabríamos de los delitos antes de que ocurrieran. Podríamos prevenirlos".

"Quizá", admitió Graham con cautela. "Pero imagínate esto. Dos amigos hablan por teléfono. Entablan una discusión sobre lo bueno que sería tener un poco más de dinero. Uno de ellos menciona que la tienda de la esquina tiene poca seguridad, y el otro hace un comentario sarcástico diciendo que el dueño lleva años cobrando de más."

"De acuerdo", dijo Harding, siguiéndolo atentamente.

"Si la conversación se detiene en ese punto, y no roban en el local, ¿han cometido un delito por el mero hecho de hablar de ello?".

"No tal como está redactada la ley actualmente", tuvo que admitir Harding.

"Pero nos hemos propuesto escucharles de todos modos", dijo Graham, golpeando la mesa con un dedo índice rígido. "Actuamos como si estuvieran cometiendo un delito, por si acaso".

Harding no estaba del todo de acuerdo con él. "Pero si robaban en la tienda, tendríamos pruebas que los señalarían y podríamos detenerlos".

"¿Por mantener una conversación?" preguntó Graham, incrédulo. "Imagina que la tienda no tuviera circuito cerrado de televisión y que nadie de allí fuera capaz de identificar a los ladrones. No tendríamos pruebas para detenerlos, sólo una conversación telefónica obtenida ilegalmente".

"Sí, pero al menos la tendríamos", replicó Harding.

"Entonces", quiso aclarar el DI, "en tu universo perfecto, oír por casualidad a dos personas hablando de cometer un delito bastaría para detenerlas por haberlo cometido".

Harding se resistía a arriesgarse a la desaprobación de su jefe, y estaba en terreno incierto. "No lo sé, señor. Pero desde luego sería más eficaz".

"¿Más eficaz que qué?"

"Todos los interrogatorios, las pruebas forenses y demás", respondió ella.

Graham se dio cuenta de que habían llegado a su punto principal, y lo hizo con la certeza de muchos años de reflexión y experiencia. "Todo eso es la definición misma del trabajo policial, sargento. Averiguamos lo que ocurrió realmente, no lo que estaba previsto que ocurriera.

"Entrevistamos a testigos como los Joubert y la gente que trabaja en el castillo, para hacernos una idea de los sospechosos. Investigamos la escena del crimen para ver qué puede decirnos. Investigamos los hechos, como que George tenía su propia casa y que Marie se alojó en otro lugar antes de la boda. Todo eso lleva tiempo y esfuerzo, y es un auténtico coñazo, no me importa admitirlo", dijo. "Pero es auténtico, y no invade la intimidad de nadie".

"¿Pero qué pasa si no consigues una condena porque no se te permite recopilar cosas como datos telefónicos?". dijo Harding.

"Entonces no lo hacemos", dijo Graham. "Tan sencillo como eso. Vamos a atrapar a quien asesinó a George, si eso es realmente lo que ocurrió, utilizando los mismos métodos de deducción y el mismo examen de pruebas que han servido a los investigadores desde el principio. Pero si la condena no puede obtenerse por medios justos, eso no significa que debamos permitirnos los sucios".

Fue el turno de Harding de mostrarse incrédulo. "¡Pero entonces, el asesino podría salirse con la suya!".

Graham tomó aliento y prefirió sonreír antes que seguir por el camino de la ira, un viaje que se había permitido hacer con demasiada frecuencia, a pesar de que nunca le había gustado adónde conducía. "La gente se ha librado de los delitos desde que nuestros antepasados establecieron los principios del bien y el mal. Ningún sistema judicial puede atrapar a todos los delincuentes, ni debe intentarlo. Una buena parte de lo que hacemos, para bien o para mal, es disuasión".

Harding asentía ahora. "Simplemente siendo investigadores destacados y profesionales, demostramos a los posibles delincuentes del mundo que si un día deciden ser lo bastante idiotas como para cometer un delito, estaremos encima de ellos y no descansaremos hasta que hayamos encontrado lo que necesitamos para conseguir una condena. En el proceso, demostramos que actuamos utilizando sólo métodos de detección justos y auténticos".

Harding reflexionó sobre esto. Siempre que se sentaba con el DI Graham, sobre todo cuando estaba terminando una gran tetera, descubría que aprendía algo, a menudo algo muy significativo que podía cambiar su visión del mundo o hacer estallar un mito largamente arraigado. Era como tener... buscó la palabra... un gurú.

"Aunque me pregunto -advirtió- si, en este caso concreto, alguien pensó que podría salirse con la suya. Que nunca lo descubriríamos".

El recordatorio de su investigación en curso no fue bienvenido, pero sí oportuno. "Desde luego, sargento Harding, desde luego. Me pregunto. Vamos a averiguarlo, ¿vale?". Se pusieron de pie juntos.

"¿Sabes?", dijo Graham. "Creo que me apetece otra charla con la familia Joubert. Una charla más larga. Una conversación individual con cada uno de ellos, quizá".

"Buena idea, jefe", convino Harding.

"Porque, y ya lo he señalado antes, como recordarás, algo jodidamente curioso está pasando con este caso".

"De acuerdo, señor", dijo Harding, siguiéndole.

"Y la gente no salta a la muerte sin motivo. Y no resbalan y caen desde una pasarela que tiene una almena medieval de medio metro de grosor a lo largo de todo su borde".

"Desde luego que no, señor".

"Y seguro que no los empujan a la muerte sin que alguien tenga una muy buena razón. En sus mentes, al menos. A menos que el castillo tuviera fantasmas. Y yo no creo en fantasmas. ¿Y usted, sargento Harding?

Janice se encontró en un péndulo emocional, oscilando entre un renovado entusiasmo por resolver el caso y un creciente respeto -sí, una admiración- por la extraordinaria mente de aquel hombre, su jefe. Cuando estaba en plena forma, era sencillamente imparable, y resultaba estimulante observarlo.

"¿Fantasmas? No, señor. No, señor".

"Bien. Volvamos a la posada de la Casa Blanca. Esta vez daré yo el pistoletazo de salida, si no le importa, sargento. Me apetece ser yo quien hable".

CAPÍTULO 22



Para alivio de todo el cuarteto, el viaje hasta la siguiente cámara no fue ni mucho menos tan incómodo y doloroso como Leo había temido. La estabilidad de la "escalera" era la clave. Conquistando su aprensión a ascender una vez más por la pila de escombros, Leo encontró la forma de arrastrarse por el hueco de la parte superior de la pared, donde Marina y Harry lo recibieron y se aseguraron de que no sufriera más lesiones.

"Buen hombre", dijo Harry. "Siento haberte hecho pasar por todo eso, pero creo que me lo agradecerás dentro de un momento".

La sala medía unos seis metros de ancho por seis de largo, más grande que el lugar de donde venían, y estaba bien iluminada, para variar. Apiladas contra las cuatro paredes había grandes cajas de madera, cada una marcada con las mismas tres letras: "E.E.R.".

"¿Están relacionados con la reina Isabel? preguntó Marina.

"Difícilmente. Esa letra es de lo más alemán que hay", respondió Leo. "Exactamente la escritura teutónica estereotipada".

"Jesús, Harry", dijo Emily, bajando de la última caja y llegando al suelo con un pequeño salto. "Esto podría ser un botín de armas secretas, veneno o algo así...".

"No", dijo Harry. "Desde luego, no es venenoso. Ni peligroso". Hizo una pausa, disfrutando del momento. "A menos, claro, que estemos a finales de los años treinta y te preocupe su posible influencia en la cultura alemana".

"¿Eh?" respondió Emily, pero luego se volvió para ver la caja abierta. Harry había desenterrado su contenido, había retirado el material de embalaje en forma de cortina y había expuesto tres cuadros sin enmarcar apoyándolos contra la caja en la que habían permanecido ocultos durante al menos setenta años.

Marina lo dijo. "¿Qué?", empezó lentamente, "¿qué diablos...?".

"Franz Lipp", les dijo Leo con orgullo. "Austriaco, nacido hacia 1890, si no me falla la memoria". Con el brazo bueno, apartó a los demás de su luz y echó un vistazo más de cerca. "Oh, sí", sonrió Leo. "Es él, seguro. Mira estas pinceladas. La seguridad de un artista en la flor de la vida. Y los colores", señaló, "vibrantes, pero serenos".

Sin que los años lo atenuaran, el cuadro era una composición de franjas arqueadas y en bucle, moradas y verdes, que invocaban quizá una escena pastoral, con el torbellino de una tormenta pasajera al fondo. "Era judío, pero antes de que Hitler se hiciera con el poder en 1933, las obras de Lipp entraron en algunas de las mejores colecciones de Europa. Incluida -añadió significativamente- la de la familia Rosenberg".

Se hizo el silencio mientras los demás se esforzaban por comprender. "Leo", dijo Emily, paralizada por el cuadro. "¿Qué está pasando aquí exactamente?"

continuó Leo, lleno de energía ahora. "Probablemente estos otros dos también sean suyos. Aunque éste -dijo señalando el lienzo más pequeño- podría ser de un alumno. O podría ser una obra anterior de Lipp. Mira cómo es un poco más pedante, más obvio; aquí hay un puerto, y aquí un barco... Mientras que en sus últimas obras, su estilo se volvió mucho más fluido y amorfo".

"'Arte degenerado'", exhaló Marina. "El tipo de pinturas que eran inaceptables en el Tercer Reich. Los modernistas, los cubistas, los surrealistas... ¿Te imaginas que Picasso fuera ilegal?".

Emily se quedó atónita. "Tienes que estar de broma". Miró alrededor de la espartana cámara. "¿Aquí? Precisamente aquí".

Harry se encogió de hombros. "¿Por qué no? Los alemanes sabían que los ataques aéreos o los bombardeos navales sólo pondrían en peligro a la asediada población de Jersey. Los británicos no se molestarían en invadir, así que aquí estaban tan seguros como en sus casas".

Con la mente trabajando a toda velocidad, Marina dijo: "Espera, ¿nunca defendimos la isla contra los alemanes? ¿Simplemente dejamos a la gente aquí bajo la ocupación nazi?".

Harry había leído sobre las islas antes de salir de Londres y tenía una respuesta preparada. "No se pudo hacer. Los alemanes estaban bien atrincherados y habría sido un trabajo espantoso echarlos. Además -añadió-, la importancia estratégica de las islas era limitada. Los alemanes ocuparon Jersey prácticamente sin obstáculos. Así que éste era un lugar tan seguro como cualquier otro para guardar obras de arte prohibidas".

"¿Pero por qué?" dijo Emily.

"Quizá", continuó Leo, "para venderlas después de la guerra, o cambiarlas por obras más deseables, como hacían tan a menudo".

"¿Deseables?" preguntó Emily, observando más de cerca los cuadros. "Son increíbles".

"Para nosotros, claro", dijo Leo. "Pero para un nazi, simbolizaban el desmoronamiento de las formas artísticas tradicionales y todo lo que estaba mal en la sociedad del siglo XX, por no mencionar el hecho de que el artista era judío. Me sorprende un poco, y me alivia mucho, que no fueran simplemente quemados, junto con tantos otros."

"Sorprendente", entonó Harry. Entonces se dio cuenta del alcance potencial de su hallazgo. "Dime, ¿crees que todas estas cajas están llenas de arte confiscado?".

Emily sonrió a su pesar. Aunque solía ser la líder más sensata, ahora estaba tan inmersa en el momento como los demás. "No lo sé", dijo. "Pero yo digo que lo averigüemos".

CAPÍTULO 23



Antoine y Mathilde Joubert se sintieron asombrados y no poco molestos al mantener su tercera conversación del día con miembros de la policía de Gorey. La cortés petición de Graham de que les dedicaran unos instantes de su tiempo llevaba un tono de urgencia extra, como si previera alguna bravuconada francesa que le llevaría mucho tiempo y con la que no estaba dispuesto a lidiar.

"Mais..." empezó Mathilde, "¿todavía no sabes lo que ha pasado?".

Graham permaneció de pie mientras los Joubert se sentaban uno al lado del otro en la cama. Harding cogió la silla de escritorio de la habitación y se sentó frente a ellos. "Tenemos varias teorías y sospechosos -le dijo Graham, observando atentamente a la mujer para juzgar su reacción-, pero aún no estamos -ni mucho menos- en condiciones de llegar a una conclusión o efectuar una detención." Hizo una pausa bastante dramática en su estiramiento de la verdad, y su paso se interrumpió. "O detenciones".

A Antoine no le importó. "Creo, Inspecteur, que ya le hemos dicho todo lo que sabemos".

Graham sacó su cuaderno. Harding sabía que aquello era o el preludio de una pregunta incisiva o el registro preciso de más detalles. En este caso, era lo primero. "¿De verdad te pareció prudente -preguntó Graham-, al describir tu relación con el difunto George Ross, omitir que tu familia poseía una pequeña granja que colindaba directamente con la de los padres de George en el momento de su muerte?".

Antoine pareció desconcertado por un momento. ¿"Granja"?

intervino Harding con el nombre del pueblo.

"Bueno, sí", dijo Antoine, rígido, "pero no vimos por qué eso era importante".

Graham parpadeó. "¿De verdad, señor? ¿No lo visteis?"

Antoine estaba ahora a la defensiva. Resueltamente superior, no era alguien acostumbrado a ser interrogado o acusado de errores. "¿Qué tiene esto que ver con la muerte de Jorge?", preguntó.

"Sí", convino Mathilde. "¿Qué? Podemos tener una granja en cualquier parte".

Cerró el cuaderno. "No es importante que tuvierais una granja, madame Joubert. Lo que sí me interesa es que estabas a unos cientos de metros cuando murieron los padres de Jorge. Y omitiste decirlo".

Mathilde emitió un curioso sonido de tut. "Muy desafortunado", dijo con tristeza.

"Un terrible accidente", convino Antoine.

Graham se volvió hacia Harding, que reconoció que era su momento. "¿Podrías describirnos

los acontecimientos de aquel día, por favor?", preguntó.

Hubo otro encogimiento de hombros galo, esta vez por parte de Mathilde. A Graham le resultaban intensamente irritantes. ¿Qué significan esos gestos? Hay una buena dosis de "vete a la mierda" en cada uno de ellos.

"Hace tanto tiempo", se quejó Mathilde.

"Y sin embargo", dijo Harding, haciendo lo posible por preguntar lo que su jefa podría en esta situación, "debió de ser una de las tardes más difíciles y angustiosas de tu vida. Consolaste a un niño y a su hermana que acababan de descubrir los cadáveres de sus padres tras su repentina y violenta muerte."

"Terrible", dijo Antoine.

"Los niños habían salido a jugar. George llegó gritando a nuestra granja", informó Mathilde. "Estaba cubierto de sangre. Fue 'orrible". Hubo una larga pausa, y Mathilde sólo continuó cuando se dio cuenta de que Harding la esperaba. "Era tan joven, estaba tan asustado. Su hermana seguía con los padres, conmocionada.

Graham recordó que los dos jóvenes tenían trece y once años. Una experiencia verdaderamente espantosa para cualquiera, pero doblemente espantosa para niños tan pequeños.

"Fuimos a la granja y... Bueno, nadie podía hacer nada. La escopeta estaba tirada en el suelo junto al padre. Como si se le hubiera caído después de disparar por última vez".

"¿Y qué hizo?"

Antoine tomó el relevo. "Tuvimos que mantener a los niños ocupados y alejados de su granja. Se bañaron en nuestra casa y llamamos a la policía. Era evidente lo que había pasado".

"No eres, a menos que me equivoque, forense", se oyó decir Graham. "Tampoco eres un profesional médico. ¿Cómo es posible que hayas dictaminado tan definitivamente en un asunto tan complejo?", exigió.

Afrentado, Antoine se puso en pie. "Tampoco soy idiota, señor. El hombre disparó a su mujer y luego a sí mismo. Un niño podría haberlo sabido". Antoine volvió a sentarse. "La policía llegó a la misma conclusión".

"No es así como yo lo entiendo según me lo contó uno de los agentes encargados de la investigación".

"¿Qué?" carraspeó Mathilde.

"A los niños les dijeron que la muerte de sus padres había sido un accidente", continuó Graham.

"¿Qué les dirías a dos niños pequeños?" protestó Antoine. "¿Que su padre se había vuelto loco y había asesinado a su madre antes de pegarse un tiro? ¿Qué clase de monstruo diría eso? ¿Qué recuerdos y trastornos mentales les dejaría eso?". Ahora tenía los puños cerrados. "Se nota que no eres padre".

Graham lo dejó pasar. Sabía muy bien que un truco habitual de quienes tenían cosas que ocultar consistía en enfadar deliberadamente al investigador y distraerlo de su propósito. Era un viejo truco, y Graham no iba a caer en él. "¿Cómo lo explicas?" preguntó Graham. "Una pareja feliz, una familia cariñosa. ¿Por qué iba a hacer el padre de Jorge algo tan terrible?".

Mathilde apretó las manos. "Monsieur, no somos ajenos a las enfermedades de la mente, como sabes. Nuestras dos hijas tienen sus dificultades, y ambas han expresado el deseo, en distintos momentos y por diferentes motivos, de poner fin a sus vidas. Sabemos cómo puede ser la mente. La vida no es fácil. Las partes más oscuras de nosotros mismos no siempre pueden explicarse". A Harding le sorprendió este momento de inesperada elocuencia por parte de Madame Joubert que, hasta ese momento, había permanecido relativamente callada y estoica.

"C'est vrai", asintió su marido.

Graham se encontró en un callejón sin salida. Deseaba profundizar más en la tragedia de la granja, pero si seguía presionando, los Joubert exigirían casi con toda seguridad que se les proporcionara representación legal, algo que Graham deseaba evitar. En lugar de eso, intentó ganar algo de tiempo.

"Señor, señora... Esta investigación es compleja y está en curso. Hoy ha sido un día muy difícil para todos nosotros. Necesitaremos seguir hablando contigo, así que te rogamos que te quedes al menos un día más. También volveremos a hablar con Juliette, Eleanor y, en la medida de lo posible, con Marie".

"¿Podemos visitarla?" preguntó Mathilde con ansiedad. "¿Está... cómo se dice... encerrada?".

Harding respondió a esta pregunta. "No está detenida, pero su médico cree que es necesario internarla por su propia seguridad. Permanecerá unos días en un centro de la costa sur de la isla. Podrás visitarla allí, ¿quizá mañana por la tarde?". Harding miró a Graham, que asintió.

"Muy bien", dijo Antoine. "Un día difícil, sí. Muy difícil".

Graham hizo ademán de estrechar las manos de los dos Joubert y luego hizo salir a Harding, siguiéndola hasta el vestíbulo y cerrando la puerta tras ellos. Se llevó el dedo a los labios y bajó con ella al vestíbulo de la posada, donde hablaron en voz baja junto a uno de los enormes helechos en maceta con los que la señora Taylor había decidido decorar el lugar.

"¿Y bien?", preguntó él como si Harding pudiera haber deducido todas las respuestas por sí misma.

"Huele mal", respondió ella. "No me creo ni por un segundo la historia del asesinato-suicidio. Creo que Mathilde y Antoine saben más de lo que dicen sobre la muerte de los padres de George".

"Una observación astuta, sargento Harding. Así que organizamos una escucha y vemos si llaman a un abogado, o a alguien en Francia, y se autoinculpan, ¿no?".

Harding le miró fijamente. "¿Eh?"

"Es broma, sargento. Vamos, tenemos trabajo policial que hacer".

CAPÍTULO 24



Los descubrimientos artísticos, impactantes y asombrosos a partes iguales, habían revitalizado por completo a Leo, que gesticulaba con el brazo bueno y les describía minuciosamente cada obra de arte. Sólo dos le eran totalmente desconocidas, sin que ni el cuadro en sí ni el estilo artístico le dieran pistas. Marina pensó que era sorprendente que un hombre con un brazo roto pudiera formar una frase coherente o mantenerse erguido, pero así era.

"Tenemos que suponer -dijo- que se destruyeron cuerpos enteros de obra sin catalogarlos". Y añadió sombríamente: "Legados enteros perdidos".

"Pero se han salvado muchas cosas", comentó Harry, cogiendo una obra sin enmarcar que había sacado de su caja. "¿Qué es esto, por ejemplo?".

Leo lo reconoció enseguida. "Eso -anunció alegremente- es el retrato de madame Margareta Knelling".

Se hizo el silencio. "¿Quién?" dijeron Harry y Emily a la vez.

"Era la esposa de algún que otro industrial. No la conocerías si no fuera porque su retrato lo pintó George DuMarais, uno de los artistas belgas con más talento en lo que se refiere a representaciones de la forma humana."

"Es una pena, entonces", dijo Emily, "que la señora Knelling parezca una extraterrestre". El retrato no era un tratamiento amable de lo que era un sujeto viejo y frágil.

Leo explicó que DuMarais era conocido por exagerar enormemente los rasgos de sus modelos, casi a la manera de un caricaturista. "Tomó lo que ella traía consigo -arrugas, sequedad, edad extrema, ese aire altivo que tiene- y lo convirtió en los rasgos del cuadro".

"Quizá la señora Knelling odiaba el cuadro", sugirió Harry, "y se lo regaló a los nazis".

"Lo dudo", replicó Leo. "Ya entonces valía una fortuna. Ahora valdría quizá seis o siete millones de dólares en una subasta. ¿Me das un poco de agua? Tengo una sed insoportable".

"Tienes que tomártelo con calma", le aconsejó Emily. "Te has hecho una herida grave. No me gustaría pensar que la empeoraras y acabaras sin poder jugar durante más tiempo".

"Sí, sí", le dijo Leo. "Pero ésta es una oportunidad única en la vida".

"Ahora todos estos cuadros verán la luz del día", replicó Emily. "Hemos conseguido algo extraordinario aquí abajo".

"Sí, claro", dijo Marina. Se había quedado callada mientras hablaban de los cuadros. "De nada nos servirán si morimos aplastadas aquí abajo".

"Pronto oscurecerá fuera", dijo Harry. "Si nos están buscando, puede que lo suspendan".

"Muy bien, equipo", dijo Emily alegremente, dando una palmada. "Seguimos en un aprieto y

necesitamos una salida. ¿Alguien tiene alguna sugerencia?"

Ya habían registrado a fondo la habitación y la habían encontrado completamente sin puertas ni puntos de acceso a ningún otro lugar. Estaban sellados desde todos los ángulos. Más allá de gritar pidiendo ayuda, intentar excavar a través de la mezcolanza rocosa del túnel de entrada, o simplemente sentarse y esperar a ser rescatados, se les habían acabado las ideas.

El túnel era una zona potencialmente catastrófica. Unas rocas irregulares sostenían el resto de la estructura. Un movimiento en falso y el resto del túnel podría derrumbarse, atrapándolos aún más. O peor aún, matarlos a todos.

"No puedo creer que nadie se diera cuenta de que parte del sótano se derrumbó", se quejó Marina. "El ruido debió de ser otro". Estaba cada vez más agitada.

"Parece que no", dijo Leo cáusticamente. "O estamos demasiado profundos o demasiado lejos de la civilización".

"¿Y de quién es la culpa?", preguntó Harry a continuación.

Emily lo calmó con una mano suave. "No importa. Estamos aquí y vamos a enfrentarnos a la realidad".

"Sí, hagámoslo", espetó Marina. "Sentémonos aquí y pensemos en lo maravilloso que es que estemos rodeados de arte de valor incalculable, enterrados bajo un castillo sin que nadie intente encontrarnos".

"Tranquila, cariño", Emily la rodeó con un brazo, pero Marina se encogió de hombros enfadada.

"Me calmaré -gruñó Marina- cuando tengamos un plan para salir de aquí. Cuando tengamos agua suficiente para más de una hora. Cuando no me muera de hambre, Leo pueda curarse bien el brazo y tenga la seguridad de que todo esto no se nos va a caer encima".

"Vamos a tener que ser pacientes", le dijo Harry. "Incluso sería mejor que nos durmiéramos un rato. Ya sabes, para ahorrar energía y pasar el tiempo".

"¿Dormir?" chilló Marina. "¿Cómo puedes pensar en dormir en un momento así?". Se paseó por la cámara como un animal enjaulado. "Ni siquiera saben que estamos aquí abajo. No hay forma de que nos traigan comida ni agua. No podemos llamarles porque no hay maldita señal. Y lo único que puedes hacer es hablar de pinturas antiguas que a nadie le han importado en años de burro".

Leo le habló en voz baja. "Todo es cierto. Y gritar sobre ello no cambiará las cosas".

"¡Pero no tenemos ningún plan! ¡Estamos aquí sentados esperando a que alguien nos rescate! Esperando y esperando... ¡Tenemos que hacer algo!" protestó Marina.

"¿Por qué no intentas descansar un poco?". Emily volvió a intentarlo. Esta vez consiguió rodear con un brazo tranquilizador los hombros temblorosos de Marina. "Respira hondo, amiga. Nos pondremos bien. Ya lo verás". Luego dijo a los demás: "Estoy con Harry. Vamos a ver si podemos dormir un poco".

En la oscuridad y la tranquilidad, sólo quedaba encontrar un lugar cómodo. Juntaron cajas, material de embalaje y jerseys para hacer unos catres rudimentarios. En unos instantes, la mitad del cuarteto estaba profundamente dormida, roncando ruidosamente, mientras que la otra mitad se preguntaba si volverían a ver la luz del día.

CAPÍTULO 25



Ya era bien entrada la noche cuando Graham tuvo un momento para pensar en lo extraño que resultaba que sus entrevistas tuvieran lugar a pocos metros de su propia habitación. La Sra. Taylor se había asegurado de darle una de sus suites más grandes y recientemente renovadas. Tenía unas vistas magníficas de la bahía y del Canal de la Mancha. Ahora, observó, estaba justo encima de la habitación a cuya puerta llamaba por segunda vez aquel día. "Esperemos que sea una reunión más productiva que nuestra última visita", susurró a Harding cuando oyeron acercarse unos pasos.

Juliette parecía mucho más despierta. Tenía el pelo cepillado y había abierto las ventanas. La habitación seguía oliendo fatal, pero la niebla azul del humo de los cigarrillos se había disipado. Graham se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que la señora Taylor convirtiera todo el hotel en un lugar para no fumadores.

"¿Otra vez?" fue lo primero que dijo Juliette.

"Me temo que sí", respondió Graham. "¿Podemos pasar?" Otra vez aquel encogimiento de hombros galo. Respiró hondo y acercó la misma silla de antes. Harding, siguiéndole, encontró el tercer asiento de la sala, y empezaron.

"Empiezo a pensar -dijo Graham a Juliette, aliviado de que la mujer mirara el paquete de cigarrillos que tenía en el alféizar de la ventana pero no lo cogiera- que, para comprender lo que le ocurrió a George anoche y esta mañana, también tendré que llegar al fondo de los acontecimientos ocurridos en la granja de Francia hace tantos años."

"¿Te refieres al accidente con sus padres?", preguntó ella. Juliette estaba considerablemente más brillante que antes.

"Cada vez es más evidente que vuestras dos familias están interconectadas de un modo muy especial", dijo Graham con delicadeza.

"¿Te parece extraño?" dijo Juliette, echando un vistazo a los cigarrillos, pero de nuevo sin coger ninguno. "¿Que un hombre se case con una mujer, se divorcie y luego se case con su hermana?

Graham miró a Harding. Su nueva norma consistía en que, al recibir una señal de ese tipo, Harding debía formular la siguiente pregunta. Aquello suponía un papel mucho más amplio para la sargento, y ella estaba dispuesta a aprovechar al máximo la oportunidad. "No estamos aquí para juzgar las elecciones matrimoniales de nadie", dijo Harding. "No se infringió ninguna ley. Pero quedan algunas preguntas serias sobre la muerte de los padres de George".

Juliette echó mano a los cigarrillos. Maldita sea. Encendió uno rápidamente con un gesto

fluido y bien practicado y luego emitió una fina columna de humo como si fuera una tubería industrial agujereada. "Mató a su mujer", dijo con una clara falta de compasión. "Luego se suicidó. ¿No?"

"Quizá", dijo Graham.

"¡Todo el mundo lo sabe!" se quejó Juliette. "Eran infelices, o estaban endeudados, o tenían algún problema en su relación. Los dos niños los encontraron muertos, y les ayudamos a superarlo".

Harding decidió ir a por todas. "¿Qué tipo de relación tenías con el joven George? Acababa de perder a sus padres. ¿Cómo le guiaste en un momento tan difícil? No podías ser mucho mayor que él". Tres años, juzgó Harding, no más que eso.

Otra nube de humo gris azulado llenó la habitación. "Es -anunció Juliette solemnemente- un mundo de hombres". Dejó que este aforismo críptico flotara en el aire con olor a tabaco quemado. "Los hombres lo dirigen todo. Mira a mi padre, y luego a mi madre. ¿Quién dirige nuestra familia?" Ninguno de los dos policías habló. Tenía la sensación de que algo significativo estaba en camino, y Graham no quería detener este nuevo flujo de información, por muy característicamente cínico que fuera.

"Mi madre, oh, puede parecer fuerte, pero todo es una actuación", continuó Juliette. "Ella es un ratoncito, y mi padre es un león fuerte y majestuoso. Al principio no tenían nada. Él trabajaba y ella limpiaba. Al final, les ocurrió, pero tardó mucho. ¿Crees -preguntó- que yo quería ser como ella? ¿Que me pasaría treinta años esperando a que mi marido ganara dinero, consiguiera algo, me mantuviera a mí y a sus hijos?".

Harding descubrió la palabra mágica. "¿Quieres decir... que tenías un ojo puesto en la herencia de George? ¿Incluso a esa edad?"

Graham la fulminó con la mirada, preocupada por haber hablado fuera de lugar y arriesgarse a enemistarse con alguien que, aunque testaruda y decididamente extraña, estaba bien situada para ser de gran ayuda.

Pero Harding continuó. "Su familia poseía tierras y propiedades en Inglaterra y Francia. Tenían éxito. Todo lo que tenían los padres habría ido a parar a George y a su hermana".

Graham se quedó estupefacto. Había captado la idea de Harding. Tienes que estar de broma, pensó en medio de una neblina de confusión. "Era un niño... Apenas un adolescente. Y acababa de perder a sus padres de la forma más trágica", dijo.

"Pero vio una oportunidad", añadió Harding. Dirigió su declaración a Juliette. Era un resumen de las maquinaciones diabólicas de las que parecía más que capaz.

"Era una salida", confesó Juliette. "Era guapo, un buen chico. Tendría que esperar unos años, pero no demasiados. Tuve paciencia. Ya éramos amigos. Sólo era cuestión de elegir el momento adecuado para ser algo más que amigos".

El inspector David Graham había tratado con traficantes de drogas, maltratadores domésticos, defraudadores fiscales y hombres de negocios corruptos, pero la estrategia de Juliette era impresionante por su descarada, despreocupada y obsesiva concentración en su propio bienestar a expensas de otro. George y sus sentimientos existían únicamente para ser manipulados en beneficio de Juliette.

Graham y Harding intercambiaron otra mirada. "Eso es bastante..." empezó Harding, pero se detuvo.

"Calculador", aportó Graham. El calificativo parecía demasiado débil para expresar adecuadamente el alcance del narcisismo de Juliette.

"Sí", dijo Harding. "Exacto. Calculadora. Pero le dejaste. ¿Qué pasó con tu plan maestro?

Seguramente habrías esperado a que le reventaran los zuecos, o... se los hiciera saltar". Harding miró atentamente a la otra mujer, evaluándola.

"Calculé mal", les espetó Juliette. "George no disponía de dinero en efectivo, y no era ambicioso. Se negaba a vender sus propiedades. Decía que eran inversiones y que tenían valor sentimental". El desdén goteaba de ella.

"¿Su hija saldrá ganando con la muerte de su padre?".

La expresión de Juliette se iluminó fugazmente, pero enseguida volvió a convertirse en una máscara de desinterés. "No lo sé. Tal vez".

Todos se quedaron callados un momento, sumidos en sus pensamientos.

"Entonces, ¿sabes lo que le pasó?" dijo Juliette, interrumpiendo el silencio y apagando el cigarrillo. "Porque si no lo sabes, entonces sólo estás jugando a ser policía", dijo en tono de prueba. "Sólo fingiendo".

En un repentino arrebato de ira, Graham se preguntó, sólo durante un cuarto de segundo, si podía detener a alguien simplemente por fumar durante un interrogatorio policial. Se moría de ganas de ponerle unas esposas a aquella mujer sarcástica y horrible y arrastrarla hasta la comisaría. Pero no podía, y su falta de respuesta a su perniciosa maldad le carcomía.

"Gracias por su tiempo", dijo en su lugar. Se levantó e instó a Harding a que hiciera lo mismo. En respuesta, Juliette se volvió para mirar por la ventana. No los vio marcharse.

Una vez más, Graham acompañó a Harding rápidamente por el pasillo antes de que ninguno de los dos dijera nada que Juliette u otros huéspedes pudieran oír. En el vestíbulo, se detuvo y paseó brevemente para ordenar sus pensamientos. O quizá dejando que su temperamento se enfriara un poco.

"Vaya", le dijo Harding, "vaya pieza".

"Preparar a una adolescente afligida para el matrimonio", resumió Graham. "Todo para que ella pudiera conseguir una parte de la herencia de sus padres muertos". Volvió a sorprenderse ante el comportamiento aparentemente diabólico, egoísta y codicioso de los miembros de su propia especie.

"Pero no infringió ninguna ley, que yo sepa", argumentó Harding. "Al menos, no la ley inglesa".

"Sería alentador pensar", replicó Graham, "que en algún lugar de algún viejo y grueso libro de estatutos francés pueda haber un edicto draconiano que prometa un castigo letal por ser una completa diablesa".

Harding condujo a su jefe a la parte más tranquila del vestíbulo. "No dejes que te moleste, señor".

"No sé, sargento", respiró Graham. "Estos casos... con familias que se odian, que conspiran unas contra otras... Me afectan. Lo siento", dijo sinceramente.

"¿Quieres dar un paseo?"

Graham estaba a punto de aceptar, seguro de que el aire marino del atardecer le sentaría bien, sobre todo después de la contaminación de la habitación de Juliette, pero un par de figuras le llamaron la atención. Se movían rápidamente por el vestíbulo. De hecho, se escabullían por él. Su evidente deseo de sigilo era obvio para Graham, cuyo radar para ese tipo de comportamiento era infalible.

"Monsieur y Madame Joubert", dijo Graham en voz alta, como si anunciara su llegada a todo el hotel, en lugar de su salida apresurada y furtiva. "¡Qué sorpresa! Imagino que iréis a cenar a Gorey".

Los dos se detuvieron en seco, pero no se volvieron para mirar a Graham. En el mostrador de

recepción, la señora Taylor se materializó y miró fijamente a la pareja en retirada y luego al inspector Graham. Su expresión comunicaba claramente el mensaje: por favor, no montéis una escena.

"Pero, de hecho, parece que no", dijo el inspector, respondiendo a su propia pregunta con inocultable fruición. "Parece que te vas de Jersey". Ninguno de los Joubert había soltado las maletas que arrastraban tras de sí. "Y haciéndolo en contra de las estrictas instrucciones de la Policía de Gorey", terminó Graham.

Mathilde se volvió por fin y fulminó a Graham con la mirada. "¿Y cuál es el problema? ¿Por qué no podemos ir y venir a nuestro antojo? Somos ciudadanos franceses, bajo la protección de la Unión Europea...".

"No podéis volver a Francia porque -dijo Graham, en el mismo tono anunciador- sois personas de interés en una investigación sobre una muerte sospechosa. Nos estáis ayudando en nuestra investigación".

Se hizo un silencio absoluto en el vestíbulo. La gente dejó de charlar, las bebidas de primera hora de la tarde se bajaron con un suave ping o un suave clunk, la comida se detuvo a medio masticar. "Y como tal, el único lugar al que eres libre de regresar es tu habitación. Dejad vuestro equipaje y el sargento Harding y yo os acompañaremos".

Mathilde lanzó a Graham una mirada que podía matar. "¿Dónde, exactamente?", preguntó desafiante. Antoine había guardado silencio, se dio cuenta Harding, profundamente avergonzado por haber sido pillado clara y tan públicamente intentando huir de la ciudad.

Graham dio cinco pasos hacia la pareja, con la mirada fija en ellos. "A donde empezó todo esto. A donde", dijo Graham, con los puños cerrados, "encontraré algunas respuestas".

CAPÍTULO 26



Exactamente a sesenta y cuatro metros horizontales de los músicos dormidos, pero críticamente, a dieciocho metros por encima de ellos, el agente Barnwell tenía problemas para ponerse al teléfono con su jefe.

"Está trabajando en ese misterioso caso de muerte, ¿no?". le recordó Roach a su colega mayor. "Que es un poco más importante que éste, supongo. Hasta ahora sólo estábamos nosotros dos, revolviendo el castillo como un par de imbéciles. Una maldita pérdida de tiempo".

Barnwell se echó a reír. "¿Has cambiado de opinión? ¿Qué ha sido de nuestro 'sagrado deber de encontrar a los desaparecidos'? ¿De 'traer a casa a los perdidos'?"

"Estoy cansado", confesó Roach, "me duelen los pies y lo único que quiero es comida para llevar del Bangkok Palace y una pinta fría".

Barnwell hizo todo menos lamerse los labios. "Estoy contigo. A ver qué dice el jefe cuando le pregunte si podemos suspender la búsqueda por esta noche". No parecía especialmente esperanzado, pensó Roach.

Treinta segundos después, ya tenían la respuesta.

"¡No, maldita sea, no podéis!" gruñó Graham al teléfono. "Estás en una búsqueda, y a menos que hayan cambiado la definición de tales cosas mientras yo he estado luchando con recalcitrantes testigos franceses, las búsquedas continúan hasta que se resuelvan".

"De acuerdo, señor". Barnwell dudó en terminar la llamada.

"¿Necesitas algo por escrito, Barnwell?". ladró Graham. "¿Por triplicado? ¿Atestiguado por un notario?"

"No, señor".

"Espléndido. Entonces ponte a ello y sigue hasta que los encuentres".

"De acuerdo, señor". Poco más podía decir.

"Cambio y corto", dijo el DI.

Barnwell volvió a guardar el teléfono en el bolsillo de la chaqueta y soltó un chorro de improperios especialmente largo y contundente.

"Vaya, Bazza", dijo Roach, dando un paso atrás para admirar el colorido y extravagante uso del lenguaje de su colega. "Ni siquiera sabía que conocías esa palabra".

"Conozco algunas más que ésa", le advirtió Barnwell. "Vale, nada de pad Thai ni de cerveza fría hasta que hayamos terminado con esto. Y si alguna vez hubo un incentivo para encontrar a cuatro gilipollas desaparecidos..."

"¿Por dónde empezamos?" preguntó Roach. Era la cuarta vez que se veían obligados a

replantearse la búsqueda.

Barnwell suspiró pesadamente. "Vale, pues primero vamos a ver si ese amiguito duende sigue por aquí y le pedimos que llame a todos los cafés y bares de la zona para ver si están en alguno de ellos. Estaría muy bien que así fuera y estuviéramos dando vueltas por aquí buscándolos como un par de jetas".

"¿Te refieres al Sr. Jeffries, el director de eventos?" dijo Roach. No se cansaba de hacer pasar un mal rato a Barnwell por su aparente incapacidad para recordar nombres.

"Sí. Pongámosle al teléfono. Luego barreremos el lugar de arriba abajo. Otra vez".

A estas alturas, Roach estaba tan resentido con la misión como Barnwell. La ausencia de progreso alguno le había puesto de un humor sombrío y sin inspiración. Ansiaba tener la oportunidad de hacer un verdadero trabajo policial, el tipo de trabajo de investigación y resolución de misterios para el que, al parecer, estaban preparando a Harding. ¿Qué tenía ella en su casillero que le faltara a él? Nunca se le ocurrió que se debiera a su mayor habilidad y experiencia.

Llamaron a las puertas, empezando por la parte superior del castillo, donde se encontraban las habitaciones más caras. La mayoría de los huéspedes se habían marchado, liberados de la investigación sobre el misterioso fallecimiento de George Ross, y sólo quedaban ocupadas un puñado de las amplias y confortables habitaciones. Nadie había visto a un cuarteto de músicos; ni siquiera la inolvidable y vívida caracterización que Barnwell hizo de la bella Marina consiguió suscitar respuestas positivas. La segunda planta, casi igual de vacía, era un territorio igualmente estéril; parecía que los cuatro se habían desvanecido en la piedra.

Encontraron a Jeffries y lo pusieron a trabajar en su despacho. Estaba muy cansado y agotado, pero ocultaba su agotamiento bajo una fina capa de cooperación. "Sólo quiero ser útil", murmuró, con las arrugas oscuras bajo los ojos, testimonio no sólo de un estresante día de tragedia y confusión, sino también de la agotadora tarea de organizar la gran boda que había tenido lugar inmediatamente antes. Llamó al primer lugar de su lista y recibió una respuesta negativa; Roach y Barnwell lo dejaron solo y se dirigieron al sótano por quinta vez aquel día.

"Incluso con las luces encendidas", admitió Barnwell, "este lugar me da escalofríos".

"¿Tienes miedo a los fantasmas?" preguntó Roach, y emitió un largo y espeluznante graznido que resonó por los pasillos del sótano.

"Claro que no, idiota", replicó Barnwell, con una pizca de auténtica frustración. No le gustaba que el joven le riñera, sobre todo en aquellas miserables circunstancias. Aparte de ser un agente de policía con menos experiencia, Roach, nacido y criado en una isla, no podía afirmar que hubiera vivido nada ni remotamente parecido a la dura y a menudo aterradora educación a la que se había enfrentado Barnwell, londinense hasta la médula. Roach seguía siendo un niño, con las orejas mojadas.

"Pero sé lo que quieres decir", admitió Roach. "Aquí ocurrieron cosas muy terribles. Encarcelamientos prolongados. Torturas". Ambos habían leído la señalización -varias veces, de hecho, durante sus repetidas búsquedas- y estaban impresionados por la profundidad de la historia del castillo. Eran muy conscientes de lo desagradable que era la vida aquí abajo para quienes habían tenido la mala suerte de ser encarcelados siglos atrás.

"Tienes que estar agradecido -observó Barnwell, iluminando con su linterna todos los rincones oscuros- por los avances en el sistema judicial".

"¿Quieres decir -replicó Roach- que ya no colgamos a la gente y le quemamos las uñas de los pies porque no nos dan una confesión enseguida?".

"Sí, así. Seguro que así se hacía el trabajo".

"Reducir el papeleo, imagino".

Roach se dirigió a un pasadizo, uno que sabía que era un callejón sin salida, sólo para asegurarse, y cuando volvió a la intersección, se dio cuenta de que Barnwell se estaba limpiando la boca con el dorso de la mano. Mientras caminaban juntos por el siguiente pasadizo, el hombre mayor intentó, sin conseguirlo, reprimir un eructo.

Roach se detuvo. Barnwell avanzó tres pasos, pero luego también se detuvo. Ninguno de los dos dijo nada, pero entonces Roach extendió la mano, con la palma hacia arriba, el rostro severo e inflexible.

"¿Qué? preguntó Barnwell.

"Sabes muy bien qué", le dijo Roach. "Dámelo".

"No es nada".

Roach avanzó hacia él y Barnwell retrocedió un paso. "Vale, tranquilízate", cedió. Del bolsillo interior de la chaqueta, Barnwell sacó una pequeña petaca de plata. La miró durante un largo instante, casi como si estuviera pensando en verter el contenido del recipiente en su garganta en lugar de entregársela, pero luego se la dio tímidamente a Roach.

"Por Dios, amigo", dijo Roach.

"Es que..." empezó Barnwell.

Pero Roach no estaba enfadado. "Tú no...", empezó, mirando innecesariamente a su alrededor para asegurarse de que estaban solos, "No tienes que explicarme nada".

"Pero lo hago, amigo. Es... ya sabes, este trabajo. Me aburro mucho y me deprimo. Como si todo fuera inútil. No siento que vaya a ninguna parte".

Roach señaló un par de sillas en un rincón cerca de una esquina del pasillo. Estaban colocadas allí para los docentes que vigilaban el castillo durante la temporada turística. "¿Quieres sentarte un momento? Necesito despejarme antes de que empiecen una rebelión".

Los dos hombres se sentaron y Barnwell se tomó un largo momento para componer lo que pensaba decir. Se sentía avergonzado; ambos hombres sabían que la bebida de Barnwell tenía un largo historial, pero que en los últimos meses le había ido mucho mejor.

"Creía que con el nuevo jefe y todo eso", decía Roach, "estabas sintiendo, ya sabes, una sensación de avance y todo eso".

Barnwell negó con la cabeza. "Sólo me duró unas semanas. Después de aquel asesinato en el White House Inn, pensé: 'Bien hecho, amigo, has ayudado a resolver un asesinato'. Me sentí como un policía de verdad".

"Eres un policía de verdad, colega. Sólo has perdido un poco el norte".

"Sin duda".

"Y los malditos recados estúpidos como éste -dijo Roach, haciendo un gesto desdeñoso con la mano hacia el gran castillo que se alzaba a su alrededor- no ayudan. Probablemente esos cuatro estén en la taberna, como dijiste".

Encorvado, Barnwell guardó silencio un momento. "Sabes", empezó, "sólo elegí Jersey porque supuse que nunca pasaría nada".

Miró a Roach, que había elegido quedarse en Gorey, donde se había criado, porque era pequeño, el lugar ideal para mostrar su talento y conseguir algún que otro ascenso rápido. También era cierto que, para Roach, Jersey era cómodo y familiar, no muy lejos.

Barnwell se removió en el asiento: "Y ahora estoy aquí, después de... demonios, ¿son realmente siete años? Ahora que estoy aquí, quiero hacer algo más".

"¿Como qué?" preguntó Roach. Tenía los zapatos en el suelo, debajo de la silla, y se masajeaba las suelas doloridas.

"Convertirme en detective. Pasar tiempo con Graham y Tomlinson, examinar algunos cadáveres, aprender los trucos del oficio. Dirige una investigación".

"Lo harás, algún día", dijo Roach.

Barnwell se encogió de hombros y soltó un bufido burlón. "Estás chiflado. El jefe nos hará perseguir a ladrones de bicicletas y a algún que otro evasor de impuestos, detener a gente por no tener la licencia de navegación adecuada o discutir con el casero por el aumento anual del alquiler. Aquí nunca pasa nada", se quejó Barnwell.

"No estoy de acuerdo", dijo Roach, poniéndose de nuevo los zapatos. "Dos muertes misteriosas en las últimas semanas. Franceses locos y novias chifladas. Yo los llamaría sucesos. De acuerdo que no es exactamente CSI Miami, y sé que no estamos a la vanguardia de esto, pero..."

"No, estamos otra vez en el maldito sótano", gruñó Barnwell.

Roach se puso en pie. "De acuerdo, te propongo un trato. Un barrido más por estos pasadizos encantados. Informaremos al DI Graham de que hemos registrado a fondo el lugar y estamos a punto de volvernos ineficaces como agentes de la ley debido a la falta de sueño y sustento. Recomendaremos que traigan la artillería pesada".

"¿Eh?"

"Ya sabes, equipos de búsqueda de calor, bomberos, rescate terrestre y marítimo, si es necesario. Eso sí que sería un acontecimiento".

Levantándose lentamente, Barnwell sonrió y asintió a su amigo. "De acuerdo". Se enderezó el uniforme. "Sólo una vez más".

CAPÍTULO 27



A la luz del día, las almenas del castillo de Gorey ofrecían unas vistas de Jersey y el Canal de la Mancha inalcanzables desde cualquier otro lugar. Su posición, en lo alto de la única prominencia importante de esta parte de la isla, era la definición misma de "imponente". Una gran fuerza armada habría tardado semanas en capturar con éxito el lugar. Pero ahora, en la oscuridad de una noche despejada, Graham contemplaba las centelleantes luces de Gorey y los barcos del puerto y se recordaba a sí mismo que no estaban aquí para disfrutar de las vistas o entregarse a reflexiones históricas.

Los grandes y potentes focos que salpicaban el castillo añadían dramatismo e iluminación a la escena. Graham recogió sus pensamientos mientras paseaba durante varios minutos mientras los actores de esta particular obra de teatro se reunían a instancias del sargento Harding.

Reunirlos a todos e insistir en que la acompañaran a la escena del crimen había llevado su tiempo, lo que supuso otro punto de confusión para Harding en este día extraordinario. Casi daba la sensación, mientras conducía en masa a los Joubert, Juliette y Eleanor Ross por la escalera de caracol y los estrechos pasadizos hasta las almenas, de que no querían que se resolviera el enigma de la muerte de Jorge. O tal vez uno o varios de ellos sabían perfectamente que había un asesino entre ellos y luchaban por mantenerlo en secreto.

Fuera cual fuera la verdad, sabía que el inspector Graham llegaría al fondo del asunto. O al menos eso esperaba. Este caso, que sólo llevaba doce horas en marcha pero era implacable e intenso, ya le estaba pasando factura y añoraba los tiempos comparativamente tranquilos que habían disfrutado antes de la inoportuna caída de George Ross.

Graham regresó, con un aspecto sorprendentemente enérgico mientras paseaba rápidamente por la antigua piedra. "Buenas noches a todos, y gracias por venir".

Harding admiró su seguridad, su forma de dirigirse a un grupo de personas; no era superior, ni engreído, ni como un conferenciante o un profesor. No, el suyo era el estilo de un investigador consumado, alguien dedicado a descubrir la verdad de aquellos que preferirían que permaneciera oculta. Como ella sabía por su actuación en la terraza de la posada de la Casa Blanca seis semanas antes, era un maestro precisamente en este tipo de situaciones. Era emocionante verlo.

La respuesta al saludo de Graham fue una interpretación colectiva de aquel maldito encogimiento de hombros galo. "¿Esto es estrictamente legal? preguntó Juliette.

"Hicimos una petición y vosotros accedisteis amablemente", le dijo Graham. "Ninguno de vosotros está detenido". No pudo resistirse a añadir: "Todavía".

Antoine y Mathilde Joubert permanecían estoicamente de pie, mientras Juliette se apoyaba

despreocupadamente en una cadera, con los brazos cruzados en torno a la cintura. Eleanor Ross iba en la retaguardia. Se dirigió al frente para ver qué pasaba y se asomó brevemente por encima de las almenas. "Vaya", gimió con náuseas. Tras una pausa, se encogió ligeramente. "Pobre Jorge".

"Con un poco de suerte -le dijo Graham-, no estaremos aquí mucho tiempo. Me pareció que sería instructivo situarnos en el lugar real desde el que creemos que cayó George y reunir lo que sabemos sobre su muerte."

"¿Saber?" se burló Antoine. "El hombre se tiró. Eso es lo que sabemos".

Harding respondió a este comentario, sonando más a libro de texto de lo que le hubiera gustado, pero respondiendo correctamente de todos modos. "No tenemos ninguna prueba que apoye esa teoría y, por lo tanto, no podemos proceder sobre esa base". Graham asintió ante este pulcro resumen.

"Entonces, ¿dónde está Marie?" quiso saber Antoine. "Si nos exigen que estemos aquí, seguro que también la has traído del hospital para que esté con nosotros".

A Graham le había resultado difícil hacerlo, pero la situación exigía exactamente eso. Marie era tan sospechosa como cualquiera de ellos, quizá más. Con una situación familiar tan compleja y nebulosa como la de los Joubert, necesitaba que todos estuvieran presentes, aunque eso significara exigir que la paciente y el servicial Dr. Bélanger la acompañaran hasta las almenas.

"Llegará enseguida", respondió Graham con sinceridad. Bélanger le había llamado momentos antes, asegurándole que Marie estaba, en palabras del médico, "lo bastante tranquila en estos momentos" para participar en esta etapa -esperemos que final- de la investigación.

"Entonces, ¿qué hacemos?" preguntó Mathilde, con las palmas de las manos extendidas. "¿Una pantomima estúpida? ¿Una representación de algo que ninguno de nosotros vio?".

Graham se dirigió a ella con mirada firme. "Establecemos los hechos del asunto", declaró. "Empezando por tu ubicación en el momento de la... en el momento de la muerte de George", dijo, intentando evitar llamarlo algo que realmente podría no haber sido.

"Estaba dormida", le dijo Eleanor.

"Nosotros también", añadieron los Joubert.

"Y yo", añadió Juliette. "Demasiado cansada y borracha para ser otra cosa".

Harding empezó a tomar notas en su tableta, mientras Graham hacía lo mismo, utilizando su tradicional bloc de notas y lápiz. "¿Y a qué hora salisteis todos de la boda?", preguntó.

"A medianoche", dijo Eleanor. "No pasaba gran cosa, y yo estaba cansada".

"A las once o así", dijo Antoine. "Nos fuimos juntos".

Graham se volvió hacia Juliette. "¿Y usted, señorita Paquet?".

Juliette frunció los labios. "No puedo decirlo con seguridad. Tomé mucho champán. Creo que bailé un rato. ¿Tal vez a las dos?"

Harding tomó nota y enseguida se dio cuenta de que aquel detalle le traía recuerdos. Movió la pantalla unas cuantas veces y encontró en sus notas la referencia que buscaba. Sam, el guardia de seguridad nocturno del castillo, les había hablado de una bailarina solitaria y borracha. ¿Había sido esta misma mañana? Le parecía que había pasado un mes, quizá más. Mostró la nota a Graham, que asintió.

"Así que", conjeturó Graham, "quizá fuiste la última en marcharte".

"Supongo que sí", dijo Juliette. Los demás tenían la clara impresión de que estaba demasiado borracha para saber dónde había estado, por no hablar de lo tarde que era. "Pero a las tres o así ya estaba dormida".

Una voz lejana resonó en los pasadizos abovedados que conducían a las almenas. "Mon Dieu,

éste es el lugar donde..."

"¿Marie?", dijeron cuatro personas a la vez.

CAPÍTULO 28



Emily y Marina estaban sentadas en el rincón más alejado del extraño almacén, apoyadas en una gran caja que permanecía sin abrir. Antes, la mayoría del cuarteto había intentado abrir todos los contenedores, pero Emily había puesto fin a su "alboroto con la palanca", como lo había llamado Harry. La caja contra la que se apoyaban se había librado de la violencia astilladora de las demás.

Emily y Marina habían dormitado un poco, pero ya estaban despiertas. Se habían alejado unos metros para no molestar a Harry y Leo, que dormían más profundamente. Unos suaves ronquidos resonaban en la cámara.

"¿Y si hubiera algún tipo de relación entre el arte -se preguntaba Marina en voz alta, distrayéndose para evitar que se repitiera su anterior ataque de pánico- y los cuartetos de cuerda de la época?".

"¿Hmm? preguntó Emily.

"Ya sabes, interpretar cuartetos de compositores judíos que se vieron obligados a huir del Reich. O quizá cosas de la Segunda Escuela de Viena". La desafiante música de los tres grandes del serialismo -un concepto en el que las doce notas de la octava tenían el mismo peso y se liberaban de las convenciones de las tonalidades mayores y menores- no formaba parte del repertorio habitual del cuarteto, pero la idea llamó la atención de Emily.

"Me gusta la Suite Lírica de Berg", confesó. "Aunque se ha grabado hasta la saciedad".

"Claro, pero nunca con la ventaja", señaló Marina, "de estar asociada a un montón de obras de arte recientemente descubiertas". Descubiertas", añadió levantando el dedo, "por el propio cuarteto".

Emily dejó volar su imaginación por un momento. "¿Qué tal un libro de sobremesa sobre el arte con un CD de acompañamiento de obras relevantes?".

"Me encanta", se entusiasmó Marina. "Podríamos llamarlo 'Exposición' o cualquier otra cosa bonita y moderna".

"Genial", convino Emily. Se movió un poco. El material de embalaje que habían montado era razonablemente cómodo, pero seguía entumeciéndose. "Algunos no lo harían, pero a mí me gusta cómo estás convirtiendo esto en una oportunidad comercial desde el principio. Nos vendría bien un descanso".

"¡Vale!" respondió Marina alegremente. "Esto podría ser enorme para nosotros. Y eso antes de hablar de los honorarios del buscador y todo eso".

Emily había pensado en ello, pero lo había dejado de lado.

"Pase lo que pase -replicó Emily-, debería ser equitativo entre los cuatro. Leo fue

fundamental. Abrió aquella puerta y más tarde identificó el arte. Yo ni siquiera sabía quién era Franz Lipp, por no hablar de su historia y su estilo artístico. Pero fuimos nosotros los que seguimos a Leo y le ayudamos a superar ese montón".

"También somos los que estamos atrapados aquí abajo preguntándonos si saldremos vivos alguna vez", refunfuñó Marina antes de recordar su anterior resolución. "Estoy deseando hablarle al mundo de este lugar. Va a ser... Bueno, no tengo ni idea de cómo va a ser -añadió más alegre.

"Yo tampoco", dijo Emily. "Como nada que hayamos experimentado antes".

Marina se quedó pensativa. Emily supuso que se imaginaba un futuro brillante en el que no tendría que buscarse la vida para conseguir trabajos y estudiantes, sino que se imaginaba el lujo de elegir los proyectos en los que se involucraría. Se alegraba de dejarla soñar y de acompañarla en sus ensoñaciones. No valía la pena pensar en la alternativa, atrapada en la humedad y la oscuridad. Entonces Marina dijo: "¿Crees que alguna de nosotras debería ir a ver a Leo?".

Emily volvió a moverse. Estaba perdiendo la sensibilidad en un pie. "Harry está allí con él. Creo que estará bien". Hizo una pausa: "¿Cómo te llevas con Harry últimamente, Marina?". La aventura entre Harry y Marina había dificultado las cosas para todos durante un tiempo.

"Estamos bien", contestó Marina. "¿No te parece? No estamos afectando al grupo, ¿verdad?".

"No, supongo que no", murmuró Emily. Se sentaron en silencio, pero algo en Emily no lo dejaba pasar. "Pero en realidad sí que lo estáis haciendo", reanudó, mucho más tranquila.

"¿Cómo? No lo creo".

"Pero... es que..." empezó Emily. "Ya sabes, he tenido... ya sabes...".

"¿Sentimientos por él? ¿Harry?"

Emily se encogió, pero aceptó la verdad. "Sí. Desde hace años. Casi desde el principio".

Marina se lo pensó mejor. "Por favor, no me digas que por eso nunca te has casado", replicó. "Que le estabas esperando".

Emily se sonrojó profundamente en la oscuridad.

"Por Dios, Emily, si estás enamorada de Harry, ¿por qué no se lo dices sin más?". Marina lo dijo demasiado alto. El eco hizo resonar su pregunta por toda la sala.

Haciendo una mueca y esperando como nunca que tanto Leo como Harry estuvieran realmente dormidos, Emily dejó que el eco se extinguiera y luego dijo, en voz mucho más baja: "Porque sé que no es a mí a quien quiere".

Marina suspiró. "Él y yo fuimos por ese camino. No funcionó".

"Sí que lo hicisteis, y no, no funcionó. Pero sé que Harry daría cualquier cosa por estar contigo. Sólo fue una cuestión de tiempo".

"No seas tonta".

"¡Es verdad! Es..."

"Tal vez", llegó una voz, "a Harry le gustaría decidir por sí mismo lo que quiere".

Oh, diablos.

"Lo siento mucho, Harry...". Emily empezó a disculparse. "No debías oír eso".

"Lo he oído", dijo, levantándose con dificultad del suelo. Estaba de pie a tres metros, con los brazos cruzados. "Lo he oído todo, y quiero que las dos sepáis algo".

Ninguna de las dos mujeres sabía qué decir. "¿Qué? Marina lo intentó.

"Estoy enamorado de Emily desde que tenía diecinueve años", admitió Harry por primera vez. "Eso nunca ha cambiado".

El silencio fue total.

"¿Pero sabes por qué nunca te lo he dicho? ¿Por qué ni siquiera te he pedido salir, en todos estos años?".

Tropezando con las palabras, Emily dijo: "No lo sé, Harry. No tenía ni idea..."

"Porque ya estabas enamorada", dijo Harry. "Y tan completamente, tan públicamente. Ni siquiera había esperanza para mí".

Ella lo miró fijamente. "¿Qué quieres decir? Nunca he...".

"Schubert", dijo él, y luego tachó los nombres con los dedos. "Y Beethoven, Mozart y Haydn. Los idolatras. En tu vida apenas hay sitio para un gato, ni para tus alumnos, y mucho menos para un violonchelista grande y barbudo como yo. Habría estado compitiendo con una sala llena de genios muertos".

"Pero", empezó Emily y luego se detuvo. No había forma de refutarle. Vivía y respiraba música, sobre todo los cuartetos de cuerda clásicos, hasta el punto de que apenas pensaba en otra cosa. Era el signo de una profesional entregada, diría ella. Pero también era el signo de una obsesiva, una música tan enamorada de sus héroes que las buenas perspectivas románticas y todo el resto de su vida iban y venían sin que se diera cuenta. Quizá también fuera una forma de distraerse de lo que quería, o de quién quería, pero creía que no podía tener.

De repente, Emily parecía frágil, insegura y dolorosamente tímida. No era una faceta suya que ninguno de ellos hubiera visto antes. Vaciló, momentáneamente sin palabras. "No lo sabía. No es justo que me lo hayas ocultado todo este tiempo".

"¿Qué habrías hecho si no lo hubiera hecho?". preguntó Harry, aún de pie, con los brazos cruzados.

Emily lo consideró durante un breve instante, pero era una decisión que había tomado años atrás. "Habría dicho que sí, idiota. Habría dicho que sí sin pensármelo".

Marina suspiró. "Por el amor de Dios".

Una voz débil pero jocosa llegó del otro lado de la habitación. "Ya era hora", dijo Leo.

"Ya basta", reprendió Emily. Harry estaba ahora a su lado, rodeándola con un brazo mientras se sentaban juntos sobre la pila de viejas cortinas y sábanas nazis.

Marina se hizo de rogar. "Creo que abriré una caja para celebrar la ocasión".

"¡Buena idea!" gritó Leo. "Avísame de lo que encuentres".

Marina se acercó a él y vio que estaba pálido, pero consciente y aparentemente de buen humor. "¿Cómo estás, campeón?"

"Oh, sólo tomando el sol en la luz reflexiva y beatífica del nuevo romance de otra persona", dijo. "Tengo que decir que estoy un poco celoso, pero ha tardado mucho en llegar".

"¿Celoso de quién?" preguntó Marina, preguntándose si se vislumbraba en el horizonte alguna nueva admisión de un deseo secreto y largamente ocultado.

"De cualquiera que pueda mantener una relación", admitió Leo. "Soy un maldito inútil en ese aspecto".

"Pero no se me da nada mal", dijo Marina, "cuando se trata de identificar arte robado".

"Claro", rió él. "Y qué baluarte tan estupendo contra la soledad en mi vejez va a ser eso".

Marina iluminó la habitación con su teléfono, buscando una caja adecuadamente grande para abrirla, pero ignorando escrupulosamente el rincón donde Harry y Emily estaban ahora solos en la oscuridad. Que tengan suerte.

Marina resopló y apartó el pensamiento mientras se preparaba. Cogió la palanca que habían encontrado y la sopesó en las manos, seleccionó su caja, una grande con texto nazi en el lateral. "Vale", dijo a la sala. "Cubridme. Voy a entrar".

CAPÍTULO 29



La viuda amorosa llegó del brazo del Dr. Bélanger, pero no fue un gesto romántico. Él tenía que asegurarse tanto de que ella recorriera con seguridad la escalera de caracol como de que no saliera disparada.

"Aquí es donde... se cayó", repetía Marie una y otra vez. "George..." Tenía una mirada soñadora y lejana, pero estaba lo bastante comprometida, juzgaron tanto Bélanger como Graham, como para implicarse en aquel crucial ejercicio de investigación.

"Cayó, sí", dijo Antoine, cogiendo el brazo de Marie de Bélanger y señalando hacia el borde de las almenas. "Por esta brecha, quizá".

Harding dio un paso al frente, retiró el brazo de Antoine con un apretón deliberado y firme, y dedicó a la afligida Marie una cálida sonrisa. "¿Cómo estás, amor?" Marie y ella hablaron unos instantes, mientras Graham se llevaba a Antoine a un lado para darle una severa charla.

"No servirá de nada -le dijo- meterle ideas en la cabeza a Marie. Me interesan los hechos y sólo los hechos".

"Es mi hija", protestó Antoine. "Puedo hablar con ella como me plazca".

"No cuando todos sois parte de lo que posiblemente sea una investigación por asesinato", siseó Graham. "Deberíamos estar realizando nuestros interrogatorios en la comisaría, pero, si recuerdas, la última vez que Marie estuvo allí se alteró tanto que tuvimos que encerrarla por su propia seguridad".

Se dirigió ahora a Marie, dejando que el furioso Antoine reflexionara. "Me gustaría que nos dijeras dónde estuviste cuando terminó la cena nupcial. ¿Fuiste a tu suite nupcial, aquí en el castillo?", preguntó.

Marie pensó detenidamente, rastreando en su mente los acontecimientos del día. "Nos casamos. Cenamos con todos y hubo baile". Aparte de eso, parecía incapaz de describir nada. "Yo... no recuerdo lo que pasó después".

"¿Bebiste mucho?" preguntó Harding. Esto, como mínimo, explicaría las extrañas lagunas en sus recuerdos de lo que debería haber sido el día más memorable de su vida.

"No mucho", respondió Marie. "Dos o tres copas, en toda la noche".

"No estaba borracha", informó Antoine para que constara. "La recuerdo muy lúcida en la cena. Y bailó de maravilla".

"Sin embargo", llegó la voz del Dr. Bélanger desde el fondo del grupo, "es posible que el alcohol interactúe con su medicación de forma que la haga vulnerable a episodios de amnesia, sobre todo en condiciones de estrés."

Ahora le tocaba a la madre de Marie ponerse furiosa. Mathilde le clavó una mirada furibunda. "Entonces no deberías habérselas recetado. O deberías haberle prohibido beber".

"¿No beber?" preguntó Eleanor, incrédula. "¿En una boda?"

Esto la convirtió en el siguiente objetivo de Mathilde. "Si no era seguro, si la pondría aún peor que antes, entonces sí".

Graham la tranquilizó. "Eso no es importante ahora. Tenemos una laguna en el expediente que estamos intentando llenar. No hay indicios de que George y Marie durmieran en la suite nupcial".

Nadie respondió a esta declaración incómoda, aunque totalmente veraz.

"Hay un intervalo de unas ocho o nueve horas entre el momento en que Marie y George abandonaron la comitiva nupcial -continuó Graham- y su siguiente aparición juntos al pie de las almenas, poco después de las ocho y media de la mañana. Marie, te lo pregunto de nuevo -dijo Graham, encarándose con ella-, ¿hay algo que puedas contarnos sobre esas horas?".

Mathilde intervino de forma protectora. "Ella ya te ha dicho que no recuerda nada...".

"Le he preguntado a su hija, madame Joubert. Ten la amabilidad de dejar que hable por sí misma", dijo Graham con brusquedad.

Pero su interrogatorio fue infructuoso. Marie les miraba sin comprender. "Lo siento. Si hago memoria, recuerdo la boda, la cena y el baile. Incluso parte de la música. Pero después de eso... nada".

Antoine empezó a hablar en francés a su hija, pero Graham le detuvo. "Sólo en inglés, por favor, de parte de todos".

"Ni siquiera..." Antoine tradujo torpemente: "¿El recuerdo de vuestra primera noche juntos?".

Marie negaba con la cabeza, mirando a su alrededor como si las propias almenas pudieran hablar y reparar las fisuras de su memoria. "Nada. Simplemente no hay nada. Perdona. Sé que no es de ayuda. " Marie se volvió hacia su madre: "Tengo miedo, mamá. ¿He matado a Jorge?"

"Shh, shh, chérie, todo irá bien, mantén la calma".

Para Graham, Marie parecía tener un auténtico caso de amnesia. Pero también era cierto que alegar amnesia era una forma excelente de desviar la culpa, evitar responder a preguntas difíciles y dejar deliberadamente a la policía con enormes lagunas en su conocimiento de los hechos.

El estado mental de Marie era o bien un elaborado plan para engañarla o bien una auténtica dolencia con un impacto enormemente negativo en su vida -y en su investigación-. Por el momento, Graham decidió creerla sin más, sobre todo después de haber sido testigo de sus luchas, demasiado reales, con su estado mental en la comisaría. Pero lo cierto era que podía haber ocurrido cualquier cosa en las murallas y en las horas transcurridas entre la boda y la muerte de George.

"Vale", dijo, dando un paso atrás, tanto en sentido literal como figurado. "Pasemos a otra cosa: la historia de vuestras dos familias". Antoine se puso rígido. "Quiero hablar de la muerte de los padres de Jorge y Leonor".

"¿Otra vez?" Mathilde suspiró, pero luego captó la expresión fulminante de Eleanor. "Lo que quieras", concedió encogiéndose de nuevo de hombros.

"Llévame de vuelta a aquellos acontecimientos", les pidió Graham a todos mientras Harding pasaba a una nueva página de sus notas. "Y esta vez, contádmelo todo.

CAPÍTULO 30



Leo zumbó de excitación. "¿Y?", preguntó por cuarta vez. "¿Qué tenemos?"

"Espera, Sr. Genio del Arte, estoy desenvolviendo el... envoltorio", dijo Marina. El cuadro estaba más protegido que los demás y con un material más suave y caro. "Éste ha sido embalado con tanto cuidado", dijo. "Quizá sea el orgullo de la colección. Ah, creo que lo tengo". Siguieron diez segundos de silencio que fueron para Leo una agonía mucho mayor que su brazo roto.

"¿Y bien?", casi chilló.

"Tienes que venir aquí".

"¿En serio?", dijo, empezando a levantarse.

"Por favor, no le obligues", dijo Emily desde el rincón oscuro que había estado compartiendo con Harry. "No se encuentra bien".

"Voy para allá", dijo Leo.

"Bien. Porque... bueno... ya verás". La voz de Marina estaba teñida de asombro.

Leo se llevó el brazo dolorido al pecho, ayudado por un cabestrillo improvisado que Emily había hecho antes con su bufanda. Se acercó tambaleándose a la caja donde Marina estaba de pie frente a su hallazgo. "Bien, mi pequeño detective, ¿qué has...?". Se detuvo, se paró, miró fijamente y se quedó sin habla.

El cuadro estaba dentro de un gran marco dorado muy ornamentado. Era de un estilo totalmente distinto al de las piezas modernas que habían estado descubriendo. Era la obra de un maestro del Renacimiento. Incluso Marina, que no era experta en arte ni mucho menos, se dio cuenta de que era especialmente buena. Representaba a un hombre vestido costosamente, claramente un noble, pero con cierto aire femenino. Era como si hubiera permitido al artista pintar su interior, no simplemente la fachada que presentaba al público conservador.

El cabello del sujeto era lujosamente oscuro y ondulado. Su boca formaba un mohín. Se llevaba la mano izquierda al corazón. Había en él un innegable encanto que atravesaba los siglos. Marina lo consideraba muy atractivo, sin duda un siete o un ocho; quizá un nueve, si se cambiaba el peinado o le crecía algo de barba.

Iba a contárselo a Leo, pero entonces le vio la cara. Estaba ceniciento, como afectado por una nueva dolencia, y temblaba ligeramente mientras ella lo observaba. "Jesús, ¿Leo? ¿Te encuentras bien? ¿Necesitas sentarte?"

"Sí", confesó. "Pero no voy a hacerlo".

"¿Eh?"

Emily y Harry se acercaron. "¿Otra cosa rara en forma de remolino de un tipo del que nunca

he oído hablar?". empezó Harry. "Oh, no... Espera, esto es... Bueno, mucho más convencional".

"Es una forma de decirlo", convino Emily. "Leo, ¿qué tenemos?"

Su voz era soñadora e incierta, como si llegara de otra habitación. "No me lo creo".

"Es precioso", dijo Marina. "¿Crees que es de alguien famoso?".

Leo se volvió hacia ella. "Marina... Harry... Emily", dijo, tocando cada uno de sus brazos para asegurarse de que tenía toda su atención. "Estamos ante un milagro".

"¿Ah, sí?" dijo Harry, mirando más de cerca el retrato.

"Esto es..." Leo apenas podía pronunciar las palabras. "Creo que es el Retrato de un joven, del artista conocido como Rafael".

"Vaya", dijo Marina, atónita. "Estás de broma, ¿verdad?"

"Jesús, Leo", jadeó Emily.

"¿Cómo puede ser? Es una colección moderna", añadió Harry. "Esto no encaja...".

"No encaja, pero es real y lo hemos encontrado", dijo Leo tendiendo una mano temblorosa hacia el cuadro. "Lo hemos encontrado", volvió a decir.

Le observaron en comunión, absortos, con la obra maestra perdida de Rafael durante un largo rato antes de que Emily planteara la pregunta inevitable. "¿Cuánto crees que puede valer, Leo?".

Perdido en los detalles del rostro del joven, los accesorios de riqueza y clase bellamente decorados, la piel de marta cuidadosamente representada, Leo guardó silencio un momento. Pero al final habló. "Más de cien millones de dólares".

Luego, doblando bruscamente las rodillas y emitiendo un extraño gemido asustado, se desplomó y golpeó el suelo de piedra con un impacto nauseabundo.

CAPÍTULO 31



La tensión que invadía las almenas no podía ser menor que la del asedio más duro del castillo, allá por el siglo XIII. Graham merodeaba alrededor del grupo de cinco haciendo preguntas cada vez más escuetas, exigiendo implacablemente más detalles a cada uno de ellos. Aprovechaba cualquier pausa o error.

Harding nunca le había visto presionar así a los testigos, pero lo interpretó como una señal de que se estaba acercando a su presa. O quizá estaba llegando al límite de su paciencia. No pudo evitar preguntarse qué haría él cuando eso ocurriera.

Graham miró a Eleanor Ross. Estaba decidido a llegar al fondo del caso y estaba dispuesto a evaluar todos los ángulos. "¿Y tú?", preguntó. "¿Estabas quizá esperando una parte íntegra de la herencia que antes te viste obligada a repartir con tu hermano?".

Atónita, Eleanor tartamudeó: "¿Crees que yo maté a Jorge?".

"No careces totalmente de motivos", señaló Graham.

"¡Eso es indignante! Era el único familiar que me quedaba. Habría muerto por él".

Graham garabateaba continuamente en su cuaderno, pero sabía que había algo más que un elemento teatral en ello. Escuchaba con agudeza, absorbía y memorizaba cada palabra y cada gesto, añadiendo cada detalle a lo que ya sabía, analizando y criticando y formulando su estrategia sobre la marcha.

Los mecanismos seguros de su mente, rara vez perdidos y a menudo sorprendentes incluso para él, le daban la confianza para ser deliberadamente brusco con aquella gente. Sospechaba que, si se apoyaba en la persona adecuada de la forma adecuada, ésta se derrumbaría. Pero la reacción de Eleanor fue genuina. Al final de la velada no sería ella la esposada.

Llevaba quince minutos presionándolas con sus interrogatorios sin resultado y empezaba a dudar de su estrategia de reunirlas en aquel lugar. Esperaba que su proximidad y sus palabras provocaran una fisura, una ruptura, en sus historias o en sus relaciones, que abriera el camino y condujera a un avance que resolviera el caso. De momento, no había sido así.

Graham pasó a la escena de la muerte de los padres Ross. "La escopeta estaba tirada en el suelo junto al cuerpo del señor Ross, el mayor", confirmó Graham. "No había signos de entrada forzada. Y la granja más cercana, aparte de la tuya, estaba a más de un kilómetro y medio. ¿Es eso cierto?"

"Oui", dijo Antoine. De los reunidos, era el que más había hablado hasta el momento y el que había soportado el peso del interrogatorio de Graham.

"¿Has comprobado si hay señales de vida?" preguntó Graham.

Matilde respondió a ésta, sacudiendo la cabeza. "No debe de haber visto nunca una víctima de escopeta, monsieur. No había ninguna posibilidad de que ninguno de ellos estuviera vivo".

De hecho, Graham había visto más víctimas de escopeta de las que le correspondían, pero se lo guardaba para sí. "¿Y estás seguro -preguntó una vez más- de que fue un asesinato-suicidio?".

"¿Cuántas veces?" protestó Antoine. "Te hemos contado lo que pasó. Sabemos lo que vimos".

"Déjame probar otra cosa", sugirió Graham. "Supongamos que no fue un asesinato-suicidio. ¿Quién podría haber tenido motivos para asesinar a una pareja relativamente rica?". Miró directamente a Juliette, que no dijo nada. "Alguien que siempre tuvo un ojo puesto en el futuro. ¿Alguien que estaba decidida a alejarse de su educación provinciana y ver algo del mundo?".

Juliette escupió furiosa. "Eres repugnante".

"¿Lo soy?" preguntó Graham. "¿Tan repugnante es suponer que tu insensible actitud hacia la vida humana podría llegar hasta el asesinato?".

"No tengo nada que decir", le dijo Juliette.

"No puedes pensar..." empezó Mathilde, pero Graham la interrumpió.

"Madame Joubert, he conocido a gente que mata por las razones más triviales. Por una vieja llama o por la colocación de la valla de un jardín". Era sorprendente que el público fuera tan ingenuo como para suponer que los asesinos pertenecían a una categoría especial e inexpugnable de personas; que nacían, en lugar de crearse a sí mismos. Con los años había aprendido que cualquiera podía ser un asesino. Y a menudo lo eran por las razones más insignificantes, incluso absurdas.

"¿Y? dijo Graham a Juliette. "¿Por qué debería descartarte?"

"Estás completamente loca".

"Entonces, ninguna razón. ¿Alguna vez -preguntó Graham a continuación- tuvo motivos para discrepar o discutir con la familia Ross, monsieur Joubert?".

Antoine se pellizcaba la nariz, agotado por la tensión de aquel día insoportable. "Eran nuestros amigos, nuestros vecinos. No discutíamos".

"De hecho", añadió Mathilde, "éramos iguales. Política, religión, ya sabes". Mantenía la voz suave, casi conversacional, en su intento de calmar la creciente y agobiante tensión.

Graham la ignoró y se paseó rápidamente por las almenas. "¿Y tú, Marie?", dijo.

"Era buena amiga de Jorge y de Leonor", respondió Antoine.

"Te sugiero que dejes responder a tu hija", dijo Graham. Ésta era precisamente la clase de coyuntura que preocupaba a Harding. ¿Se desvanecería finalmente el último y tenue asidero de Marie a la cordura bajo aquel bombardeo de preguntas? No le parecía justo, pero no había otro remedio.

"Éramos amigas", recordó Marie. "Jugábamos mucho juntas, tanto en su granja como en la nuestra. A lo largo del río y en los campos". Lo recordaba como una época feliz.

Graham se detuvo. "¿Y tenías el mismo plan que tu hermana mayor, me pregunto? ¿Un juego a largo plazo, en el que heredabas el dinero y las tierras de los Ross?".

Marie lo miró fijamente. "¿Un juego?", dijo, muy confusa.

"Juliette ya confesó haber planeado su unión con Jorge desde muy joven. Y no a pesar de, sino a causa de la muerte de sus padres. ¿Inventó ese plan contigo?".

Marie temblaba ahora, su cabeza se movía de un lado a otro. "Yo no..."

Graham miró a Juliette. "Se casa con la primera hermana", dijo, representando su versión grotesca de sus vidas románticas, "y que no se preocupe si las cosas no funcionan... ¡tenemos una de repuesto!", anunció, sin dejar de mirar a Juliette pero señalando a Marie. "Toda la riqueza se

queda en la familia. Muy ordenado. Pero hay un problema. No puedes esperar a que muera de causas naturales. Así que urdís un plan. Juntos".

Llevándose las manos a la boca, Marie chilló de agonía mental.

"No puedes hablar así a mi paciente", protestó Bélanger. "Está demasiado enferma para este tipo de interrogatorio".

"Tal vez", dijo Graham, "pero por fin estoy llegando al verdadero punto de todo esto. Quizá lo que tenemos aquí -explicó a Harding- es una conspiración fraternal, bien coordinada. Primero una, luego la otra".

Por su parte, la sargento Harding no estaba nada convencida. No sólo no creía que un par de seres humanos pudieran ser tan retorcidos como para conspirar durante casi veinte años para usurpar el dinero de una familia, sino que pensaba que las dos hermanas eran demasiado frágiles como para asesinar a George para cerrar el trato.

Pero también tuvo que reconocer que la idea tenía cierta lógica. Explicaba los matrimonios gemelos. Proporcionaba un motivo y la supuesta fragilidad mental de las hermanas ayudaría a desviar las sospechas. ¿Podría ser eso?

Graham avanzó con un celo que hizo que Harding sintiera un parpadeo de preocupación. "Sugiero que los dos conspirasteis para heredar el patrimonio de George Ross y luego lo matasteis cuando considerasteis que habíais esperado lo suficiente". Su teoría iba cobrando fuerza.

Eleanor respiraba agitadamente en el fondo y empezó a gruñir en voz baja. Marie gimoteó. Juliette puso los ojos en blanco. Antoine hervía de ira inexpresada. Janice se preguntó si se trataba de un destello de brillantez o de un detective tan entusiasmado por su actuación que corría el riesgo de parecer loco. Estaba indecisa.

"¿Una conspiración? se burló Juliette. "Ya casi ni nos hablamos".

"¡La tapadera perfecta!" gritó Graham. "Las dos hermanas habéis jugado una partida larga, muy larga, casi admirable por su astucia y tenacidad. ¿Por qué no os pongo las esposas a las dos y os arrastro a mi comisaría? Dímelo".

Mathilde dio un paso adelante. "¡Basta ya! Te equivocas, Inspecteur. Absolutamente equivocado".

Graham retrocedió y la miró largamente. "Parece que tiene algo que decir, madame Joubert".

Mathilde se encogió de hombros ante la mano de Antoine que la sujetaba. "Nos destruirás a todos si no te lo digo".

"¿Decírmelo?" preguntó Graham.

Mathilde se irguió y miró al frente. "Fue un accidente, Inspecteur. En la granja. No fue el anciano monsieur Ross quien disparó el arma. Fue...", dijo, mirando a su hija, "Marie".

CAPÍTULO 32



Todos se quedaron en silencio, excepto Marie, que ahora lloraba desconsoladamente. Graham se recuperó primero. "Díganos qué ha pasado, madame Joubert".

Mathilde Joubert se apoyó en un terraplén y empezó a contar su historia. "Aquel día, ella estaba en la granja de los Ross y encontró la pistola. No sabía que estaba cargada. Era sólo una niña de diez años. Pensó que era un juego o un juguete. Mon Dieu, fue un accidente. "

"¿De verdad? Pero hubo dos disparos. ¿Por qué, si fue un accidente, habría disparado el arma una segunda vez? ¿Con un adulto ya muerto delante de ella?"

"No puedo decírtelo", dijo Mathilde. "No lo sé. Quizá el golpe o quizá se le resbaló el dedo".

Juliette se acercó a su padre. Eleanor se quedó inmóvil, paralizada.

Harding se quedó mudo, pero consiguió seguir escribiendo. Graham se frotó la cara un momento y luego dijo: "Y te pusiste creativo con la escena del crimen, asegurándote de que pareciera un asesinato-suicidio. ¿Para protegerla?"

Mathilde asintió. "Juré a Marie guardar el secreto. Me di cuenta de lo que esto le supondría a ella, a su vida, a nuestra familia. Era esencial que nadie supiera lo que había pasado y, durante años, Marie y yo guardamos el secreto. Todo el mundo creía que Monsieur Ross había disparado a su mujer y luego se había suicidado. Pensaba que el... episodio había quedado atrás".

"¿Pero?" preguntó Graham.

Mathilde se alejó ahora un paso más de su marido, quizá para disociarlo de los horrores del pasado o para asegurarse de que no pudiera moverse para acallarla. "Marie, mi pobre niña... Desde aquel terrible día, no ha vuelto a hablar de ello. Creo que ha olvidado sus recuerdos, los ha bloqueado de su mente. Para sobrellevarlo, ya sabes", Mathilde miró a Marie, con tristeza. "Con el tiempo, se enamoró de Jorge, después de que Juliette lo rechazara". Escupió estas últimas palabras, lanzando una mirada despiadada a su hija mayor. "Pero estaba cada vez más ansiosa a medida que se acercaba la boda".

Marie estaba de rodillas, rodeada por el brazo de Bélanger. El médico estaba desesperado por alejarla de aquel caos, pero sabía que tenía que presenciar su triste desenlace, fuera cual fuese.

"Empezó a tener pesadillas", informó Mathilde. "Muy malas. Aterradoras".

"Y tres noches antes de la boda, con todos los preparativos hechos y todo el mundo llegando a la isla, ocurrió algo". Mathilde continuó por encima del sonido de los sollozos de Marie en el hombro de Bélanger. "Ella estaba... cómo se dice... hablando en sueños. Sobre el accidente".

Graham ató cabos. "Con George despierto a su lado".

"Hasta entonces George creía, como todo el mundo, que su padre se había deprimido y había

decidido acabar con todo, matando a su mujer y luego suicidándose".

"George despertó a Marie y le preguntó sobre lo que había estado diciendo, exigiendo saber si había estado soñando o estaba recordando una verdad oculta durante mucho tiempo". Todos intentaron imaginarse un momento tan singularmente horrible. "Me llamó, llorando, diciendo que creía que se estaba volviendo loca. Que había dicho algo de lo que no podía retractarse".

Harding se imaginó a George, luchando por lidiar con el insoportable conocimiento de que su futura esposa había matado a sus dos padres. "¿Fuiste a su apartamento?", preguntó.

"Sí, y les oí discutir desde el otro lado de la puerta. George le gritaba... Era muy extraño por su parte. Pero estaba muy enfadado, muy confuso. No paraba de preguntar: '¿Por qué no me lo dijiste?' Oí a Marie explicar cómo había sido idea mía encubrirlo todo, para evitar el escándalo y el castigo."

"Y funcionó", señaló Harding. "Hasta ahora".

"Oui", convino Mathilde. "Jorge era un buen hombre. Con el tiempo, se calmó. Hablaron y hablaron. La perdonó. Decidieron trabajar juntos, confiar el uno en el otro. Seguir adelante con la boda. Pero me preocupaba que, como todos los hombres, fuera imperfecto y frágil. Que un día pudiera revelar a la policía el accidente de Marie".

"En cierto modo, sentí que estaban acabados, después de su confesión. Él podía destruir su vida en cualquier momento. No podía permitírselo".

"Y por eso, para proteger a tu hija y a ti misma", añadió Graham. "Le mataste".

Mathilde suspiró con tristeza. "Tuve que hacerlo".

"¿Mamá?" se lamentó Marie. "No... no..."

"¿Cómo pudiste hacerlo?" exigió Juliette. "¿Cómo? ¡Era el padre de tu nieta!".

"Después de la boda, Jorge se sintió abrumado. Ansiedad, arrepentimiento, no lo sé. Abandonó la boda y volvió a su apartamento. Marie le siguió. La noche de bodas no durmieron", dijo ella con calma. "Marie me envió un mensaje por la mañana temprano y me dijo que él estaba enfadado. A veces perdonaba, otras se enfadaba. No sabía qué iba a decir él a continuación". Marie miró casi a ciegas a su madre, que parecía no recordar nada de aquella parte de la noche.

"Habían salido a dar un paseo y estaban aquí, discutiendo", continuó Mathilde. "Salí de nuestra habitación, Antoine dormía, y vine al castillo. No sé qué pensé que haría, pero tenía que estar aquí, para asegurarme de que Marie estaba bien, de que todos estaríamos bien. Volví a oír cómo le suplicaba que le dijera toda la verdad, que le explicara por qué había matado a sus padres. Marie se limitó a repetir que había sido un accidente y que el arma se disparó sin que ella hiciera nada".

"Excepto apretar el gatillo", añadió Eleanor, con sus emociones apenas bajo control, los puños cerrados, aparentemente dispuesta a la violencia. "Dos veces".

"George dijo algo, no oí qué y Marie salió corriendo. Se asomaba por un hueco del muro del castillo".

"Las almenas", dijo Graham.

"Oui. Estaba solo, de espaldas a mí, mirando al mar. Vi mi oportunidad. Fue muy fácil. Simplemente", se volvió para mirar a Graham, "... desapareció".

Se hizo el silencio por un momento, mientras se asimilaba la asombrosa revelación. Nadie dijo una palabra. El único sonido eran las gaviotas que volaban en círculos, y sus gritos parecían un comentario estridente sobre lo que pensaban de las acciones de Mathilde.

De repente, una furiosa ráfaga de brazos y un estallido de gritos rompieron el momento. Antoine estaba bloqueando un furioso ataque con las uñas contra su esposa por parte de Eleanor, cuya velocidad hacia delante amenazaba con inclinar a Matilde sobre el borde de las almenas.

Antoine la había agarrado y le había dado un abrazo de oso antes de obligarla a tirarse al suelo.

"Sargento Harding, por favor", dijo Graham.

Harding buscó sus esposas y las sacó. Graham le hizo un gesto con la cabeza. "Madame Joubert, ¿está dispuesta a firmar una declaración confesando el asesinato de George Ross?", dijo.

"Lo estoy", dijo ella con sencillez y extendió las manos incluso cuando Juliette intentó detenerla, apartarla de los agentes. "Y estoy dispuesta", anunció en voz más alta para que todo el grupo pudiera oírla, "a ser castigada por lo que he hecho".

CAPÍTULO 33



Roach y Barnwell se encontraban, una vez más, en la sala de tortura a medio terminar con los tapices polvorientos en las paredes. A lo largo del día, Roach había reprendido tantas veces a Barnwell por decir: "Ya hemos estado aquí", que el agente de más edad había dejado de repetir las palabras. En esta ocasión, sin embargo, no pudo contenerse.

"La cuestión es", explicó Roach pacientemente, una vez más, "que los músicos siguen sin ser encontrados, y eso significa que seguimos buscando por todas partes".

"¿Incluso en habitaciones polvorientas marcadas con carteles de 'prohibido el paso'?". replicó Barnwell.

"Sobre todo allí". Roach se había puesto en contacto con el acosado y agotado Jeffries, cuya avalancha de llamadas a hoteles, restaurantes y pubs de la zona había producido un par de falsas alarmas, pero ningún cuarteto de cuerda. "No puedo evitar la sensación", dijo Roach, "de que están aquí abajo, en alguna parte".

Hubo un pequeño movimiento y los ojos de Barnwell se fijaron inmediatamente en él. "Hola, ¿qué es esto?", dijo. Una ligera brisa hizo que se moviera el borde de un tapiz que representaba una escena de batalla. Barnwell lo retiró, curioso. "Aquí hay una puerta, amigo. Sigue abierta".

Con las antorchas preparadas, la pareja atravesó el marco de la puerta e iluminó el estrecho túnel que había más allá. Estaba lleno, del suelo al techo, de mampostería caída y roca destrozada. Los dos oficiales se miraron un momento.

"Estás pensando lo mismo que yo, ¿verdad?". dijo Barnwell.

Roach tragó saliva mientras su mente luchaba con esta nueva información. "Están bajo ese lote, ¿verdad?".

"Pronto lo sabremos", dijo Barnwell, quitándose la chaqueta del uniforme y acercándose al borde del montón de rocas. Empezó a mover piedras hacia un lado con las manos. El montón parecía, a primera vista, lo bastante estable como para iniciar el proceso de moverlo y, con los músicos quizá enterrados debajo, el tiempo era esencial. O de ninguna importancia.

Roach llamó a Graham, pero la llamada fue al buzón de voz. Se volvió para ayudar a Barnwell a levantar las rocas del camino, cada uno animando al otro a moverse despacio y con cuidado. A Roach casi le daba náuseas pensar en lo que podrían revelar sus esfuerzos.

"¿Alguien puede oírme?" gritó Barnwell al montón de rocas. "Aquí la policía de Gorey. Si hay alguien ahí, que haga ruido". Ambos escucharon durante diez segundos, esperando un grito lastimero procedente de debajo de los escombros, pero no oyeron nada. "Vamos a ayudarte", gritó Barnwell a continuación.

Roach consiguió llamar a la central de emergencias local, que enseguida envió un par de dotaciones de bomberos y un equipo médico. Pero seguían sin responder ni el DI Graham ni Harding. "Sinceramente, nos molesta todo el día, y cuando hay novedades...".

"Cállate, Roachie".

Las rocas se movieron desde arriba y nuevos trozos de escombros cayeron en el hueco que habían creado, esquivando sus pies por centímetros. "Esto es jodidamente peligroso", se quejó Roach. "No estamos entrenados para esto, Bazza. Tenemos que esperar a los expertos".

"No hay tiempo", le dijo Barnwell con urgencia. Probó un nuevo enfoque, sacando rocas de un lado del túnel y utilizándolas para apuntalar el debilitado centro de la pila. "No parece que estén aquí debajo. Mira, hay un pasadizo al otro lado".

Roach se unió a él de mala gana y trabajaron juntos, con cuidado y constancia. Al poco tiempo, habían creado un delgado pasadizo alrededor de gran parte del montón de rocas.

"¿Crees que aguantará?" se preguntó Roach.

"No lo sé, pero no tenemos tiempo para perder el tiempo. Hola!" gritó Barnwell por este nuevo pasadizo. "¡Policía de Gorey!"

Hubo una pausa y luego lo oyeron. "¡Hola! Estamos aquí!" Era la voz de una mujer a cierta distancia.

¡Por fin! "¿Estás bien?" gritó Barnwell.

"Leo necesita ayuda", respondió la voz. "Está muy mal. Ahora vuelve a respirar, pero tenemos que sacarlo". Su tono era urgente, pero sin pánico.

Jesús. "La ayuda está en camino", prometió Barnwell. "Aguantad. Iremos en cuanto podamos".

Los dos alguaciles permanecieron en silencio un momento, y luego Barnwell se puso en marcha. Empezó a hacer palanca alrededor de la roca desordenada y polvorienta y entró en la cámara que había más allá.

"¿Qué haces?" gritó Roach.

"Voy a entrar", respondió Barnwell. "No puedo quedarme aquí. Necesitan ayuda".

"Pero... pero...." Roach tartamudeó, horrorizado de que su compañero estuviera dispuesto a correr semejante riesgo y aún más horrorizado de que se esperara de él que le siguiera.

"Quédate aquí. Di a los equipos de emergencia dónde estamos, ¿vale?".

Al atravesar la brecha entre las rocas, la camisa de Barnwell cambió instantáneamente de color, pasando del blanco al amarillo del desierto. Tosió y estornudó. Se oyó un chirrido. El polvo bajó flotando. Roach saltó hacia atrás. Barnwell se quedó inmóvil.

"Cuidado, amigo. Te dije que todo esto podía venirse abajo". Roach susurró: "¿Quieres volver a salir? No tienes por qué hacerlo, ¿sabes?".

Barnwell miró a Roach, aspiró el estómago y, con suavidad, pasó el montón de rocas y entró en la cámara que había más allá.

Una vez dentro, se arrastró por el amasijo de rocas hasta los rudimentarios escalones que había construido el cuarteto y los escaló hasta que pudo asomarse precariamente por la cornisa y entrar en la habitación contigua. Alumbró con su antorcha al trío exhausto y polvoriento que estaba arrodillado en el centro de la habitación, rodeando a una figura tendida en el suelo.

Colocándose la linterna entre los dientes, Barnwell, como los demás antes que él, se abrió paso haciendo palanca con cuidado por encima de la pared hasta la cámara del otro lado.

"Policía de Gorey", dijo, a punto de caerse, pero encontró un asidero en una de las cajas que había debajo. "Es todo un hallazgo, ¿verdad? Saltó al suelo. "Vale, chicos", dijo, quitándose rápidamente el polvo. "Todo va a salir bien. ¿Cómo está el chaval?"

Barnwell se agachó para prestar los primeros auxilios a Leo, sujetándole mejor el brazo y poniéndole en posición de recuperación. "¿Salimos?" preguntó Emily.

"Yo no lo haría, amor. No es seguro. El castillo lleva aquí más de ocho siglos, pero ha elegido el día de hoy para mostrar su edad. Será mejor que esperemos a que los bomberos apuntalen esa abertura antes de movernos. Acomódate y cuéntame qué ha pasado aquí. Puede que tardemos un rato".



Fuera, Roach siguió intentándolo con su jefe por radio. Tras cinco minutos frustrantes, el DI Graham por fin lo cogió. "¿Señor? Estamos en el sótano del castillo".

"¿Habéis encontrado a los músicos?" interrumpió Graham.

"Sí, señor. Quedaron atrapados al otro lado de un túnel derrumbado. El agente Barnwell está ahora con ellos y los servicios de emergencia están de camino".

"¡Buen trabajo!" dijo Graham. "Ya hemos terminado".

Harding cogió el auricular y explicó lo que había ocurrido a muchos metros por encima del punto donde se encontraba Roach. "Hay que reconocerlo", dijo una vez contada la historia.

"Lo ha vuelto a hacer", respiró Roach. Se imaginó la escena. "¿Así que reúne a todos y les golpea duro con algunas ideas, algunos aciertos, otros fallos, acercándose cuidadosamente cada vez más al objetivo hasta que alguien confiesa?".

"Se está preparando una declaración jurada y firmada mientras hablamos", le aseguró Harding. "¿Estáis bien?"

Roach lanzó una mirada a través de la abertura de la roca hacia la distancia, donde la iluminación de la antorcha de Barnwell iluminaba el túnel. Sonrió. "Sabes -dijo, erguido, a pesar de su largo y arduo día-, creo que sí".

EPÍLOGO



Mathilde Joubert fue detenida sumariamente y acusada por la sargento Janice Harding del asesinato premeditado de George Ross. El caso se convirtió en una especie de causa célebre, fascinando al público de ambos lados del Canal de la Mancha y dando cierta notoriedad a Jersey y al castillo de Orgueil en particular. En el juicio, la defensa hizo hincapié en el deseo de Mathilde de proteger a su hija, a la que se presentaba como extremadamente frágil y necesitada de una constante supervisión psiquiátrica. El jurado no carecía totalmente de simpatía, pero su decisión fue unánime tras un debate de noventa minutos. Mathilde Joubert fue condenada a doce años de prisión, castigo que recibió estoicamente. Tras su puesta en libertad, si se la considera apta para ser juzgada, será inmediatamente detenida de nuevo y entregada a la policía francesa, que ha preparado un caso contra ella por alterar la escena del crimen de la familia Ross y mentir a los investigadores.

Antoine Joubert evitó ser procesado, convenciendo a la policía de que siempre había creído la explicación de su esposa sobre la muerte de los padres Ross y que desconocía por completo su conspiración para proteger a Marie. Agotado y sometido a un intenso escrutinio mediático, Antoine liquidó su fondo de jubilación y compró una pequeña parcela de tierra en Tahití, donde vive actualmente.

Marie Joubert-Ross fue ingresada en una institución de la costa sur de Jersey conocida por sus métodos compasivos y modernos de tratamiento de las enfermedades mentales. Hizo buenos progresos y sus curadores están negociando actualmente las condiciones de su puesta en libertad. No se ha resuelto la cuestión de si los disparos de Marie contra los padres de su marido fueron accidentales o deliberados. La opinión pública está dividida al respecto. La policía francesa sigue estudiando el caso y aún no ha determinado si se le imputarán cargos.

Juliette Paquet quedó muy afectada por las revelaciones sobre la muerte de su ex marido y no ha vuelto a hablar con sus padres desde entonces. Volvió con su segundo marido a Francia, pero en pocas semanas, la tensión del caso y la preocupación de su marido por que su familia fuera,

como escribió más tarde, "una panda de chiflados", pusieron fin a su segundo matrimonio. Tras un proceso de divorcio breve pero muy amargo, Juliette decidió instalarse en el sur de Francia y ahora vive en Marsella. Su hija se fue a vivir con su tía a Inglaterra.

Eleanor Ross heredó los bienes de su hermano y adoptó a la hija de George. Tras fundar una organización benéfica que ayuda a niños en duelo, conoció a su prometido, pero aún no han fijado fecha para la boda. Se sabe que es partidaria de una ceremonia muy pequeña y cerca de casa.

Emily y Harry se casaron poco más de un año después de visitar Jersey. Juntos dirigen las operaciones comerciales del cuarteto y han conseguido varios contratos de grabación nuevos y un gran número de apariciones en los medios de comunicación, muchas de ellas relacionadas con el botín de arte que descubrieron en el castillo de Orgueil. Su grabación de la Suite Lírica de Berg saldrá a la venta en primavera.

Marina sale con un violinista que toca con la Orquesta Sinfónica de Londres. Sigue actuando regularmente con el Cuarteto Spire, además de dar clases en Londres. También acepta dar charlas sobre el descubrimiento del arte en Jersey. Sigue albergando esperanzas de riquezas derivadas del hallazgo, pero ha jurado no volver a abrir puertas marcadas con "Prohibido el paso".

Leo está semiretirado de la música debido a su lesión. Ha compilado Arte Oscuro, una obra fundamental en la que analiza la campaña nazi para librar al mundo del "arte degenerado". También describe a los artistas y las historias que hay detrás de cada uno de los cuadros encontrados en el castillo. En el libro, su contribución a la recuperación de las obras de arte y el rescate del grupo del sótano del castillo ocupan un lugar destacado. Dark Art recibió elogios internacionales, y el New York Times lo calificó de "espléndido trabajo de erudición y una de las obras de historia más importantes de nuestro tiempo".

Stephen Jeffries no acepta reservas de bodas desde hace tiempo, pero los visitantes del castillo de Orgueil están fascinados por el asesinato. Además de los actos nocturnos centrados en el caso Ross-Joubert, Jeffries también ofrece visitas guiadas a la nueva exposición "Metal en la piel", que cuenta la truculenta historia de los que fueron encarcelados y torturados en el castillo. Está solicitando otros empleos en el sector de la organización de eventos.

Lo que se conoció como "El botín artístico de Orgueil" se sacó del castillo y se conservó durante el otoño y el invierno. Muchos de los cuadros fueron reclamados por sus legítimos propietarios o vendidos por el castillo a museos. A Orgueil se le permitió tomar prestados tres paisajes de Franz

Lipp, que se exponen en los pasillos del castillo. El Retrato de un joven Rafael está siendo evaluado y restaurado antes de salir a subasta. Se espera que supere con creces los 150 millones de dólares, y un gran número de compradores potenciales han manifestado su interés. La propiedad exacta del cuadro es objeto de un intenso debate. Las aseguradoras, los propietarios y otras partes interesadas aún están negociando los aspectos financieros del hallazgo, incluido si el Cuarteto Spire recibirá o no una comisión de intermediario. Los conocedores del sector han especulado con que el 5% del valor recuperado sería una cifra razonable. Si se acordara, establecería a los cuatro músicos de por vida.

El agente **Barnwell** entró en un programa de doce pasos y ahora es voluntario de los Scouts locales. Está estudiando para los exámenes necesarios para su ascenso a sargento y ha perdido más de seis kilos mientras se entrena para una marcha benéfica por Jersey.

El agente **Roach** conoció a su nueva novia Lily mientras investigaba el caso de un cortacésped robado. Hace poco marcó dos goles para la Policía de Jersey en la final del campeonato local de fútbol sala. Sigue esperando su "gran oportunidad" investigadora.

Tras la detención de **Mathilde Joubert** y el rescate de los músicos, el inspector David Graham, la sargento Janice Harding y los agentes Roach y Barnwell cenaron tranquilamente hasta tarde en el Bangkok Palace. A la mañana siguiente, todos estaban de nuevo de servicio en la comisaría de Gorey. Siguen vigilando la Bailía de Jersey con un gran sentido del deber, orgullo y profesionalidad.



¡Gracias por leer ***El caso del Héroe Caído***! Espero que te gusten el inspector Graham y su pandilla tanto como a mí. El próximo libro de la serie del inspector David Graham continúa con un nuevo caso en el que aparecen una niña desaparecida, una muñeca rota y un escándalo que algunos preferirían olvidar. Hay verdades dolorosas que afrontar. Y algunas personas preferirían que sus secretos permanecieran enterrados... ¡Consigue ya tu ejemplar de ***El Caso de la Muñeca Rota*** en Amazon! ***El Caso de la Muñeca Rota*** es GRATIS en Kindle Unlimited.

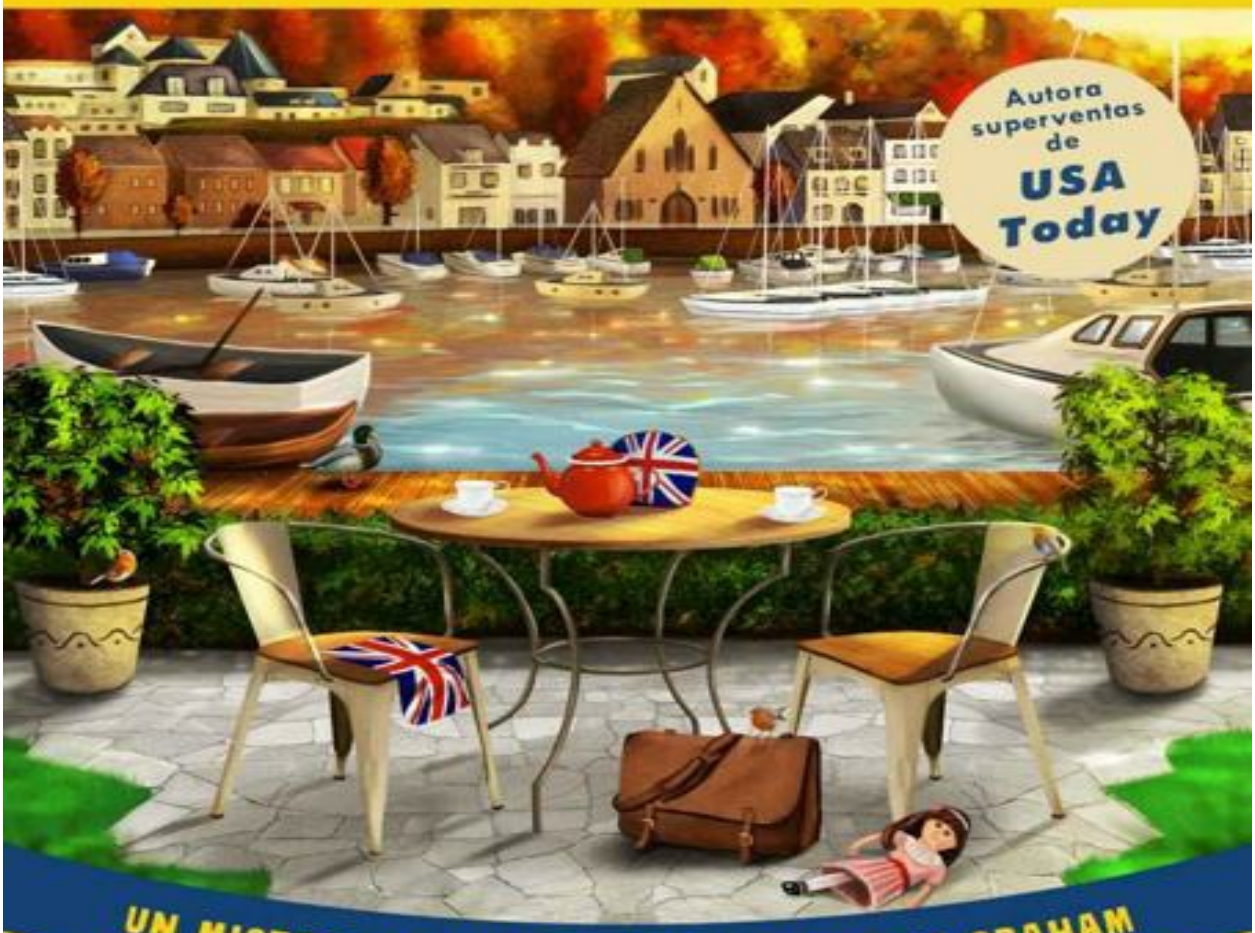
Para enterarte de nuevos libros, suscríbete a mi boletín: https://www.alisongolden.com/es.

Te agradezco enormemente que me ayudes a correr la voz sobre ***El caso del Héroe Caído***, incluso contándoselo a un amigo. Las reseñas ayudan a los lectores a encontrar libros. Por favor, deja una reseña en tu página de libros favorita.

Pasa página para ver un extracto del segundo libro de la serie del inspector Graham, ***El Caso de la Muñeca Rota***...

ALISON GOLDEN

Grace Dagnall



UN MISTERIO PARA EL INSPECTOR DAVID GRAHAM

El Caso de la **Muñeca Rota**

CAPÍTULO 1



Era sábado por la mañana, y no empezaba bien.

Graham se despertó aturdido, cansado e incómodo. En su sueño, alguien había estado golpeando repetidamente el techo de su coche de policía, ya fuera pidiendo ayuda o simplemente intentando molestarle, no sabía qué. Recordaba que intentaba abrir la puerta del conductor, pero estaba atascada o bloqueada, así que forcejeaba infructuosamente con ella mientras los golpes eran cada vez más fuertes...

"Otra vez las malditas tuberías", refunfuñó, sacudiendo su cansado cuerpo fuera de la cama. La Posada de la Casa Blanca tenía un anticuado sistema de calefacción que se esforzaba por calentar el viejo edificio, y sus tuberías golpeaban y repiqueteaban todas las noches. Al iniciar su rutina matutina, Graham recordó que el mismo sonido de golpeteo había afligido sus sueños durante las últimas noches, en última instancia -en un estado decididamente poco reparador. Se miró al espejo, frunciendo el ceño ante las líneas oscuras que tenía bajo los ojos. "Parezco mucho mayor de treinta y seis años", le dijo a su reflejo. No mostró signos de desacuerdo.

Se duchó y afeitó como hacía siempre, pero sabía que nada en absoluto le levantaría el ánimo hasta que se hubiera tomado su infusión matutina de té de alta calidad. En realidad, Graham nunca había planeado quedarse en la Posada de la Casa Blanca durante diez semanas, pero el placer diario de bajar al comedor y sentarse en su propia mesa junto a la ventana con una gran tetera de Assam o Darjeeling seguía pareciéndole maravillosamente indulgente. Cada día, uno de los camareros -Graham los conocía a todos por su nombre- le traía una humeante olla de perfección absoluta, y el día empezaba en serio. Sus ojos recuperaban un poco de brillo sólo de pensarlo.

Este sábado por la mañana era Polly, una pelirroja burbujeante. "¿Qué va a ser, detective inspector?". Por mucho que lo intentara, Graham no podía convencer al personal de que le llamaran simplemente "Sr. Graham". Incluso un informal "David" habría estado bien, dado el tiempo que llevaba allí. Pero tras el éxito en dos casos de asesinato de alto nivel y el reciente artículo de celebración sobre la Policía de Gorey en el periódico local, su título se había convertido en algo fijo.

"Hoy me apetece tomar algo de China, Polly".

"¿No te sientes así todos los días?". respondió Polly, sonriendo descaradamente y permaneciendo pacientemente de pie con su bloc de notas y su bolígrafo.

"Eso -admitió Graham- es probablemente un comentario justo. Lapsang Souchong, por favor. Y asegúrate de traer el...".

"Temporizador. Sí, inspector". Polly se apresuró a hacer el pedido y a ocuparse de la insólita petición de Graham. Graham insistía en que no tenía ningún sentido servir uno de los mejores tés del mundo si el cliente no sabía cuánto tiempo llevaba infusionándose cuando llegaba a la mesa. Su solución fue que el camarero pusiera en marcha un pequeño temporizador digital en cuanto el agua hirviendo entrara en contacto con las hojas de té. De ese modo, Graham sabía cuándo el té estaba en su punto. Algunos le habrían llamado quisquilloso. Pero en asuntos de tanta importancia, sabía que no hacía más que ser correcto.

Polly también trajo el periódico de la mañana. La portada estaba salpicada de noticias sobre las celebraciones de la Noche de Guy Fawkes, la conmemoración anual del 5 de noviembre de 1605, día en que el rey Jaime I sobrevivió a un intento de asesinato por parte de un grupo de católicos ingleses.

Dos noches antes, la ciudad había disparado el mayor espectáculo pirotécnico de su historia. Se había recaudado una suma impresionante para obras benéficas locales y, lo que era mejor, el hospital del distrito se alegraba de informar de que sólo había habido tres heridos leves, muchos menos que en años anteriores. Graham tomó nota para felicitar a su equipo por su campaña de seguridad "Quinto Seguro". Quería destacar especialmente al agente Roach, de quien había sido la idea.

En la página de "Anuncios" había los habituales nacimientos, matrimonios y defunciones -nada sospechoso-, pero era precisamente esta relativa paz y tranquilidad lo que empezaba a molestar un poco a Graham. En sus primeras semanas en Gorey había presenciado un par de asesinatos totalmente desagradables, que exigieron lo mejor de sí mismo y de la Policía de Gorey, pero en las últimas semanas sus poderes de investigación se habían centrado en asuntos más rutinarios, como coches robados, ladrones y algún que otro allanamiento. Había habido un caso espectacular de vandalismo en el instituto, pero incluso allí no se había encontrado ningún desafío. El culpable había firmado obligatoriamente con su nombre, por el amor de Dios, al pie de la pared pintarrajeada.

Revitalizado por el té, Graham se dispuso a hacer los recados del día. Estaba decidido a terminar sus compras navideñas mucho antes de la aglomeración anual que, según le habían advertido, podía hacer casi insoportables las pequeñas tiendas de Gorey. Como de costumbre, asignó un único objetivo a esta salida: un regalo adecuado para su ahora ex mujer.

"¿Qué le gusta?", le preguntó la primera dependienta con la que habló. "Ya sabes, ¿aficiones? ¿Intereses?"

La pregunta dejó perplejo a Graham. Apenas podía confesar que buscaba el tipo de regalo que podría alegrar a una mujer que apenas había sonreído en meses. "Creo que le gustaría algo un poco... diferente". Como esto no sirvió de nada, probó: "¿Quizá algo con algo de historia? ¿Con una historia detrás?". Graham se quedó con la boca abierta.

La segunda tienda no era mucho mejor y estaba aún más abarrotada. "¿Quieres decir", intentó la ayudante, "algo que utilizara un sleb?".

"¿Un qué?"

"Un sleb. Ya sabes, una celebridad, una persona famosa".

Graham volvió a intentarlo. "Algo que sea especial por dónde ha estado o para qué se ha utilizado, tanto como por lo que es".

El ayudante frunció el ceño. "No, no creo que tengamos nada así". Se marchó a atender una pregunta sobre luces de Navidad, y Graham buscó infructuosamente antes de hacer su salida.

Más adelante, Graham se topó con una tienda de antigüedades y, tras pensárselo un poco, decidió probar. "¿Qué te parece esto?", le preguntó el tendero, presentándole una pistola del siglo

XVIII muy pulida. "Perteneció a un pirata famoso", dijo con orgullo.

"¿Algo un poco más... pacífico?".

Al final, encontró lo que le pareció el regalo perfecto. Era un cuadro pequeño y bellamente detallado del puerto de Gorey, basado, según le dijeron a Graham, en un boceto encontrado en el cuaderno de un sacerdote que había vivido en Jersey unos cuatrocientos años antes. Mostraba el castillo, espléndido y dominante en lo alto de su colina, sobre un puerto atestado de barcos pesqueros, el viejo muelle y un bullicioso mercado de pescado. "Ochenta y cinco libras", dijo el tendero. "Pero para un miembro de nuestro valiente cuerpo de policía, digamos que son ochenta".

Cuando salía con el cuadro cuidadosamente envuelto en papel de estraza bajo el brazo, Graham se dio cuenta de algo que había pasado por alto al entrar. En la esquina delantera del escaparate de la tienda había una muñeca vestida con un camisón ornamentado del siglo XVIII, de pelo rubio rizado y ojos azules. Había algo en ella que llamaba la atención. ¿Quizá había pensado en una de estas muñecas para el cumpleaños de su hija un año?

No, no era eso. Reflexionó sobre la muñeca mientras regresaba a la Posada de la Casa Blanca, pasando por delante de las otras tres tiendas que había probado. Y allí, en el escaparate de una de ellas, había una muñeca casi idéntica, vestida igual, pero con el pelo negro recogido en trenzas. Estaba expuesta en un lugar igual de destacado, junto a la puerta.

Momentos después, vio otra. Ésta parecía más vieja, algo más desgastada y apenas vendible, pero estaba en el centro del escaparate. Vio dos más mirándole fijamente antes de llegar a la Posada de la Casa Blanca y, al cruzar las puertas principales, vio otro más. En el mostrador de recepción había una muñeca de piel pálida, bellamente confeccionada y con un gorro verde.

"¿Señora Taylor?", preguntó, sintiendo una gran curiosidad.

La propietaria levantó la vista de su tableta, que había estado estudiando con un ceño inusualmente fruncido. "Hola, detective inspector", dijo alegremente. "¿Has hecho las compras de Navidad?

"Efectivamente, Sra. Taylor, pero tengo que preguntar... Estas muñecas", dijo. "Las veo por todas partes. Deben de estar en la mitad de los escaparates. ¿Me estoy imaginando cosas?".

Ella apagó la tableta y suspiró ligeramente. "No, señor. Pero me sorprende que nadie te haya hablado aún de ella".

"¿De ella?

"Beth Ridley", dijo con tristeza. "Pobrecita".

A Graham le avergonzaba admitir que el nombre de la chica no significaba nada para él, pero era evidente que tenía un verdadero peso emocional para la señora Taylor. "Me temo que no...".

"Desapareció, verás. Hoy hace diez años. Sólo tenía quince años. La chica más brillante y simpática que puedas conocer. Era muy conocida en Gorey. Todo el mundo la quería. Absolutamente trágico".

"¿Qué le ocurrió?" preguntó Graham.

La señora Taylor negó con la cabeza. "Eso mismo. Iba andando al colegio una mañana y simplemente se desvaneció en el aire. Ninguna llamada telefónica, ningún avistamiento, nada".

"Pero seguro que la buscaron".

"¡Dios mío, sí!". respondió la Sra. Taylor. "Buscaron por toda la isla. Todos los bosques y las playas. Los guardacostas patrullaron mar adentro, buscándola. Pero todo fue en vano".

"Entonces, ¿qué cree la gente que le ocurrió?".

La Sra. Taylor frunció el ceño. "Bueno, no mucho después de que desapareciera, la gente empezó a hablar de ella en pasado, ya me entiende, inspector".

Él asintió, con los labios fruncidos. "¿Su familia sigue viviendo en la isla?".

"Ah, sí. ¿No has oído hablar de la señora Leach?". La propietaria de la Posada de la Casa Blanca parecía tener tiempo libre de sobra durante esta pausa prenavideña. "La pobre mujer estaba fuera de sí, por supuesto. Su único hijo, desaparecido. ¿Te lo imaginas?

Graham no tenía por qué imaginárselo, pero prefirió no compartir aquel dolor tan privado. Se limitó a asentir de nuevo.

"Así que la comunidad se unió en torno a ella. Se aseguró de que tuviera todo lo que necesitaba. Luego, algunas personas del Rotary Club, creo, crearon una fundación benéfica para ella. La gente donó dinero para que pudiera seguir buscando. Contrató detectives privados, científicos forenses, incluso envió expertos a Europa para buscarla. Nada de eso salió barato, por supuesto, y he oído que las investigaciones privadas han disminuido bastante últimamente, pero su organización benéfica es muy conocida aquí, y mucha gente da lo que puede cada mes".

"Hmm, no es raro que los padres de los niños desaparecidos continúen la búsqueda y al menos intenten mantener viva la esperanza. Incluso cuando..."

La señora Taylor dirigió a Graham una mirada que le hizo detenerse en seco. "La esperanza es eterna, inspector. Hay casos, ya sabes, de niños que desaparecen y aparecen en algún sótano años después...".

Tuvo que admitirlo. "Es raro, pero ocurre". Pero la mayoría de las veces, pensó Graham morosamente, se trataba de un asesino que se había deshecho a conciencia de las pruebas. O había tenido suerte.

Había otras posibilidades, por supuesto. A un niño podían llevárselo a vivir a otra parte. O podía simplemente haber huido, sin llegar a contactar con aquellos de los que huía. En todo el país, los archivadores de "casos sin resolver", los que no tenían ninguna pista practicable, crecían en número mientras a las familias afligidas no se les decía nada para aliviar su dolor.

"Pobre corderito", resumió la Sra. Taylor.

"¿Pero por qué muñecas?" preguntó Graham.

"Ah, sí, lo había olvidado. Las coleccionaba, ya ves. Tenía muchas. Su tío de América se las enviaba. Llevaba una en el bolso cuando desapareció, según recuerdo. La teoría dice -confió la Sra. Taylor- que la muñeca resultó dañada de algún modo en la lucha que tuvo lugar. Sólo se encontró su pierna".

"¿Su pierna?" dijo Graham, pensativo. Buscó su cuaderno, pero se dio cuenta de que lo había dejado en su habitación.

Ella lo cogió cuando se daba la vuelta para irse. "¿Vas a...? Ya sabes... ¿Investigarlo?".

Graham sonrió finamente. "Realmente no puedo decirlo, señora Taylor. Es un caso muy antiguo y nos falta personal en la comisaría".

"La gente de por aquí -dijo ella, inclinándose hacia ti- pensaría maravillas de ti por intentarlo. No es que no lo hagan ya", añadió rápidamente. "Pero, ya sabes, daría esperanzas a su familia".

"Veré lo que puedo hacer, señora Taylor. ¿Podrías ser un ángel y reservarte nuestra conversación, aunque sólo sea por ahora, por favor?", preguntó él amablemente.

"Por supuesto, inspector. Puede confiar en mí".

Graham volvió a su habitación y preparó su portátil. La Sra. Taylor no había exagerado la notoriedad del caso ni el alcance de la simpatía pública. Había una página en Wikipedia, un sitio web específico y todo tipo de oportunidades para contribuir a la Fundación Beth Ridley. Graham empezó a marcar sitios y a tomar notas.

A medida que profundizaba en su investigación, se enfrascaba en ella, encontrándose rápidamente muy animado en lo que de otro modo habría sido una tarde de sábado más.



Para conseguir tu copia de ***El Caso de la Muñeca Rota*** visita el enlace que aparece a continuación:

https://www.alisongolden.com/muneca-rota



LIBROS DE LA SERIE DEL INSPECTOR DAVID GRAHAM



El Caso de la Bella Gritona

El Caso del Amor Oculto

El Caso del Héroe Caído

El Caso de la Muñeca Rota

SOBRE EL AUTOR



Alison Golden es la autora más vendida del USA Today de los misterios del inspector David Graham, una serie de detectives británicos tradicionales, y de dos series de misterio acogedor protagonizadas por la reverenda Annabelle Dixon y Roxy Reinhardt. Como A. J. Golden, escribe la serie de suspense Diana Hunter.

Alison se crió en Bedfordshire, Inglaterra. Su objetivo es escribir historias que entretengan, diviertan y tranquilicen. Su enfoque consiste en combinar ideas creativas con una escritura excelente y editar, editar y editar. La misión de Alison es sencilla: Escribir libros excelentes que hagan que los lectores pidan más.

Alison vive en la bahía de San Francisco con su marido y sus dos hijos gemelos. Divide su tiempo entre Londres y San Francisco.

Para estar al día de las promociones y las fechas de publicación de los próximos libros, suscríbete a las últimas noticias aquí: https://www.alisongolden.com/es

Para más información: www.alisongolden.com/es

alison@alisongolden.com

EL CASO DEL HÉROE CAÍDO

UN MISTERIO PARA EL INSPECTOR DAVID GRAHAM



Un encantador bed and breakfast. Un asesinato diabólico. Un huésped con un secreto que ocultar...

El prestigioso Lavender Inn, un bed and breakfast de Chiddlinghurst, Inglaterra, tiene una decoración elegante, unos jardines preciosos... y un problema mortal. Norah Travis, una hermosa joven, ha aparecido asesinada en una de sus habitaciones. El detective inspector Graham, un cruzado de la justicia con predilección por el té y un lado oscuro propio, es asignado al caso. Junto con el sargento Harris en la extensa finca, el dúo se pone manos a la obra para resolver el despiadado crimen.

Pero sin testigos ni móvil, su investigación se ve rápidamente envuelta en una red de mentiras y engaños. Los jocosos propietarios, Amelia y Cliff, parecen no tener nada que ocultar, pero no puede decirse lo mismo de su antiguo huésped, Tim. Luego están el ex marido amargado, el ama de llaves de labios herméticos, un anciano temblón... No faltan sospechosos, pero el instinto de Graham le lleva a investigar el misterioso pasado de Norah. Y pronto sale a la luz un secreto atroz...

Un secreto por el que podría merecer la pena matar.

Los personajes y sucesos descritos en este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es coincidencia y no intención de la autora.

Copyright del texto © 2015 Alison Golden Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación ni transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso expreso por escrito de la editorial.

Ilustración de portada: Richard Eijkenbroek

Publicado por Mesa Verde Publishing
P.O. Box 1002 San Carlos, CA 94070

GRACIAS

Gracias por dedicar tu tiempo a leer ***El caso del Héroe Caído***. Si te ha gustado, por favor, díselo a tus amigos o publica una breve reseña. El boca a boca es el mejor amigo de un autor y se agradece mucho.

Muchas gracias,

